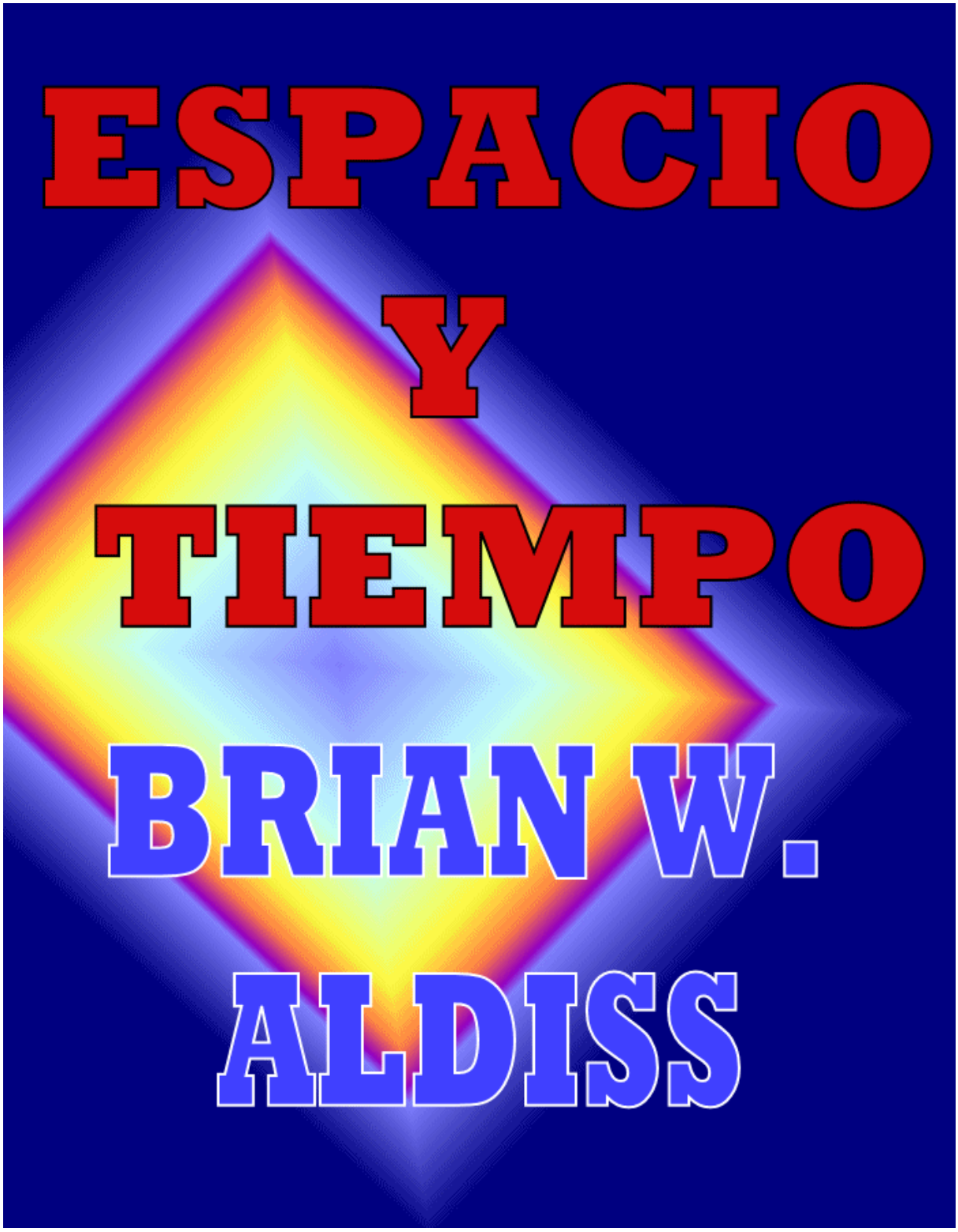
ESPACIO Y TIEMPO

BRIAN W. ALDISS



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

La obra de Brian W. Aldiss, joven escritor inglés de fantasía científica, aparece con regularidad en las revistas consagradas a este género literario de vanguardia. Con sus cuentos y novelitas, Aldiss se ha cimentado una bien ganada fama, que le confiere el carácter imaginativo, humorístico y fantástico que reúnen sus obras. Cuando Aldiss publicó los Brightfount Diaries, *obra de tipo clásico que mereció el aplauso unánime de la crítica, nada hacía prever que dentro de poco tiempo haría eclosión uno de los valores más jóvenes, interesantes y llenos de fascinación de la fantasía científica contemporánea.*

Si hubiese que clasificar los relatos que contiene este libro, quizá deberíamos calificarlos de fantasía científica. Pero, en realidad, son relatos, más que científicos, fantásticos; deliciosos mitos entreverados de fina ironía, que dan fe de un experimento muy notable: el injerto del humor británico, verdadera institución secular de las Islas y cuyo mayor exponente es quizás el semanario

ESPACIO

Cuando T cumplió diez años su máquina ya se hallaba en los confines de la Galaxia. T no era su nombre - nunca pasó por las mentes del laboratorio la idea de bautizarle - sino el símbolo que figuraba en el casco de su máquina y como nombre era más que suficiente. Además, tampoco era su máquina; era más bien él quien pertenecía a ella. No podía alegar que desempeñaba el honorable papel de piloto, ni siquiera el más humilde de pasajero; era un instrumento cuyos segundos de utilidad estaban a doscientos años en el futuro.

Yacía como un gusano en el corazón de una manzana en el mismo centro de la máquina, mientras ésta atravesaba rauda el espacio y el tiempo. Permanecía inmóvil; no se le presentaba el impulso de moverse, ni hubiera podido obedecerlo de habérsele presentado. En realidad, T había sido creado sin piernas... su único miembro era un brazo. Además, la máquina le rodeaba estrechamente por todos lados. Lo alimentaba mediante tubos que introducían en su cuerpo una fina corriente de vitaminas y proteínas. Hacía circular su sangre gracias a un diminuto motor que palpitaba en el mamparo de estribor como un corazón. Expulsaba sus productos residuales mediante un sifón que funcionaba continuamente. Producía su provisión de oxígeno. Regulaba de tal modo a T, que éste no crecía ni envejecía. Gracias a ello, seguiría vivo dentro de doscientos años.

A cambio, T tenía que realizar una misión. Sus oídos oían constantemente un zumbido invariable y ante sus ojos sin párpados había una pantalla sobre la cual una banda rojo oscuro bajaba constantemente siguiendo una línea verde fija. El zumbido representaba (aunque no para T) una dirección a través del espacio, mientras que la banda roja indicaba (aunque no para T) una dirección en el tiempo. De vez en cuando, tal vez cada década, el zumbido variaba su intensidad o la banda se apartaba de la línea verde. Estas variaciones se grababan en la conciencia de T como agudas incomodidades y entonces él ajustaba con su mano una de las dos ruedecillas, hasta que las condiciones volvían a ser normales y se continuaba aquel constante temor de monotonía.

Aunque T se percataba de su propia existencia, la soledad era uno de aquellos innumerables conceptos que sus creadores habían dispuesto que no sintiese jamás. Permanecía pasivo, lleno de un contento artificial. Su tiempo no estaba dividido por el día y la noche, el sueño y la vigilia o las comidas a horas fijas, sino por el silencio y el habla.

Una parte de la máquina le hablaba a intervalos fijados; eran unos breves monólogos sobre el deber y la recompensa, o instrucciones acerca del funcionamiento de un aparato cuyos servicios se requerirían dentro de dos siglos. La voz que hablaba presentaba a T una imagen cuidadosamente falseada de su medio ambiente. No aludía en absoluto a

la noche intergaláctica que reinaba en el exterior, ni al rápido paso del tiempo. La idea de movimiento no era un factor que viniese a turbar la vida enclaustrado de un ser como T. Pero la voz se refería a los Koax, en términos reverentes, para hablar también - pero con palabras rebosantes de odio - de aquel enemigo inevitable de los Koax que, se llamaba Hombre. La máquina informaba a T de que de él dependería la completa destrucción del Hombre.

T estaba completamente solo, pero la máquina que le transportaba iba acompañada en su viaje. Otras once máquinas idénticas - cada una de las cuales contenía un ser semejante a T - cruzaban el espacio sideral. Aquel espacio estaba vacío y sin luz, y su relación con el universo era la misma que tiene un pliegue en un vestido de seda respecto al vestido; cuando los lados del pliegue se tocan, la tela forma un túnel en el interior del vestido. O, si lo deseamos, podemos compararlo al carácter negativo de la raíz cuadrada de menos dos, que posee un valor positivo. Era un vacío dentro de un vacío. Las máquinas no podían ser detectadas mientras atravesaban las tinieblas eternas como si fuesen luz, hundiéndose entre los milenios en reposo como si fuesen piedras.

Las doce máquinas fueron construidas para un caso de peligro por una raza no humana y tan antigua, que había abandonado la construcción de otras clases de maquinaria hacía incontables siglos. Habían progresado hasta tal punto, que ya no necesitaban ayudas materiales... ni cuerpos sólidos.. e incluso ni planetas a los que asociar sus tenues seres. En su espléndida madurez, habían terminado por llamarse únicamente por el nombre de su Galaxia, Koax. En aquella segura isla formada por millones de estrellase ellos se movían y existían, meditando sobre el inminente fin del universo. Pero mientras ellos permanecían sumidos en sus meditaciones, otra especie, en una Galaxia más allá de toda distancia concebible, alcanzó la edad adulta.

La nueva especie a diferencia de los Koax, era extravertida y belicosa; se desparramó entre las estrellas como una explosión.

Se llamaba el Hombre. Llegó un tiempo en que esta raza, que provenía de un cuerpo celeste infinitesimal, se multiplicó y llenó su propia Galaxia.

Durante un tiempo detuvo su expansión, como si quisiera tomar aliento, el salto interestelar no puede compararse con el salto entre las grandes estrellas..., pero entonces se formularon las ecuaciones de tiempo/espacio y el Hombre se dirigió a la Galaxia más próxima armado con la más terrible de todas las armas: la Estasis. Aquella atrevida raza descubrió que la relación temporal masa/energía que regula el funcionamiento del universo, podía trastocarse en alguna de las Galaxias menos pobladas de estrellas, impidiendo su revolución orbital, lo cual

causaría, virtualmente, la fijación del factor temporal o Estasis, a consecuencia de la cual todos los seres afectados dejan de seguir la corriente temporal del universo, cesando por lo tanto de existir. Pero el Hombre no tuvo necesidad de emplear esta arma aniquiladora, pues mientras saltaba de una galaxia a otra gracias a su subproducto, la propulsión estática, no encontró en ninguna de ellas rivales ni aliados. Parecía hallarse destinado a ser el único ocupante del universo. Los innumerables planetas que visitó le revelaron únicamente que la vida era un accidente fortuito. Y entonces llegó a la galaxia de los Koax.

Los Koax conocían la existencia del hombre antes de que este se enterase de la de aquellos, y su substancia material se estremeció al pensar que pronto se vería rasgada por las atronadoras naves de la Flota Suprema. Actuaron con prontitud. Materializándose en una enana negra, un grupo de sus mejores mentes se dispuso a combatir al invasor con todos sus recursos. Podían hacer algunas cosas muy útiles; no era la menor de ellas la capacidad de alterar y decidir el curso de soles y astros. De este modo, nova tras nova estalló en el centro de la Flota Suprema. Pero el Hombre prosiguió invencible su carrera, lanzándose entre los Koax como un cataclismo. De una pequeña tribu asustada formada por unos cuantos centenares de individuos que vagaban por una tierra hostil, se convirtió en una ilimitada multitud que señoreaba las estrellas. Pero mientras los Koax destruían nave tras otra, el Hombre decidió eliminar su nido mediante la Estasis y al punto se iniciaron los preparativos. Las fuerzas del Hombre se reunieron para lanzar el golpe decisivo con toda su fuerza.

Por desgracia, una nave-biblioteca de la Flota cayó intacta en poder de los Koax, y gracias a ella éstos descubrieron ciertos detalles de la larga y confusa historia del Hombre. Incluso apresaron un plano del sistema solar tal como era cuando el Hombre se enteró de su existencia. Por primera vez, los Koax conocieron al Sol y su cortejo de astros. En aquella época el Sol, en el otro extremo del universo, se había convertido en un pedazo de escoria que emitía una débil radiación y cuyo diámetro era el doble del sistema planetario que en tiempos remotísimos giró a su alrededor. A medida que envejecía y se expansionaba, fue absorbiendo los planetas; en la actualidad incluso Plutón había caído para alimentar aquel horno moribundo. Por último, los Koax consiguieron elaborar un plan que les permitiría librarse para siempre de sus enemigos. Como éstos no podían luchar en el presente contra los inagotables recursos del Hombre, elaboraron un plan maquiavélico para atacarle en el remoto pasado, cuando ni siquiera existía. Construirían una docena de máquinas que se deslizarían a través del tiempo y el espacio para aniquilar a la Tierra antes de la aparición del Hombre sobre ella; los proyectiles la alcanzarían, según quedó decidido, durante el Período Silúrico y reducirían el planeta a sus átomos componentes. Así nació T.

- Los venceremos - declaró uno de los Koax más ilustres en tono de triunfo, cuando los proyectiles partieron -. Si las antiguas crónicas terrestres no mienten (y no hay razón para creer que mientan), en los tiempos primitivos el Sol tenía a nueve planetas girando a su alrededor, antes de que empezase a envejecer. De fuera a dentro, por el orden lógico, estos planetas eran (tengo sus nombres aquí, gracias al sentimentalismo del Hombre) Plutón, Neptuno, Urano, Saturno. Júpiter, Marte, Tierra, Venus y Mercurio. La Tierra, como podéis ver, es el séptimo planeta por este orden, o el tercero que fue devorado por el Sol en su vejez. Este es nuestro objetivo, hermanos; una mota perdida en las profundidades del tiempo y del espacio. Procurad que vuestros cálculos sean exactos... el séptimo planeta es el que debe ser destruido.

No hubo error. El séptimo planeta fue destruido. El Hombre no tuvo la más mínima posibilidad de localizar y aniquilar a T y a sus once sombríos compañeros, pues aún no había descubierto el pliegue del continuo espacio-tiempo por el que viajaban. Su débil posibilidad de intercepción variaba inversamente con la distancia que cubrían, pues a medida que se iban aproximando a la primera galaxia del Hombre, el tiempo retrocedía hasta la época en que realizó sus primeras tentativas dentro de la Vía Láctea. Las máquinas avanzaban retrocediendo en el tiempo. Cada vez todo era más antiguo. Los Koax volvían a ser una joven raza que aún no poseía el secreto de los viajes por el espacio infinito y que iba degenerando y haciéndose cada vez más pequeña en el otro extremo del universo. El hombre sólo poseía unas anticuadas naves de combustible líquido, que recorrían y exploraban medio centenar de sistemas planetarios. T seguía postrado en su posición fija, esperando incansablemente. Sus dos siglos de existencia, la larga espera tocaban a su fin. En algún rincón de su frío cerebro algo le decía que el momento culminante se acercaba. No todos sus compañeros podían considerarse tan afortunados, pues las máquinas que los transportaban, perfectas cuando salieron, fueron sufriendo averías durante el largo viaje (los doscientos años representaban una distancia en el espacio/tiempo de unos nueve mil quinientos millones de años luz). Los Koax eran filósofos y matemáticos natos, pero hacía mucho, muchísimo tiempo que no se ocupaban de la mecánica... de lo contrario, hubieran imaginado algún sistema de relevo para realizar la misión asignada a T.

En una de las máquinas, el sistema de alimentación fue proporcionando paulatinamente una cantidad creciente de alimento, y el ser que transportaba murió no por comer demasiado, sino por el dolor creciente que experimentaba al crecer y rellenar poco a poco los mamparos de acero, terminando por obturar los conductos de aire en su propia carne. En otras de las máquinas, se fundió una válvula, acortando el viaje por el hiperespacio; la máquina penetró al espacio real y terminó enterrada en una estrella variable tipo M. En una tercera máquina, el sistema de dirección perdió el gobierno y el proyectil fue acelerando su velocidad, hasta que se quemó, friendo a su ocupante. En una cuarta, el tripulante enloqueció de pronto y accionó una pequeña palanca que no

debía tocarse hasta dentro de cien años. Su máquina se convirtió en un volcán radiactivo, cuyas partículas destruyeron además las otras dos máquinas.

Cuando el Sistema Solar solamente estaba a unos cuantos años luz de distancia, las restantes maquinas pararon sus motores principales y emergieron al espacio/tiempo normal. Sólo tres de ellas habían completado el viaje, T y otras dos. Se encontraron en una galaxia desprovista de vida. Sólo las grandes estrellas bañaban con su luz sus nuevos planetas, acabados de salir, por decirlo así, del vientre de la creación. El hombre había retrocedido hacía mucho tiempo para hundirse de nuevo en el fango primigenio y los soles y planetas todavía no tenían nombre. Sobre la Tierra, se cernían las nieblas de los primeros siglos del Período Silúrico y en sus aguas someras, los moluscos y los trilobites eran la única expresión de vida.

Entre tanto, T concentraba su atención en el séptimo planeta. Había realizado ya los sencillos movimientos necesarios para situar nuevamente su máquina en el Universo normal; a la sazón, lo único que le quedaba por hacer era vigilar una pequeña esfera indicadora de la presión. Cuando la máquina penetrase en la alta atmósfera del séptimo planeta, la pequeña manecilla del manómetro empezaría a ascender. Cuando llegase a una línea claramente indicada sobre el cuadrante, T haría girar una pequeña rueda (la cual accionaría los amortiguadores..., pero T no necesitaba saber el Cómo ni el Porqué). Entonces otras dos esferas graduadas se pondrían en movimiento. Cuando sus indicaciones coincidiesen, T tenía que tirar de la pequeña palanca. La voz le había explicado todo esto a intervalos regulares, no le explicó que sucedería al accionar la palanca, pero T sabía perfectamente que aquello significaría la destrucción del Hombre y esto ya le bastaba.

El séptimo planeta apareció en posición frente a la roma nariz de la máquina de T y fue aumentando en tamaño aparente. Era un mundo joven, con un futuro que iba a ser borrado para siempre en la pizarra de la probabilidad. Cuando T penetró en su atmósfera, la aguja del manómetro empezó a moverse. Por primera vez en su vida, algo parecido a la excitación dominó el fluido cerebro de T. No vio el panorama que se extendía bajo él, ni le importó, pues la máquina no disponía de portillas. Lo único que habían visto sus ojos desde que fue creado, eran las esferas indicadoras, tenuemente iluminadas.

Sus reacciones fueron exactamente las mismas que habían previsto los Koax. Cuando la manecilla llegó a la parte superior de la esfera, hizo girar el volante de los amortiguadores y los otros dos indicadores empezaron a moverse. Estaba atravesando la estratosfera del séptimo planeta. Se había calculado que la carga haría explosión antes del impacto, pues como los Koax no poseían detalles acerca de la composición del planeta, se aseguraron de que la carga estallase antes de que la

máquina chocase con la superficie del planeta y T pereciese. Las medidas de seguridad que se habían tomado eran perfectas. T tiró de la última palanca cuando estaba a treinta kilómetros de altura. En el holocausto que inmediatamente se produjo, él sucumbió presa de un sombrío júbilo,

La misión de T fue coronada por el éxito más completo. El séptimo planeta fue desintegrado. Las otras dos máquinas no tuvieron tanto éxito. Una de ellas no consiguió penetrar en el Sistema Solar y se perdió en las profundidades del espacio como una motita que transportaba un ser que agonizaba pacientemente. La otra se acercó mucho más al objetivo. Avanzaban cerca de T y se dirigió hacia el sexto planeta. Por desgracia, hizo explosión a demasiada altura y aquel planeta. en lugar de quedar totalmente desintegrado, fue hecho pedazos, convirtiéndose en millares de piedras que siguieron órbitas irregulares entre las órbitas del colosal planeta quinto y el octavo, que era un pequeño cuerpo celeste en torno al cual gravitaban dos diminutos satélites. El noveno planeta, por supuesto, no sufrió daño alguno; siguió gravitando serenamente por el espacio, acompañado por su pálido satélite y transportando su carga de formas biológicas elementales.

Los Koax realizaron la misión que se habían propuesto cumplir. Habían calculado alcanzar el séptimo planeta y lo consiguieron, aniquilándolo.

Pero aquel éxito ya figuraba en la única carta celeste que tenían como guía. Si lo hubiesen interpretado bien, hubieran visto que…

Así, mientras el sexto planeta fue hecho pedazos por accidente, el séptimo desapareció sin dejar rastro. Pues el orden era: Plutón, Neptuno, Urano, Saturno, Júpiter, el planeta que se convirtió en cinturón de asteroides, el planeta destruido por T, Marte, la Tierra, Venus, Mercurio…

En el noveno planeta, los moluscos se movían suavemente, bañados por los brillantes rayos solares, que se filtraban a través del agua…

Librodot

LOS CONOCIMIENTOS QUE POSEEMOS

Era un día maravilloso para explorar el Círculo Polar Ártico. La breve y violenta primavera había hecho eclosión sobre aquellas yermas y heladas tierras, como una oleada de vida. Aquellas soledades estaban cubiertas de flores. Bandadas de golondrinas de mar y dorados chorlitos, que tenían a todo el mundo para retozar, hundían sus patas entre las flores. Grandes parcelas cubiertas de azules azafranes del hielo se extendían hasta perderse de vista, como estanques que reflejasen aquellos cielos claros. Y en el horizonte más próximo se alzaba una barrera de montañas nevadas, altas e inofensivas.

El grupo de exploración estaba constituido por cinco miembros: el Predicador, Aprit, Abeja Triste, Calurmo y Lucecita. Como siempre, el Predicador iba delante. Coronaron una eminencia y ante ellos se extendió el valle, lavado y brillante. También estaba allí la astronave.

Calurmo lanzó gozosos gritos y echó a correr cuesta abajo, entre las flores. Sus compañeros vieron instantáneamente lo que pensaba y echaron a correr también en su seguimiento, gritando y riendo.

Para ellos, aquello era lo más interesante y evidente de la abigarrada llanura. Calurmo fue el primero en tocarla y todos se reunieron a su alrededor para mirarla. El Predicador se inclinó y la olfateó.

-Sí - dijo -. Desde luego, es acederilla, *Oxalis acetosella.* ¡Qué lista ha sido al venir a crecer aquí!

Sus pensamientos siempre tenían un tinte piadoos; por esto le llamaban Predicador.

Fue después cuando se dieron cuenta de la presencia de la astronave. Era muy alta y sólida y ocupaba un espacio de terreno que hubieran ocupado con mayor provecho las flores. También parecía muy pesada, y durante el tiempo que había permanecido allí, su popa se había hundido en la tierra ablandada por el deshielo.

-Tiene una bella forma - comentó Abeja Triste, dándole la vuelta -. ¿Qué os parece que es?

Se alzaba a gran altura sobre sus cabezas. En su punta estaba posado un colimbo, limpiándose y arreglándose sus plumas al sol y dejando escapar de vez en cuando su grito, que era el grito de la soledad hecha voz. En el lado sombreado de la nave, un pequeño montón de nieve se apoyaba cómodamente contra el metal. Éste era maravillosamente liso y suave, pero de un color oscuro y mate.

-Aunque aquí abajo es muy voluminoso, termina en una aguja por arriba - dijo el Predicador, para indicar que aquello le tenía sin cuidado.

-Fue *construido* - dijo Aprit cautelosamente. Aquéllo no era como hablar de la acederilla; ninguno de ellos había pensado hasta entonces en astronaves.

-Se puede entrar - dijo Lucecita, señalando. Hablaba muy poco y, cuando lo hacía, solía señalar al propio tiempo.

Treparon hasta la esclusa neumática, todos excepto Calurmo, que seguía inclinado sobre la acederilla. La fragante pseudo-consciencia de la flor temblaba de dicha bajo el fresco calorcillo solar. Calurmo hizo chasquear la lengua ligeramente, de un modo seguido, animando la planta, y al cabo de un minuto ésta se desprendió del suelo y se arrastró hasta su mano.

Se la llevó entonces hasta muy cerca de sus grandes ojos y dejó que sus pensamientos se deslizasen suavemente al interior de la planta a través de las raíces. Poco a poco ascendieron por el tallo y penetraron en uno de los tréboles verde-amarillentos, tanteando, explorando el jugoso ser de la hoja. Calurmo ejerció una ligera presión. Primero a disgusto, luego excitadamente, la planta cedió y entre sus flores con listas rosadas se formó otra con cinco sépalos, cinco pétalos, diez estambres y cinco estigmas, idénticos a los que ya poseía la planta.

Saboreando aún el agradable gusto del ácido oxálico en sus pensamientos, Calurmo se incorporó y sonrió. Crear un monstruo no era nada; pero... ¡crear algo idéntico a lo original!... ¡Qué contentos estarían sus compañeros!

-¡Calurmo! - le llamó Aprit, con tono de conspirador, casi culpable -. Ven a ver lo que hemos encontrado.

A pesar de que sabía que no sería nada tan encantador como la acederilla, Calurmo trepó por la nave, ansioso por compartir lo que interesaba a sus amigos. Franqueó la compuerta y siguió a Aprit por la nave, llevando cuidadosamente su flor.

Sus compañeros daban vueltas por la cámara de mando, situada muy alta, en la proa de la nave, y lo miraban todo con interés.

-¡Ven a echar una mirada al valle! - le invitó Lucecita, indicándole la extensión de radiantes tierras que brillaban a su alrededor. Desde allí también podían ver un anchuroso río, sembrado de algunos témpanos y en el que centelleaban las escamas plateadas "de "millares de peces entregados al desove.

-¡Qué hermoso! - se limitó a decir Calurmo.

-Acabamos de descubrir un extraño objeto - observó el Predicador, acariciando un gran asiento tapizado -. ¿Qué antigüedad le calculáis? Todo parece ser muy vetusto.

-Yo puedo decirte cuánto tiempo lleva esto aquí - dijo Abeja Triste -. La puerta por la que hemos entrado estaba abierta, y la nieve ha penetrado en el interior, llevada por el viento. Cuando la nieve se funde, ya no puede irse. Yo la examiné y puedo aseguraros que sus primeros copos cayeron del cielo hace doce mil estaciones.

-¿Cómo? ¿Hace tres mil años? - exclamó Aprit.

Librodot

-No. Hace cuatro mil años... ya sabéis que yo no considero al invierno como una estación.

Una bandada de ánades silvestres rompió su formación en V para evitar la proa de la nave, y volvieron a reanudarla impecablemente al otro lado. Aprit captó los pensamientos militares de las aves cuando éstas pasaron sobre ellos.

-Debiéramos haber venido por aquí con más frecuencia -dijo Calurmo apenado, mirando su acederilla. Las minúsculas florecillas eran verdaderamente hermosísimas.

Quedaba por averiguar qué era lo que habían descubierto. Por consiguiente, recorrieron despacio la sala de mandos, registrándolo todo al unísono, sin darse cuenta - ¡dichosos mortales! - del elevado raciocinio oculto tras sus acciones casi instintivas. Necesitaron cinco minutos, cinco minutos después de haber empezado completamente a cero: pues la nave representaba algo perteneciente a una técnica que les era por completo desconocida. Además, era una nave interestelar, lo cual significaba que poseía unos mecanismos propulsores muy intrincados, y otro tanto podía decirse de su acomodación y equipo; de todos modos, el tipo particular de sus mandos -que sólo se repetían en unas pocas naves de su propia clase - designaba de manera inequívoca las funciones y finalidades del aparato. Así lo entendieron al menos Calurmo y sus compañeros, tan fácilmente como se puede adivinar la forma de una mano por un guante abandonado y que haya pertenecido a ella.

El hecho de saber que se hallaban ante una astronave les produjo poca sorpresa. Como observó Aprit, ellos tenían sus propios métodos, mucho menos engorrosos, para cubrir las distancias interplanetarias. Pero varios otros rasgos les fascinaron.

-La luz es lo más rápido que existe en nuestro universo y lo más lento en la dimensión por la que viaja esta nave - dijo Abeja Triste -. Fue construida por una raza inteligente y astuta.

-Fue construida por una especie incapaz de transportar energía en sus propios cuerpos - observó Lucecita.

-Ni tampoco podían orientarse muy bien - añadió el Predicador, indicando el equipo de astronavegación.

-De modo que existen planetas en torno a otras estrellas - dijo Calurmo pensativo, sondeando mentalmente aquellas posibilidades.

-Y criaturas racionales en tales planetas - dijo Aprit.

-No muy racionales - dijo Lucecita, indicando el asiento del artillero con sus hileras de interruptores.

-Esto sirve para lanzar la destrucción.

-Todas las criaturas están dotadas de cierto juicio - repuso el Predicador.

Pusieron los motores en marcha. La vieja nave crujió y se estremeció como si hubiese pasado sobre ella demasiado tiempo y demasiada nieve para moverse de nuevo.

-Ya no necesitaba estrellas - murmuró Abeja Triste.

-Debe de haber entrado agua de lluvia en los depósitos de hidrógeno - observó Aprit.

-De todos modos, es una máquina bastante ridícula - dijo el Predicador con firmeza-. No me extraña que la abandonasen aquí.

El fastidio del mando manual no se había hecho para ellos; suministraron los impulsos necesarios directamente a los motores. A sus pies, la espléndida llanura osciló y se encogió hasta convertirse en una monedita verde tirada en la blanca tierra y el glauco mar. El océano empezó a curvarse y, con una distorsión que quitaba el aliento, terminó por convertirse en un segmento de una gran esfera que se empequeñecía allá a lo lejos. Cuanto más ascendían, más rutilante se hacía su brillo.

-¡Espléndido espectáculo! - comentó el Predicador.

Aprit no miraba. Se había encaramado sobre el cerebro electrónico e introducía uno de sus sentidos por los relés y circuitos del banco que albergaba la memoria y del sector de inferencias. Rió de contento a medida que los datos subieron hacia él. Cuando los hubo recogido todos volvió a escupirlos y regresó junto a sus compañeros.

-Ingeniosísimo - dijo, explicándoselo -. Pero construído por una raza de behaviouristas (1). Es evidente que sus almas estaban limitadas por sus acciones y, por consiguiente, su ciencia estaba limitada por sus creencias; no sabían adonde mirar en busca del auténtico progreso.

---

(1) Behaviourismo: doctrina según la cual las acciones humanas se hallan regidas por estímulos exteriores. *(N. del T.)*

-Este aparato es muy ruidoso, ¿verdad? -observó el Predicador, como en abono de lo que acababa de decirse.

-Este ruido no debiera oírse - dijo Calurmo fríamente -. Es un timbre de alarma

El repiqueteo resonaba incesantemente, hasta que Aprit lo cortó.

-Es probable que hayamos cometido algún error - dijo, suspirando -. Voy a ver qué es.

Pero, ¿por qué el timbre toca aquí, y no donde está la avería?

Cuando Aprit salió de la cámara de mando, Lucecita indicó la enorme esfera celeste en la que estaban engarzadas las estrellas de la Galaxia como diamantes sobre ámbar.

-Vamos ahí - indicó, haciendo ajustes hasta que se iluminó un rumbo tangencial entre la Tierra y un enjambre de mundos situados en el centro de la Galaxia -. A buen seguro que ese sitio debe de ser maravilloso. ¿Deben de crecer acedillas en esas partes? En Venus no crecen, como ya sabéis.

Mientras hablaba, hizo girar el botón integrador del rumbo, leyó las especificaciones de ruta e introdujo las coordenadas en la calculadora binaria como si acabase de pasar el curso (acostumbrado) de entrenamiento, que duraba dos años.

Aprit volvió sonriendo.

-Ya lo he arreglado - dijo -. Somos unos estúpidos. Nos hemos dejado la puerta de entrada abierta... y no hay aire en el interior de la nave. Por esto sonaba el timbre.

Las pantallas del Segundo Imperio los captaron cuando se hallaban a unos dos parsecs del sistema fronterizo de Kyla. Un cohete de reconocimiento mandó simultáneamente su descripción a la Base Principal de Kyla I y a media docena de puestos avanzados... entre los que se incluía la flota de cohetes situada a dos años luz del sistema de Kyla.

De la Base Principal a la nave insignia *Pointer,* flota de cohetes número 305 A: Aparato no identificado, masa 40.000 toneladas, se dirige de las afueras del sistema al centro de la Galaxia. Velocidad aproximada, 20 S. L. U. Intercéptenlo.

De la nave insignia *Pointer* a la Base Principal de Kyla I: Nos disponemos a interceptar.

De la Base Principal a la nave insignia *Pointer:* El intruso no responde a las señales, a pesar de utilizarse todos los códigos.

De *Pointer* a la Base Principal: No da muestras de hostilidad. Parece proceder de la región de Omega Y 76 W592. ¿Correcto?

De Base Principal a *Pointer:* Correcto.

De *Pointer* a Base Principal: ¿Tierra?

De Base Principal a *Pointer:* Así parece.

De *Pointer* a Base Principal: Dispuestos a la peor eventualidad.

De Base Principal a *Pointer:* Por supuesto, podría ser una estratagema del enemigo.

De *Pointer* a Base Principal: Desde luego. Nos acercamos. Corto.

El comandante de la nave de combate *Pointer* era el Gran Almirante Rhys-Barley. Todavía era un hombre bastante joven y si había ascendido con tanta rapidez ello se debía a que la Guerra Permanente ofrecía buenas ocasiones de ascender; de todos modos, contaba en su haber con treinta y cuatro años de estancia en el vacío interplanetario, que habían minado su humanidad. En aquellos momentos estaba con el rostro congestionado bajo la acción de 4 G, contemplando las pantallas de proa y haciendo chasquear los dedos para llamar a Deeping.

Lleno de confusión, Deeping manipulaba el manovisor, esforzándose por hacer caso omiso del uniforme que se erguía sobre él. Nave tras nave apareció en el manovisor, para ser sucesivamente rechazadas por el selector. La cosa se complicaba: la nave intrusa, que se aproximaba procedente de un sector del espacio puesto en cuarentena, no podía ser identificada. El autovisor no la reconocía, y en aquellos momentos estaban

rebuscando con el monovisor entre antiguos catálogos de naves, pero el resultado también parecía ser negativo.

Sudando a mares, el desdichado Deeping miró de nuevo la imagen del intruso. Desde luego, la nave no era humana; también podía asegurarse que no era Boux... ¿Y si fuese una estratagema enemiga, como apuntaba la Base? El *Pointer* se hallaba sólo a medio parsec de ella. Se hallaban ya dentro del alcance de sus armas y la nave no identificada podía atacar primero.

«Tengo miedo», pensó Deeping. «Mi estómago está cansado del sabor del miedo: conoce todos sus matices, desde el helado terror que producen los más antiguos enemigos del hombre, o sea los Boux, hasta el abyecto miedo que le causaba la lengua viperina de Rhys-Barley.» Desesperado, fue pasando imágenes. De pronto, el manovisor titiló.

El Gran Almirante saltó sobre él, bajó de un golpe la palanca del especificador y tiró de la hoja que asomaba. Mientras la leía, un prolongado fragor provinente de las entrañas de la nave anunció que los rayos de tracción del *Pointer* y de otra nave gemela se habían unido sobre el raudo intruso. La gravítica osciló por un momento bajo aquella carga extra y luego volvió a ser normal.

-¡Por Vega! - exclamó Rhys-Barley, blandiendo la hoja ante la nariz del capitán Hardick -. ¿Cómo se explica usted esto? Diga a los de Recogida que traten con respeto a nuestra presa; tienen un pedazo de historia entre sus manos. Es una nave del Primer Imperio, construida hace cuatro mil setecientos años en la Luna, el satélite de la Tierra. Pertenece a la clase Windsor y está provista de un motor lumínico Spannell XII. ¿Ha oído usted hablar alguna vez de un motor Spannell, capitán?

-Me temo que no es de mi tiempo, señor.

-Deeping, diga a Comunicaciones que pidan a Kyla I detalles sobre todas las naves de la clase Windsor, fecha en que fueron retiradas del servicio, etc. Me parece que se trata de algo muy curioso... Y me gustaría saber de dónde viene.

Llevado por su interés, Rhys-Barley corrió a colocarse frente a las pantallas, abandonando la dignidad que correspondía a un Gran Almirante. Deeping pudo respirar al fin e incluso hacer un guiño encubierto a un amigo que tenía en la Sección de Bombardeo.

El intruso ya era visible por las portillas como un brillante trocito de metal situado a kilómetro y medio. Los rayos de tracción habían frenado su espantosa velocidad. El diminuto cohete de reconocimiento que lo había descubierto se dirigía hacia el *Pointer.* El cohete tenía un brillo rojo pálido, que apenas se veía ante la majestuosa profusión de estrellas que poblaban el centro de la Galaxia. El *Pointer* envió un cohete con un cable a su encuentro. Ambos cohetes se unieron y se apartaron de la nave, cruzando juntos el vacío. Tan pronto como tocaron la nave clase Windsor, ésta fue rodeada por el pálido resplandor ambarino de un escudo de energía.

En el *Pointer* todos respiraban aliviados. Ninguna energía podía atravesar aquel escudo.

--Que la remolquen hasta aquí - ordenó el capitán.

Librodot

La Sección de Recogida puso en ejecución la orden y poco a poco la pequeña nave se fue acercando.

Rhys-Barley miró de nuevo el encefalófono del mamparo. En él pudo leer todavía «Nada». Pero la señal oscilaba como si no estuviese muy segura. Tal vez habían apresado un pecio que vagaba por el espacio; las ondas mentales ya debían haberse registrado, ya fuesen Boux o humanas.

La tensión volvió a subir de punto cuando la nave desconocida fue tomada a bordo. La maniobra de equiparar las velocidades era siempre muy delicada, e iba acompañada invariablemente de un gran estrépito, que se oía en toda la nave. Era una lástima que la superciencia de la época aún no hubiese conseguido descubrir una substancia verdaderamente a prueba de ruidos, se dijo mohíno Rhys-Barley. Bajo sus pies, la cubierta se balanceó ligeramente.

Deeping le tendió una nota procedente de los archivos de Kyla. Habían existido cuatro naves de la clase Windsor. Tres fueron desguazadas hacía más de tres mil años. La cuarta tuvo que ser abandonada por falta de combustible durante las grandes invasiones Boux que provocaron el hundimiento del Primer Imperio. Se llamaba *Regalía.*

-Este debe de ser el pájaro que hemos apresado. Bajemos a la cubierta de Interrogación, capitán - indicó Rhys-Barley.

Ambos se ajustaron los sincronizadores del brazo y montaron en el teleportador.

Reaparecieron instantáneamente junto a su presa. El oficial de Extranjeros ya se hallaba allí, gozando de la momentánea importancia que asumía su cargo, revisando las baterías de los diversos tipos de aparatos registradores, detectores, examinadores y otros que la nave poseía en lugares ocultos, rodeando completamente a la *Regalía.* Ésta parecía un ballenato tendido en el interior de una gran caverna.

El Predicador fue el primero en salir por la escotilla, porque él siempre iba delante, fuese donde fuese. Luego siguieron Calurmo y Aprit, que se detuvieron un momento para examinar las formaciones cristalinas adheridas a las compuertas Después salieron Abeja Triste y Lucecita. Los cinco juntos contemplaron el severo funcionalismo y el gris metal que les rodeaba.

-Este planeta no me gusta - observó el Predicador.

-No es el que había elegido Lucecita - explicó Abeja Triste.

-No seáis estúpidos, vosotros dos - dijo Calurmo con cierta severidad -. Esto no es un planeta. Es algo *construido.* ¿De qué os sirven vuestros sentidos?

-Hablemos con esos de ahí - dijo Lucecita, señalando -. A los que están detrás de la pantalla de invisibilidad.

Acercándose a Rhys-Barley, dio unos ligeros golpes en su escudo de redifusión.

-Puedo verle - le dijo -. ¿Y usted, me ve?

-Bien, corten la redifusión - rezongó Rhys-Barley. El color carmesí que teñía su cara ya no se debía a la acción de la gravedad, cuadruplicada.

-No parecen llevar armas de energía ni explosivos, señor - comunicó el oficial de Extranjeros -. Con su permiso, voy a comenzar el interrogatorio.

-Adelante.

El oficial de Extranjeros llevaba un uniforme negro. Tenía el cabello blanco y la tez grisácea. Su mandíbula era cuadrada. Al Predicador le gustó su aspecto y se acercó a él.

-¿Es usted el capitán de esta nave? - le preguntó el oficial de Extranjeros.

-Lo siento, pero esta pregunta no significa nada para mí - contestó el Predicador.

-¿Quién manda esta nave?

-Sigo sin entenderle. ¿Y tú, Calurmo, le entiendes?

Calurmo escrutaba la inmensa sala en la que se encontraba. Su atención se detuvo por un momento en las pequeñas glándulas cerebrales del techo, que calculaban el potencial pulmonar presente y coordinaban el suministro de aire de acuerdo al mismo. Luego exploró todas las diminutas corrientes y pulsos que circulaban sin cesar por las paredes y el piso, ajustando la temperatura y la gravedad, impidiendo la tensión y la fatiga del metal; estudió el aire, químicamente puro y esterilizado, que ya no era un agente transmisor de enfermedades. No encontró vida en ningún sitio y por un momento sintió nostalgia por las tierras que había dejado, con sus ríos rebosantes de peces y las morsas retozando a orillas del mar.

Borró aquella visión de su mente y trató de responder a la pregunta que le había hecho el Predicador.

-Si se refiere a quién hacía marchar la nave, hay que responderle que todos nosotros - dijo -. Lucecita se ocupaba de dirigirla; Abeja Triste y yo, del combustible...

-Esto no me gusta, Calurmo - le interrumpió Aprit -. Estos seres huelen a algo raro...

-Es miedo - dijo Calurmo, contento de que un amigo le interrumpiese-. Miedo intelectual y miedo físico. Más tarde hablaremos de ello. Han levantado una especie de barrera, que mantienen por inercia y que sus emociones no pueden atravesar, pero sus pensamientos son suficientemente claros.

-¡Demasiado claros! - dijo Abeja Triste riendo -. Tienen miedo de todos cuantos no se les parecen, y si alguien se les parece... ¡sospechan de él! ¿Sabéis qué os digo?: que volvamos a las nieves; allí teníamos cosas más interesantes para explorar.

Hizo gesto de dirigirse a la nave. Instantáneamente una serie de barrotes de duraluminio y de rayos R bajaron del techo y les encerraron en cinco jaulas separadas. De momento se sintieron desconcertados en su refulgente encierro.

El oficial de Extranjeros se puso a caminar entre ellos con semblante ceñudo.

-Espero que ahora responderán a mis preguntas - les dijo -. Lamento verme obligado a emplear estos métodos para conseguir que me presten atención. Los separadores idiomáticos que nos permiten hablar sin intérprete están instalados bajo esta cubierta y comunican conmigo pasando por la Base Principal. No creo que ustedes puedan hacernos mucho daño con semejante sistema. Y nada puede atravesar la barricada electrónica que hemos levantado ante ustedes. Dicho con otras palabras, están atrapados. Ahora les ruego que contesten claramente.

-Aquí tiene usted una respuesta clara para su separador idiomático - dijo Aprit. Durante un segundo escaso asumió una expresión concentrada. Una docena de timbres de alarma sonaron y zumbaron señalando los lugares donde se habían producido las averías.

La Base comunicó que se necesitarían dos días para reparar los circuitos idiomáticos.

-Ahora utilizaremos nuestro propio sistema de comunicación - dijo Aprit, más calmado.

-Los actos de destrucción no me gustan - le dijo el Predicador con tono de reprobación -La destrucción se convierte en una costumbre.

Encantado con esta frase, la repitió para su capote.

El oficial de Extranjeros palideció levemente. Sabía reconocer muy bien una exhibición de fuerza. Además, seguía oyéndoles perfectamente a pesar de que sus separadores idiomáticos estaban carbonizados. Un subordinado se le acercó corriendo y ambos celebraron un conciliábulo durante unos momentos. Entonces el oficial levantó la mirada y, dirigiéndose a los prisioneros, les dijo:

-Con este acto de destrucción han demostrado poseer una estructura mental típica de los Boux. ¿Reconocen ustedes su origen?

Señalando a los rayos R, Lucecita dijo: -Empiezo a estar inquieto, amigos. Este chisme que nos rodea es tan impenetrable como él asegura.

-Creo que lo mas prudente sería emprender la retirada - dijo el Predicador -. ¡Ojalá no hubiésemos salido del Ártico!

-Sí, no parece haber otra solución - convino Calurmo, con cierta duda. Los rayos R siempre tenían la virtud de revolverle el estómago.

El Gran Almirante Rhys-Barley avanzó impetuosamente. No se hallaba nada satisfecho del modo como se llevaba el interrogatorio. Además, estaba preocupado. Sólo había un procedimiento para enfrentarse con los Boux; aquellos mortales enemigos del hombre, que procedían de planetas con una velocidad de rotación muy elevada, y vientos huracanados, tenían una forma fluida y podían asumir fácilmente la apariencia humana. Un Boux disfrazado de hombre y suelto en un planeta como Kyla I podía hacer un daño irreparable... y los hombres Boux no eran fáciles de descubrir. Por consiguiente, así que la Base Principal supiese que habla Boux a bordo del *Pointer,* era casi seguro que ordenarían a la nave almirante que se

Librodot

lanzase contra el sol más próximo. Y, la verdad, Rhys-Barley tenía otras ideas acerca de su futuro.

Se detuvo con actitud belicosa frente a Aprit.

-¿Cuál es tu forma real? - le preguntó imperativamente.

Aprit le miró, estupefacto.

-¿Se refiere usted a mi forma metafísica?

-No, no me refiero a esa. Quiero decir que mis instrumentos señalan un impulso cerebral muy próximo en la escala al que corresponde a los Boux. Y los Boux pueden disfrazarse de lo que les convenga, durante un período limitado. Lo que yo te pregunto es: ¿Quién eres o qué eres? ¿Y qué son tus compañeros?

-Somos hermanos - repuso Aprit mansamente -. Como usted es hermano nuestro. Con la única diferencia de que usted es un hermano de muy mal genio.

El golpe le fue asestado a Aprit desde el suelo que aún humeaba. Lo alcanzó con aterradora rapidez. La presión aumentó instantáneamente hasta un límite que hubiera extendido a un hombre uniformemente por encima de las paredes del recinto convertido en una pasta rosada y hubiera obligado a un auténtico Boux a adoptar una de sus formas primarias. Pero Aprit se limitó a caer inconsciente al suelo.

Lucecita señaló con enojo al Gran Almirante. -Así que Aprit recobre el sentido, regresaremos al Ártico. ¿Qué se ha creído ese tipo?

-Desde luego ha sido una acción estúpida, propia de un ignorante - convino el Predicador.

Nadie advirtió la presencia de Deeping. Cuando el capitán y el almirante tomaron el teleportador, él tuvo que bajar a la cubierta de Interrogación siguiendo la larga ruta física. La nave no podía gastar seis millones de voltios para la comodidad de los oficiales jóvenes.

Aproximándose en derechura a Calurmo le dijo, atisbando con ansiedad a través de la pared vibrátil que les separaba:

-Lamento muchísimo no haberle recibido más cortésmente, pero es que estamos en guerra.

-No hace falta que se excuse - repuso Calurmo -. Ya debe de ser bastante desagradable tener una diferencia con otros. ¿Cuánto tiempo hace que dura esto?

-Miles de años - dijo Deeping con amargura. -Que lleven a ese hombre a los desintegradores - vociferó Rhys-Barley.

Dos guardias se acercaron con paso vivo a Deeping.

-Le ruego que me perdone, señor. Ya sé que es un atrevimiento muy grande por mi parte - dijo el oficial de Extranjeros, cuyas rodillas temblaban -, pero es posible que esta nueva manera de enfocar las cosas resulte... resulte eficaz.

A punto de desmayarse por su propia osadía, vio cómo Rhys-Barley levantaba la mano, deteniendo a los guardias.

-...una diferencia que jamás podremos arreglar, como no sea derrotando al enemigo - estaba diciendo Deeping. Estaba muy pálido, pero se mantenía erguido y resuelto, como si la presencia de aquellos extraños le proporcionase fuerza.

-Esa diferencia puede resolverse, oh, sí - dijo Calurmo -. Pero habéis utilizado un método equivocado.

-No diga usted tonterías - intervino Rhys-Barley -. Usted no conoce el problema... a menos que pertenezcan a una raza de Boux que todavía no conociésemos.

-Mis amigos se enteran ahora de la existencia de este problema - murmuró Calurmo, mirando a Lucecita y Abeja Triste, quienes estaban desusadamente quietos. Pero el Gran Almirante prosiguió implacablemente:

-El enemigo posee unas ventajas inestimables sobre el Hombre. Sólo apelando a todo su poderío militar, sólo estando constantemente alerta y con un dedo en el gatillo, el Hombre ha conseguido mantener a raya al Boux.

-Desde luego, ésta es la verdad - dijo Deeping con vehemencia -. Si vosotros poseéis una superarma y nos la quisieseis revelar, os quedaríamos muy reconocidos.

-No me haga usted reír, por favor - dijo Calurmo, volviéndose a Lucecita y Abeja Triste, quienes sonrieron e hicieron un gesto de asentimiento. Al propio tiempo, Aprit abrió los ojos y se levantó.

-¡Qué sueño tan divertido he tenido! - dijo -. ¿Nos vamos a casa?

-Antes quiero reajustar a esta gente - dijo el Predicador. Los cinco celebraron un conciliábulo durante un minuto, mientras Rhys-Barley paseaba arriba y abajo como una furia y Deeping estornudaba un par de veces; los rayos R siempre producían este efecto en su pituitaria.

Por último, Abeja Triste hizo una señal a Deeping y le dijo:

-Me perdonará usted si le digo que sus semejantes nos parecen estar llenos de contradicciones, pero así es. Con todo, hay una contradicción que no podemos entender. Nos aprisionan ustedes aquí con rayos R impenetrables, como llaman ustedes a su campo de inercia, y, por si fuese poco, con barrotes de duraluminio. Éstos de poco sirven a menos que... no sean lo que parecen. Y desde luego, no lo son; en realidad, son otra de esas máquinas que tanto les encantan a ustedes. A decir verdad, son rejas captadores que transmiten datos casi completos de nosotros cinco al más próximo de sus planetas. ¡Ingenioso aparato! Unas copias completas de nosotros, desde el punto de vista psicológico y fisiobiológico, son suministradas a los mayores cerebros electrónicos que ustedes poseen. Permitan que les felicitemos por la eficacia de esta máquina. Es tan buena, en realidad, que Lucecita y yo hemos explorado la Base Principal gracias a ella, enviando con rumbo desconocido el resto de su flota y radiando instrucciones a su vice-capitán o como se llame, que ahora está a los mandos como resultado de estas órdenes, ahora se dirigen ustedes adonde nosotros deseamos y esta cubierta de Interrogación ha quedado aislada del resto de la nave.

Apenas había terminado de hablar, cuando Rhys-Barley se arrojó detrás de un escudo, dando orden de destrucción de emergencia. Nada sucedió. Ni botones, ni interruptores ni válvulas funcionaban.

-No pierda usted el tiempo - dijo Lucecita al Gran Almirante, señalándole con el dedo mientras atravesaba los rayos R moribundos -. Se ha cortado la corriente. ¿No se lo he explicado con bastante claridad?

-¿Adonde nos lleváis? - susurró Deeping.

-Ustedes nos llevan a nosotros - le corrigió Abeja Triste.

-¿No será... no será a la Tierra?

Abeja Triste sonrió.

-Creo advertir que la palabra «Tierra» tiene cierto valor emocional para ustedes.

-¡Pues no lo va a tener! ¿No sabéis que es el único planeta que tuvimos que abandonar a los Boux, al comienzo de nuestra guerra con ellos? Pero se da el caso de que el Hombre es oriundo de la Tierra... éste es su planeta natal y cuando cayó... su caída significó el fin del Primer Imperio. Desde entonces nuestro poderío ha aumentado... pero aquella antigua región periférica de la Galaxia continúa estándonos vedada.

Abeja Triste asintió despreocupadamente.

-Ya nos hemos enterado de esto por el escrutinio que hemos realizado en la Base Principal. Esta región también está actualmente abandonada por los Boux.

-¡Qué triste pensar cómo habrá ido decayendo durante todo este tiempo! - exclamó Deeping.

-Desde luego, usted es tan estúpido como sus compañeros - dijo el Predicador con tono de reprobación -. La decadencia se ha producido entre ustedes. Sí, señor, todavía siguen aferrados a la maquinaria y sin poderse pasar sin ella.

Acompañó a sus cuatro amigos hacia el *Regalía.*

-Haremos el resto del viaje por nuestros propios medios - les dijo -. Estos soldados querrán volver a sus puestos. No veo por qué debemos retenerlos.

Cuando llegaron ante la escotilla se detuvieron. El personal atrapado en la cubierta de Interrogación se veía pasmado y desvalido. Rhys-Barley se había sentado en un peldaño, y tenía la vista fija en la pared. El capitán se comía las uñas con gesto absorto.

El oficial de Extranjeros se acercó a ellos y les dijo:

-Podíais habernos enseñado lo que no sabemos.

-Hay un conocimiento, distinto a casi todos los conocimientos que poseemos, que puede ser de utilidad para ustedes - dijo Aprit con indiferencia -. En su prisa por dejar la Tierra porque habían llegado a ella uno o dos Boux, el Hombre dejó abandonados en ella algunos semejantes suyos de ambos sexos. Éstos no podían defenderse de los Boux y

por lo tanto los Boux no los atacaron. No tenían necesidad de ellos. Dicho de otra manera, se les ofreció la oportunidad de... celebrar uniones mixtas.

-¿Uniones mixtas? - repitió estupefacto el oficial de Extranjeros.

-Sí, señor - dijo el Predicador con solemnidad -. Ni ustedes ni sus máquinas han podido detectar esto. Así que ya ven, nosotros somos mestizos de Hombre y de Boux...

-Desde luego, esta información tiene un valor inapreciable - dijo Deeping, pensativo.

Calurmo les dirigió una sonrisa de despedida que abarcaba incluso al pingorotudo Almirante.

-Me encantará que lo sea - dijo - pero no es más que una justa retribución a cambio del don inapreciable que hizo el Hombre a los Boux que fueron nuestros remotos antepasados: el don de la forma rígida. La fluidez demostró ser una maldición para los Boux. Las uniones mixtas resultaron ventajosas para ambas partes. Me permito indicarles que traten de llegar a... una competición amorosa.

Esta vez se acordó de cerrar las compuertas. El *Regalía* se deslizó, al parecer por voluntad propia, hasta la gran esclusa neumática del *Pointer,* y se perdió en el espacio. Cuando le faltaba poco para llegar a su destino, el capitán de la nave insignia estaba muy atareado apostrofando a su oficialidad, mientras el Gran Almirante Rhys-Bar-ley hablaba con la Base, tratando de disculparse.

Entre tanto, Deeping contemplaba atónito algo que se había materializado en su mano: una acedilla, *Oxalis acetosella.* Una flor de la Tierra.

PSÍCLOPE

Mmmm. Yo.

Primera afirmación: Yo soy yo. Yo lo soy todo. Todo, todas las cosas. Todo, todo, todo.

El Universo está construido de mí, yo soy todo el Universo. ¿Lo soy? ¿Qué es este latido regular que no es mío? También debo de ser yo; dentro de poco lo comprenderé. Ahora todo es oscuro. Oscuro.

Incluso yo soy oscuro. En esto tan extraño y oscuro, en esta gran extrañeza y oscuridad de mi, en todo este universo mío, yo soy una sombra. Un recuerdo de mí. ¿Podría ser un recuerdo de... no mí? Paradoja: si yo lo soy todo, ¿podría existir un no-yo, alguien más?

¿Por qué tengo pensamientos? ¿Por qué no soy, como era antes, un simple mmmm?

«¡Despierta! ¡Despierta! ¡Es urgente!»

¡No! ¡Lo niego! Yo soy el Universo. Si tú puedes hablarme, tú debes de ser yo, luego te ordeno que te calles. Sólo tiene que haber el apaciguador y sedante mmmm.

«... tú no eres el Universo. ¡Escúchame!»

¿Más fuerte?

«¡Por el amor de Dios! ¿Me oyes al fin?»

Incomprensión. Yo debo de serlo todo. ¿Puede existir una parte de mí, como el latido, que esté... separada?

«¿Me oyes? ¡Responde!»

¿Quién... quién eres?

«Gracias a Dios que al fin captas mi mensaje. No te asustes.»

¿Eres otro universo?

«Yo no soy un universo. Tú tampoco lo eres. Estás en peligro y yo tengo que ayudarte.»

Estoy... Peligro. ¡No, quiero enroscarme, chupar! Sólo yo en todo el mundo. No puedo creer en nada que no sea yo.

«...debo hacerlo con sumo cuidado. ¡Dios mío, qué tarea! Eh, tú, no te duermas.»

Tiene que ser mmmm...

«...Si hubiese un psicofetalista a algunos años-luz de aquí... Qué remedio, seguiré probando. ¡Eh, despierta! ¡Tienes que despertar si quieres vivir!»

¿Quién eres tú?

«Soy tu padre.»

Incomprensión. ¿Dónde estás? ¿Eres la palpitación que no es yo?

«No. Yo estoy muy lejos de ti. A varios años-luz... ¡Ah! ¿Cómo se lo explico?»

Deja de comunicar conmigo. Me envías sensaciones de... dolor.

«No rechaces esa idea de dolor, hijo mío, ni la temas. Debes saber que por doquier te rodea el dolor. Yo sufro un dolor constante.»

Interés.

«¡Muy bien! Lo primero es lo primero. Tú eres más importante.»

Ya lo sé. Todo esto no sucede de verdad. Yo *creo* todos estos ecos y estos sueños; no son más que figuraciones mías. Sólo existo yo, completamente solo.

«Trata de concentrarte. Tú no eres más que uno entre millones. Todos semejantes a ti. Tú y yo pertenecemos a la misma especie: somos seres humanos. Sólo que yo ya he nacido y tú aún tienes que nacer.»

No tiene sentido.

«¡Escucha! Tu «universo» está dentro de otro ser humano. Pronto surgirás al universo real.»

Todavía sin sentido. Curioso.

«Presta atención. Te enviaré imágenes para ayudarte a comprender...»

¿Eh...? ¿Distancia? ¿Vista? ¿Color? ¿Forma? No, esto no me gusta. Estoy asustado. Tengo miedo de caer, me siento inseguro... Debo retirarme inmediatamente a mi seguro mmmm. Mmmm.

«Pobrecillo. Más valdrá dejarle descansar. Tengo miedo de matarlo. No tiene más que seis meses; en las Academias Prenatales no los despiertan para empezar su educación hasta que tienen siete meses y medio. Y además, saben cómo hacerlo. Si yo supiese... ¡cuidado con mi pierna, cerdo azul!»

Esa imagen...

«Oh, aún me escuchas. ¡Magnífico! Siento de veras llamarte tan pronto, pero es importantísimo; es vital.»

Elogios, sentimientos afectuosos. Es bueno. Me gusta. Mejor que estar solo en el Universo.

«Esto es un gran paso adelante, hijo mío. Casi comprendo lo que debió de sentir el Creador, al oírte decir eso.»

Incomprensión.

«Perdón, fue culpa mía; se me escapó ese pensamiento. Debo tener cuidado. Me preguntabas por la imagen que te envié. ¿Te envío otra?»

Sí, pero poquito a poco. Es curioso. Muy curioso. Forma, color, belleza. ¿Es así, de veras, el Universo real?

«Te he mostrado sólo la Tierra, donde yo nací y donde espero que tú nacerás.»

Incomprensión. Enséñamelo de nuevo... formas, tonos, perfumes... Ah, esta vez no es tan extraño. ¿Diferente?

«Sí, una imagen diferente. Mira, más imágenes de la Tierra.»

Ah... Lo prefiero a mi oscuridad... Yo sólo conozco mi oscuridad, dulce y cálida, pero me parece recordar estos árboles.

«Esto es un recuerdo atávico. Esto va bien. Tus facultades empiezan a funcionar.»

Por favor, más imágenes bonitas.

«No podemos perder demasiado tiempo con las imágenes. Tengo muchas cosas que decirte antes de que te encuentres fuera de mi alcance. Y... ¿Por qué nos paramos ahora? Estos diablos azules...»

¿Por qué dejas de comunicar conmigo tan bruscamente? Oye... Nada. ¿Papá?... Nada. ¿Ha sido de verdad esto, o es que yo estaba solo y soñaba?

En todo mi universo no hay nada, excepto el latido. El latido próximo. ¿Hay alguien aquí conmigo? ¿Eh? No, no responden. Se lo preguntaré a la voz, caso de que vuelva. Ahora mmmm. Ya no estoy tan contento como antes. Extraños sentimientos... Quiero más imágenes; quiero... estar... vivo. No, debo mmmm.

Mmmm.

Sueño que soy un pez, con una aleta en la cola, que nada en aguas profundas y tranquilas. Todo es verde, cálido y sin amenazas, y yo nado perpetuamente, muy tranquilo... Pero después el agua se convierte en cuerdas que me atan y cae inacabablemente por un farallón soleado. Yo lucho por volver atrás, a la profunda y segura oscuridad, pero me arrastran...

«...si quieres salvarte. ¡Despierta si quieres salvarte! Yo ya no podré resistir mucho tiempo. Unos cuantos días más a través de estas malditas montañas...»

¡Vete! Déjame tranquilo. No quiero tener nada que ver contigo.

«¡Mi hijito querido! Debes esforzarte por comprender. Ya sé que para ti es una agonía, pero debes despabilarte y asimilar cuanto te digo. Es absolutamente necesario.»

Aquí nada es absolutamente necesario. Pero él habló de «recuerdos atávicos». Y ahora mi mente parece aclararse. ¡Sí! Existo en las tinieblas de mi cabeza, donde antes no había nada. Sí, hay cosas absolutamente necesarias; lo reconozco. ¡Papá!

«¿Qué quieres, hijo?»

Estoy confuso. Comprendo mejor, me esfuerzo, pero estoy muy confuso. Y continúo sintiendo esa palpitación a mi lado.

«No te preocupes por eso. Es tu hermanita gemela. El hospital de Pólux II diagnosticó mellizos, un varón y una hembra.»

Siempre tantos conceptos que no puedo entender. Es desesperante, y merecería llevar toda la desesperación si no fuese por la curiosidad que me espolea. Explícame primero eso de «varón», «hembra» y «hermana gemela».

«¡En un momento como éste! Bien, los seres humanos estamos divididos en dos sexos para la perpetuación de la raza. Estos sexos se dividen en «varones» y «hembras» y, por razones que ahora no puedo explicarte, el Creador decidió que los pequeños vástagos de la especie - como tú - serían transportados en el interior del cuerpo de las hembras hasta que sean lo bastante fuertes para existir por su cuenta. A veces los pequeños vástagos son únicos, otras forman parejas, y en ocasiones son tres o incluso más de una vez.»

¿Y yo formo parte de una pareja?

«Exactamente. La que está junto a ti es una niña; el corazón que sientes palpitar es el suyo. Tu madre...»

¡Alto, alto! Demasiadas cosas a la vez. Tengo que pensar en esto. Vuelve a llamarme.

«No tardes. Cada minuto que pasa me aleja más de ti...»

Tengo que dominarme. La cabeza me da vueltas. ¡Es todo tan extraño! Así, mi universo se reduce al vientre materno. Me siento torpe y aterido. No puedo asimilar más cosas. Torpe. Mmmm.

De nuevo estoy en la profunda oscuridad, suave y sedante. Vuelvo a ser un pez, coleteando con lentos movimientos por las aguas tranquilas. Aquí reina la calma, pero más allá... ¡La caída! Doy media vuelta y agito desesperadamente las aletas... pero es demasiado tarde, demasiado tarde.

«Eh, no te asustes. Soy yo.»

Me hablaste de peligro.

«Mantén la calma y tranquilízate. Tienes que hacer lo que voy a pedirte. Hazlo por mí... por nosotros. Si lo haces, no habrá peligro.»

Dímelo rápidamente.

«Todavía es muy difícil. Dentro de algunos días ya estarías más preparado... pero yo no podré resistir tanto tiempo.»

¿Por qué es difícil?

«Porque aún eres tan pequeño.»

¿Y tú, dónde estás?

«Yo estoy en un mundo muy parecido a la Tierra, situado a noventa años-luz de ella y que se aleja cada vez más de ti, a cada momento que se alarga nuestra comunicación.»

¿Por qué? ¿Cómo? No entiendo. Todo esto escapa a mi comprensión; antes de que tú vinieses, todo estaba tranquilo y oscuro.

«Descansa y no te inquietes, hijo mío. Lo haces muy bien; comprendes las cosas en seguida, conseguirás llegar a la Tierra. Viajas hacia ella en una astronave que salió de Mirone, el planeta donde yo estoy, hace dieciséis días.»

Envíame de nuevo esa imagen del astronave.

«Ahí la tienes...»

Es una especie de vientre metálico para todos nosotros. Esta idea la comprendo más o menos, pero no me explicas lo que son las distancias de una manera satisfactoria.

«Se trata de grandes distancias, de lo que llamamos años de luz. No puedo explicarte bien lo que son, porque la mente humana nunca alcanza a entenderlos.»

Entonces es que no existen.

«Por desgracia existen, ya lo creo que existen. Pero sólo se les puede comprender como conceptos matemáticos. ¡Oh! Mi pierna...»

¿Por qué te interrumpes? Recuerdo que antes también te interrumpiste de pronto. Me enviaste un terrible pensamiento de dolor y luego desapareciste. Contesta.

«Espera un momento.»

Apenas te oigo. Ahora siento interés. ¿Por qué no continúas? ¿Estás ahí?

«...esto es superior a mis fuerzas. Estamos listos. Judy, amor mío, si pudieses oírme...»

¿A quién hablas? ¡Respóndeme en seguida! Esto es desesperante. Te oigo tan débilmente que apenas entiendo tus palabras.

«Te llamaré cuando pueda...»

Miedo y dolor. Únicamente símbolos de su mente a la mía, pero tienen un significado siniestro... algo que se me escapa. Tal vez sea otro recuerdo atávico.

Mi memoria flaquea. No está adiestrada. Debo ejercitarla. Se me escapa una cosa de las que dijo, debo tratar de recordarla. ¿Mas, a qué inquietarme? Nada de eso me interesa. Aquí estoy seguro, seguro para siempre en esta oscuridad.

¡Ya está! Hay otro ser aquí conmigo, mi hermana. ¿Por qué mi padre no comunica con ella? Tal vez yo pudiese establecer contacto con ella; está más cerca de mí que él.

¡Hermanita! ¡Hermanita! Te estoy llamando.

La palpitación proviene de ella, pero no responde.

Todo esto es pura imaginación. Estoy hablando solo. ¡Espera! Como un distante picor noto que su proyección mental vuelve. Mejor no preocuparse por adivinar sus acertijos.

Curioso.

«... gangrena, sin duda. Habré muerto antes de que esos diablos azules consigan llevarme a su aldea. Con los planes que Judy y yo teníamos para el futuro...»

«¿Me escuchas, hijo?»

No, no.

«Escucha con atención. Voy a darte algunas instrucciones.»

Quiero hacerte una pregunta.

«Ahora no puede ser, lo siento. El enlace entre nosotros se va atenuando, pronto estaremos fuera del alcance de las ondas telepáticas.»

Me es indiferente.

«Hijito mío querido, comprendo tu indiferencia. Lamento de verdad haber interrumpido tan pronto tu sueño fetal.»

Una sensación para la que no tengo nombre. Es bastante agradable: ¿Gratitud, amor? Sin duda *es un* recuerdo atávico.

«Es posible. Más tarde ya tratarás de recordarlo. Ahora tenemos que hacer. Tu madre y yo nos hallábamos de regreso a la Tierra cuando nos detuvimos en el planeta Mirone, donde ahora yo estoy. Aquella interrupción del viaje fue un lujo innecesario. ¡Cuan amargamente lamento ahora habernos detenido!»

¿Por qué lo hicisteis?

«Verás, principalmente fue para complacer a Judy... tu madre. Este mundo es hermoso, al menos aquí, en las cercanías del Polo Norte. Nos hallábamos a cierta distancia de la nave cuando un grupo de indígenas cayó sobre nosotros.»

¿Indígenas?

«Naturales del planeta. Son seres subhumanos, de tez azul y lampiños... su aspecto no es agradable que digamos.»

¡Imagen!

«Será mejor que te pases sin ella. Judy y yo corrimos como locos hacia la nave. Casi la alcanzábamos cuando una piedra me dio en la corva - nos arrojaban piedras - y caí. Judy no se dio cuenta de nada hasta encontrarse en la escotilla y después los salvajes cayeron sobre mí. Tenía la pierna herida y no pude defenderme.»

No me hables más de esto, te lo ruego. Me siento mal. Quiero mmmm.

«¡Escúchame, hijo, no te vayas! Esta parte ya ha terminado. Grité a Judy que huyese, para salvarse ella contigo y tu hermanita. Los salvajes me llevan por las montañas a su poblado. No creo que se propongan hacerme daño; para ellos yo no paso de ser una curiosidad.»

Por favor, déjame hacer mmmrn.

«Podrás hundirte de nuevo en el coma cuando te haya explicado cómo funcionan estas pequeñas naves del espacio. La astrogación, o sea el arte de ir de un planeta a otro, es algo tan intrincado, que sólo un experto puede dominarlo. Y yo no soy un experto, sino un geohistoriador. Por lo tanto, un piloto robot es quien se encarga de gobernar la nave. Se le suministran los detalles necesarios, como la carga, las gravedades y el punto de destino, él los baraja con los datos

archivados en su memoria y establece el rumbo correcto... llevándonos sanos y salvos a nuestro destino. ¿Comprendes todo esto?»

Me parece todo muy complicado.

«Ahora me recuerdas a tu madre, hijo. Ella nunca ha conseguido entenderlo, pero en realidad todo es muy sencillo: las complicaciones tienen lugar tras los paneles de acero, y allí no deben preocuparnos. Lo que yo quiero que comprendas es que el gobierno de la nave se realiza automáticamente cuando se han suministrado unas cuantas coordenadas al piloto.»

Estoy muerto de fatiga.

«Yo también. Afortunadamente, antes de que ella y yo saliésemos de la nave, yo había ajustado el rumbo a la Tierra. ¿Me entiendes?»

Si no lo hubieses hecho, ella no hubiera podido regresar, ¿verdad?

«Exactamente. Tienes el cerebro de tu padre, muchacho. ¡Esfuérzate un poco más! Ella zarpó de Mirone sana y salva y ahora todos os dirigís a la Tierra... pero nunca conseguiréis llegar a ella. Cuando yo establecí las cifras, eran exactas; pero al no estar yo a bordo, se introduce un factor de error en ellas. Hasta el último gramo de potencial de la nave está calculado para una carga adicional de setenta y dos kilos que ahora no está a bordo *de* la nave, sino aquí conmigo, llevadas a rastras por un camino de montaña.»

¿Es malo, esto? Exceptuándote a ti, claro. ¿Quiere decir que llegaremos a la Tierra demasiado de prisa?

«No, hijo mío. ESTO QUIERE DECIR QUE NUNCA LLEGARÉIS A LA TIERRA. La nave recorre una hipérbole y aunque mi peso sólo es una diezmilésima parte de la masa total de la nave, este minúsculo factor de error se habrá convertido en un par de años de luz cuando lleguéis a las cercanías del sistema solar.»

Me esfuerzo, pero estas expresiones de distancia no significan nada para mí. Explícamelo de nuevo.

«Donde tú estás no hay luz ni espacio. ¿Cómo conseguiré explicarte lo que es un año-luz? No, aunque no pueda explicártelo, tienes que creerme cuando te digo que la verdad es que pasaréis muy lejos de la Tierra.»

¿Y no podemos seguir hasta alcanzar otro planeta?

«Nada se opone a ello. Pero tardaríais varios miles de años en aterrizar.»

Cada vez te oigo más débilmente. Es demasiado esfuerzo. Debo hacer mmmm.

Nuevamente el pez y las aguas profundas rodeándome. En el remanso ya no reinaba la paz. Frío remanso, cruel remanso, remanso... Las aguas se acercan espumeantes a la cascada.

Yo soy el pez-feto. ¿He soñado? ¿Había una voz hablando conmigo? No me parece probable. Y si hablaba, ¿decía la verdad? Tenía que preguntarle algo, un hecho gigantesco que lo convertía a todo en simple

Librodot

cháchara; algo... ah, no puedo acordarme. Si pudiese acordarme, conseguiría refutarlo solo.

Tal vez la voz no existía. Tal vez en estas tinieblas mi desarrollo ha tomado un mal camino: entre la cordura y la demencia, ha elegido la demencia. Entonces, mis primeros pensamientos debían de ser acertados. ¡Lo soy todo y estoy loco!

¡Socorro! ¡Háblame, háblame!

Nadie responde. Únicamente el latido. Esta era la pregunta...

«...gracias a Dios que llegamos a una fuente de agua caliente...»

|Eh! ¡Papá!

«¿Cuánto tiempo me dejarán descansar en esta fuente? Deben comprender que yo no duraré mucho en este mundo, ni en ninguno.»

¡Estoy despierto y te respondo!

«Dejadme descansar aquí. Hijo mío, el primero y último placer del hombre consiste en descansar y bañarse en agua caliente. Me hubiera gustado vivir para conocerte... Pero... Trabajar. He aquí lo que tienes que hacer para salir del presente apuro.»

Aquí soy impotente. Desvalido. No puedo hacer nada.

«No te asustes. Hay algo que ya sabes hacer muy bien: teleemitir.»

Incomprensión.

«Tú y yo conversamos, a pesar de que la distancia que nos separa aumenta sin cesar, gracias a lo que se conoce por el nombre de telepatía. En parte es un don natural y en parte una habilidad. Es el único medio de contacto que existe entre los planetas distantes, con excepción de las astronaves. Pero mientras éstas necesitan tiempo para desplazarse, el pensamiento es instantáneo.»

Comprendido.

«Muy bien. Por desgracia, si bien las astronaves pueden llegar a cualquier parte - sólo es cuestión de tiempo -, el pensamiento tiene un alcance limitado. Su difusión se halla gobernada por reglas tan fijas, como... por ejemplo, el tamaño de una planta. Cuando tú te encuentres a cincuenta años-luz de Mirone, el contacto entre nosotros cesará de pronto.»

¿Qué detiene al pensamiento?

«No lo sé, como tampoco puedo decirte qué lo origina.»

Otras preguntas evidentes: ¿Estamos muy separados, ahora?

«En el mejor de los casos aún podremos estar cuarenta y ocho horas más en contacto.» ¡No me dejes! Me sentiré muy solo. «Yo también me sentiré muy solo... pero no será por mucho tiempo. Pero tú, hijo mío, tú ya te encuentras a mitad de camino de la Tierra, según calculo. Así que estés en contacto entre nosotros, debes llamar al CTT.

¿Qué significa esto?

«Son las iniciales del Centro Telepático Terrestre. Es un centro de control e información general, que está en alerta permanente para cualquier urgencia. Tú podrás llamarles; yo no puedo hacerlo.»

No me conocerán.

«Te daré su número cifrado y el modo de llamarles. Te conocerán así que entres en contacto con ellos. Si quieres, puedes darles mi número de identificación. Puedes explicarles lo que pasa.»

Lo dudo.

«Podrás explicárselo, ¿verdad?... ¿Les explicarás que os habéis desviado de la Tierra?»

¿Me creerán?

«Naturalmente.»

¿Son reales?

«Naturalmente.»

Me cuesta creer que existan otros seres que no seamos tú y yo. Quería hacerte una pregunta...

«Un momento, dejemos esto arreglado. Dirás a CTT el apuro en que os encontráis; ellos enviarán una nave rápida para recogeros a Judy y a ti antes de que os encontréis fuera de su alcance.»

Sí, ahora ya lo tengo. Quiero hacerte esa pregunta. La voz...

«Espera un momento, hijo... ¿Eres tú o soy yo quien se debilita?... ¿No notas el hedor de la gangrena a través de todos estos años de luz?... Estos horribles seres azules me levantan para separarme del manantial. Probablemente me desmayaré. No queda mucho tiempo...»

Papá, ¿qué es este «tiempo» que parece significar tanto para ti?

«... el tiempo, como un río caudaloso, arrastra a todos sus hijos... Ah... El tiempo, hijo mío, siempre es insuficiente...»

Dolor. Dolor y silencio. Experimento revulsión. ¿Puede ser el Universo tan horrible y confusionario como él quiere hacer pensar? Todo parece un sueño.

Largo silencio y oscuridad. La voz ha cesado. Tensión. Me esfuerzo.

«...distancia...»

¡La voz! ¡Padre! ¡Más fuerte!

«...demasiado débil... Hago cuanto puedo...»

Dime sólo una cosa, padre.

«De prisa.»

¿Te costó despertarme al principio?

«Sí. En las Academias Prenatales, los fetos no se despiertan para educarlos e instruirlos hasta que tienen siete meses y medio. Pero en nuestro caso, la situación era desesperada. Yo tenía que... oh, me siento demasiado débil...»

Librodot

¿Entonces, por qué me despertaste a mí en lugar de comunicar con mi madre?

«¡El poblado! Ya casi llegamos. Mi viaje termina en el fondo del valle... La raza humana sólo desarrolla sus poderes telepáticos muy gradualmente... ¡Cuidado, vosotros!»

La pregunta, que responda a la pregunta.

«Esta es la respuesta. Bajad la cuesta con cuidado. No vayáis a reventar esta enorme pierna hinchada... Pues... yo poseía esa facultad, pero Judy no; me era imposible llamarla aunque fuese a un metro de distancia. Pero tú la posees. ¡Cuidado! ¡Oh, toda la materia del Universo está en mi pierna!...»

¿Pero, por qué... por qué hablas de un modo tan confuso..., por qué?...

«Las teorías del bueno de Mendel... Tú y tu hermana, uno sensitivo y la otra no. Dos ojos del gigante, pero sólo uno ve... El sendero es demasiado empinado... ¡Alto, Cíclope, calma, muchacho, o sacarás ese otro ojo!»

¡No entiendo nada!

«¿No entiendes? Mi pierna es una antorcha llameante... Sacad el ojo de quien sea. ¡Cuidado, cuidado! Bajad poco a poco esta montaña azul.»

¡Papá!

«¿Qué pasa?»

No entiendo nada. ¿Hablas de cosas reales?

«Lo siento, chico. Ahora ya *estoy* más tranquilo. Fue un ligero acceso de delirio a causa del dolor. Todo irá bien si puedes establecer contacto con el CTT. ¿Recuerdas?»

Sí, recuerdo. Sólo con que pudiese... no sé. ¿Entonces, mamá también es real?

«Sí. Debes cuidar de ella.»

¿Y el gigante, es real?

«¿El gigante? ¿Qué gigante? Ah, claro, la montaña gigante. Todos ascienden por la montaña gigante. Y ascienden también por mi pierna gigante. Adiós, hijo mío. Tengo que ver a un hombre azul para hablar de una... una pierna... una pierna.»

¡Papá!

«...Una pierna de cordero azul...»

Papá, ¿adonde vas? Espera, espera, mira... ya puedo moverme un poco. Acabo de descubrir que puedo *volverme.* ¡Papá!

Ahora nadie responde. Sólo una minúscula corriente de silencio y la palpitación incesante. La palpitación. Mi silenciosa hermana. Ella no puede pensar como yo. Tengo que llamar al CTT.

Tengo mucho tiempo. ¿Y si primero me volviese?... Es fácil. El me ha dicho que sólo tengo seis meses. Tal vez podría llamar más fácilmente desde fuera, desde el Universo real. ¿Y si me volviese de nuevo?

Ahora, si *patalease...*

Ah, ahora es fácil. Patalearé de nuevo. Muy bien. Me pregunto si mis piernas serán azules.

Pataleo.

Muy bien. Algo cede.

Pataleo...

Librodot

DECLARACIÓN DE CULPABILIDAD

Los cuatro Ultraseñores Supremos se mantenían alejados de la multitud, esperando y sin hablar con nadie. Pero Mordregón, hijo del Gran Mordregón; Arntibis Isis de Sirio III, el Fiscal Supremo del Décimo Sector; Deln Phi J. Bunswacki, Señor de los Márgenes; y Ped 2 de los Dominios del Saco de Carbón presenciaban, a semejanza de lo que hacían los otros incontables miembros de la Dieta de los Ultraseñores de la Galaxia Materna, la entrada en la cámara del consejo del extranjero, David Stevens, de la Tierra.

Stevens tuvo una ligera vacilación en el umbral de la sala. Aquella vacilación era en parte natural y en parte fingida; había acudido allí preparado para representar un papel y sabiendo que todos esperarían que se detuviese momentáneamente, sobrecogido de temor; pero nadie había previsto el verdadero temor que se apoderaría de él. Se presentaba para someterse a juicio en nombre de la Tierra y venía preparado... hasta allí donde un hombre podía prepararse para lo imprevisible. De todos modos, cuando el servidor le acompañó a la gran sala, comprendió, abrumado, que la tarea sería mucho más terrible de todo cuanto había podido imaginar.

La flor y nata de la Galaxia se apercibió de su vacilación.

Empezó a caminar hacia el estrado sobre el cual esperaban Mordregón y sus colegas. El esfuerzo necesario para obligar a sus piernas a moverse, hizo que su frente se perlase de sudor.

--¡Que Dios me asista! - susurró. Pero ante él se erguían los dioses de la Galaxia; ¿existiría, por encima de ellos, un Ser Supremo que no tuviese existencia material, mas cuyo poder fuese infinito? Desechó aquellos pensamientos y se concentró.

Con porte altivo, Stevens avanzó entre las macizas formas agrupadas de los señores de la Galaxia. Aunque quedó bien claro, antes de que él saliese de la Tierra, que no se utilizarían contra él poderes que él no poseyese, como la telepatía, sentía el peso de la fuerza mental que le rodeaba. Extraños rostros le observaban, entre los que sólo había algunos que fuesen remotamente humanos, extrañas vestiduras se agitaban cuando él las rozaba a su paso. ¡Cuánta diversidad!, se dijo. ¡Cuan sorprendente y prolífico es el universo!

De pronto sintió un súbito orgullo. Tuvo el suficiente valor para devolver la mirada de aquellos múltiples ojos. Les haría conocer cuál era el temple del hombre. Fuera lo que fuese lo que ellos se propusiesen hacer con él, él también tenía sus propios planes para ellos.

Del mismo modo como le parecía adecuado que el hombre penetrase en aquella sala, le parecía no menos adecuado que, entre todos los millones de hombres de la Tierra, él, David Stevens, fuese el elegido. Con la egolatría

Librodot

propia de las razas jóvenes, se sentía seguro de que saldría airoso de la prueba. El temor que había sentido al principio era explicable. Una civilización técnica pagada de sí misma y que se enorgullecía de sus empresas de exploración en Mercurio y Neptuno, era natural que se sintiese intimidada al enfrentarse con una cultura que se extendía de una manera lujuriante sobre más de cinco mil planetas.

Con una elegante reverencia se inclinó ante Mordregón y los otros Ultraseñores Supremos.

-Os traigo la salutación de mi planeta Tierra, del Sol - dijo con voz resonante.

-Sé bienvenido, David Stevens de la Tierra - replicó Mordregón graciosamente. Un pequeño objeto del tamaño de un huevo de gallina faltaba a medio metro de su pico. Los restantes miembros del consejo, Stevens incluido, estaban acompañados por artilugios semejantes, que en realidad eran intérpretes automáticos.

Mordregón era de proporciones colosales. Bajo su cabeza provista de pico, su cuerpo se ensanchaba como un enorme piano caído. Iba cubierto por una cascada de rectángulos blancos y negros de marfil que producían un seco repiqueteo. Stevens observó que cada uno de aquellos rectángulos giraba constantemente sobre su eje longitudinal, abanicándole, ventilándole, como si tratasen de mitigar el ardor de una enfermedad inexorable (esto era lo que en realidad sucedía).

-Me complace venir en son de paz - dijo Stevens -. Y aún me producirá mayor alegría saber por qué me han traído aquí. Mi viaje ha sido largo y sólo me han explicado a medias su finalidad.

Al oír la palabra «paz», Mordregón hizo una mueca como una sonrisa, aunque su pico no sonreía.

-A medias, quizá; pero de momento debe bastarte con saber lo que sabes - dijo Mordregón -. La nave robot te dijo que te traería aquí para ser juzgado en nombre de la Tierra. De momento, ésta nos parece a nosotros suficiente información.

Los traductores automáticos prestaban una nota de ironía a la voz del Ultraseñor. Aquel tono hizo que se tiñesen de un débil rubor las mejillas de Stevens. Se encolerizó y de pronto le gustó dejar que ellos lo notasen.

-Es que tú no has estado jamás en mi posición -repuso -. Yo ocupaba un puesto de responsabilidad en Puerto Ganímedes. Nunca me metí en política. Me encontraba en el puesto reactivo del metano cuando llegó vuestra nave robot y me designó entre los demás, de un modo totalmente arbitrario. Se limitó a decirme que dentro de tres meses se presentaría a recogerme para ser sometido a juicio, como un reo cualquiera... como un montón de ropa sucia...

Los fulminó con la mirada, ansioso por ver su primera reacción ante su estallido de cólera, temiendo por otro lado haber ido demasiado lejos. Por lo general, Stevens no era un hombre que se dejase arrebatar por sus emociones. Cuando hablaba, el huevo de gallina que flotaba ante su boca absorbía todo el sonido, dejando el aire seco y silencioso. Por lo tanto, él no podía oír la traducción de sus palabras; confió a medias en

Librodot

que el aparatito no tradujese su estallido de cólera, según era la costumbre tradicional de los intérpretes. Esta esperanza se vino al punto por los suelos.

-La irritación equivale a desequilibrio - dijo Deln Phi J. Bunswacki. Fue la única frase que pronunció durante toda la entrevista. Sobre sus hombros, un poderoso cerebro hacía circular sus pensamientos bajo una caja craneana transparente; llevaba lo que parecía ser un chillón vestido azul a listas, pero las listas se movían al ser recorridas incesantemente por organismos simbióticos ingurgitando todos los microbios que pudiesen constituir una amenaza para la salud de Deln Phi J. Bunswacki.

Ligeramente asqueado, Stevens se volvió de nuevo hacia Mordregón.

-Estáis jugando conmigo - le dijo tranquilamente -. ¿Será abusar de vuestra hospitalidad que os pida que vayamos al grano?

Esto ya estaba mejor - se dijo. ¿Pero qué estaban pensando aquellos seres? ¿Pensarían que su actitud demostraba demasiada inestabilidad? ¿Que parecía mostrarse refractario a la idea de su propia insignificancia? Aquello sería un verdadero infierno: tener que adivinar lo que *ellos* pensaban, sabiendo que ellos sabían que trataba de adivinarlo, pero sin saber a cuántos niveles por encima de su propio cociente de inteligencia se encontraban.

Stevens sintió acidez en el estómago a causa de la aprensión que le dominaba. Se llevó una mano al bultito que tenía detrás de su oreja derecha; lo tocó nerviosamente con los dedos y sólo haciendo un gran esfuerzo consiguió reprimir aquel gesto que lo traicionaba. Ante aquella vasta asamblea, él era algo insignificante; pero para la Tierra... para la Tierra él constituía la única esperanza. ¡La única esperanza!... Y no pudo contener un estremecimiento.

Mordregón tomó de nuevo la palabra. ¿Qué estaba diciendo?

-...acostumbrado. A esta sala de la ciudad de Grapfth del planeta Xaquibadd, situado en la Periferia de los Dominios del Saco de Carbón, son invitadas todas las nuevas razas, a medida que van siendo descubiertas.

Estas palabras altisonantes no me asustan, se dijo Stevens, porque, en un grado muy considerable, ya le asustaban bastante. De pronto vio al sistema solar como un diminuto saco, en cuyo interior deseaba ocultarse.

-¿Es Grapfth el centro de vuestro Imperio? - preguntó.

-No; como ya he dicho, se encuentra en una región periférica... por razones de seguridad, como pueden comprender - le explicó Mordregón.

-¿Razones de seguridad? ¿Quieres decir que me tenéis miedo?

Mordregón enarcó una ceja mirando a Ped 2 del Saso. Ped 2, bajo media hectárea de nylon coloreado y estereoscópico, era un cactus animado, más bello y complicado que sus vestiduras. Mariposas cautivas en germanio, cadenas libres de la gravedad giraban entre las flores de su cabeza; aleteaban hacia arriba para posarse de nuevo mientras Ped 2 asentía y hablaba brevemente al terrestre.

-Todas las razas poseen talentos y habilidades peculiares - le explicó -. En parte, se invita a los extranjeros a acudir aquí para descubrir las facultades que poseen. Por desgracia, tu predecesor resultó pertenecer a una raza de armas nucleares partenogenéticas que quedaron abandonadas después de una antigua guerra. Hablaba con mucha cordura, hasta que uno de nosotros mencionó la expresión clave «buena voluntad» y entonces él estalló, haciendo volar esta sala.

Sonaron risas entre la asamblea cuando él les recordó aquella anécdota.

Enojado, Stevens, dijo:

-¿Y queréis que me crea eso? Entonces, ¿cómo habéis sobrevivido vosotros?

-Oh, es que nosotros no estamos aquí de verdad - dijo Ped 2 con tono indulgente, cruzando un manojo de púas detrás de su gran cabeza -. No ibas a suponer que haremos el largo viaje hasta Xaquibadd cada vez que un pequeño e insignificante sistema (no intento ofenderte) se descubre. Estás hablando con imágenes tridimensionales de nosotros mismos; incluso esta sala está allí... o *aquí,* si lo prefieres (la localización no es más que una sutileza filosófica), en una especie de forma submolecular.

Al advertir la expresión sorprendida del terrestre, Ped 2 no pudo resistir la tentación de hacerle otra observación. (Pertenecía a una raza infantil: los teólogos desaparecieron de ella sólo hacía unos cuatro mil años.)

-Ni siquiera te hablamos de una manera que tú puedas comprender, David Stevens de la Tierra - le dijo -. Como todavía no poseemos comunicación instantánea que nos permita franquear las distancias de años luz, dejamos que un cerebro robot de Xaquibadd hable por nosotros. Más tarde podremos efectuar las debidas comprobaciones; si se ha cometido algún error, nada nos impide ponernos en contacto contigo.

Aquellas palabras contenían una evidente amenaza, pero Stevens las escuchó con avidez, al menos en parte. ¡Todavía no poseían un medio de comunicación instantáneo! ¡No tenían subradio, que pudiese saltar varios años luz sin ninguna pérdida de tiempo! Involuntariamente, palpó de nuevo el bultito que tenía tras el lóbulo de su oreja derecha y luego se metió profundamente la mano en el bolsillo. ¡Así, la Tierra aún tenía posibilidades de negociar con aquellos colosos! De nuevo volvió a sentir confianza.

Mordregón estaba diciendo a Ped 2: -No debes burlarte de nuestro invitado. -Ya os he oído pronunciar antes la palabra «invitado» - dijo Stevens -. Pero en realidad, me ha parecido más venir aquí como obedeciendo a una citación. Vuestro robot, sin ofrecerme explicación alguna, se limitó a decirme que volvería a buscarme dentro de tres meses, dándome tiempo para que me preparase para el juicio.

-¿Y no te pareció esto razonable? - le pregunto Mordregón -. Podía haberte entrevistado entonces, pillándote desprevenido.

-Pero no me dijo para qué debía prepararme y prevenirme - replicó Stevens, exasperado, al recordar aquellos tres meses. Fueron tres meses de

Librodot

locura, que él pasó preparándose frenéticamente para esta entrevista; todos los hombres sabios e inteligentes del sistema le habían visitado: lógicos, actores, filósofos, generales, matemáticos...

¡Y los cirujanos! Sí, los hábiles cirujanos, que enterraron las últimas creaciones de la técnica en su oído y garganta.

Y durante todo aquel tiempo, él no hacía más que preguntarse por qué lo habrían escogido a él.

-¿Y si no hubiese sido yo? - preguntó a Mordregón -. ¿Y si hubieseis elegido a un loco o a un hombre corroído por el cáncer?

Reinó el silencio. Mordregón le dirigió una mirada inquisitiva y luego repuso, hablando lentamente:

-Nuestros principio de selección al azar nos parece plenamente satisfactorio, considerando el elevadísimo número de individuos que entran en juego. Aquel que comparece aquí debe responder de su propio mundo. Sus errores o lacras serán los errores o lacras de su propio mundo. Si en tu lugar se hallase ahora un demente o un canceroso, tu mundo tendría que ser destruido; no podemos permitir la existencia de mundos que aun no han podido librarse de estos flagelos a pesar de haber conseguido realizar viajes interplanetarios. La Galaxia es indestructible, pero la seguridad de la Galaxia es algo muy frágil y delicado.

De la asamblea de Ultraseñores parecía haber desaparecido toda cordialidad. Incluso Ped 2, de los Dominios del Saco de Carbón, permanecía muy erguido e inmóvil, contemplando ceñudo al terrestre. Una garra helada parecía oprimir el corazón de Stevens y notaba su garganta tan seca como su manga. Cada vez que hablaba, revelaba involuntariamente parte de la atmósfera psicológica de la Tierra.

Durante los tres meses de preparativos, como durante el mes de viaje hasta allí en una nave completamente automática, se devanó los sesos para llegar sólo a esta única conclusión: que a través de él, el Hombre pasaría una prueba de aptitud. Al pensar en los asilos mentales y en los hospitales de la Tierra, su aplomo casi le abandonó; pero apretando los puños detrás de la espalda - ¿Qué importaba que la asamblea se apercibiese de su tensión, mientras ésta pasase desapercibida a los ojos inquisitivos de Mordregón? -, dijo con una voz que pretendía ser firme:

-¿De modo, que he venido aquí para ser juzgado?

-No solamente tú sino tu mundo, la Tierra... ¡Y el juicio ha comenzado ya!

La voz que había hablado no pertenecía a Mordregón ni a Ped 2. Pertenecía a Arntibis Isis de Sirio III, el Fiscal Supremo del Décimo Sector, quien todavía no había hecho uso de la palabra. Se alzaba como una columna de tres metros y medio de altura, cubierto por una tela que caía en pliegues plateados. Desde lo alto, un oscuro racimo de ojos sondeaban a Stevens. Poseía lo que les faltaba a los demás, incluso a Mordregón: majestad.

Con un ademán furtivo, Stevens se tocó la garganta. El aparatito alojado en ella iba a ser necesario ya; con su ayuda podría ganar la

partida. Aquel Imperio no tenia subradio; en este hecho residían todas sus esperanzas y las de la Tierra. Pero ante Arntibis Isis, aquella esperanza le pareció fútil.

-Puesto que ya estoy aquí, es necesario que me someta a vuestro juicio - dijo Stevens -. Aunque en el lugar de donde vengo, la costumbre civilizada consiste en decir al acusado de qué se le acusa, cómo puede conseguir la absolución y a qué castigo se expone por su pretendido delito. También tenemos la cortesía de anunciar el comienzo del juicio, sin lanzarlo bruscamente sobre el reo.

El murmullo que recorrió la reunión le dijo que se había apuntado un pequeño tanto. Tal como Stevens veía el problema, los Ultraseñores buscaban la existencia de alguna virtud cardinal en el Hombre que, si Stevens la ponía de manifiesto, salvaría a la Tierra; pero... ¿qué virtud consideraba importante aquella abigarrada multitud? Tuvo que parar su mente desbocada para escuchar lo que respondería Arntibis Isis a su arremetida.

-Nos hablas de una costumbre local que sólo se practica en un rincón de mala muerte de la Galaxia - dijo la voz serena del altísimo ser -. No obstante, teniendo en cuenta tu nivel intelectual, enumeraré los cómos y los porqués. Debes saber, pues, David Stevens de la Tierra, que en ti se juzga a tu mundo ante la Dieta Suprema de los Ultraseñores de la Segunda Galaxia. No se trata de una acción de carácter personal; en realidad, tú apenas haces aquí otro papel que el de un portavoz. Si sales airoso de la prueba, (y te aseguro que nosotros somos más que imparciales, deseamos tu éxito, si bien no abrigamos grandes esperanzas), la raza del Hombre será reconocida como miembro joven, pero con plenitud de derechos en nuestro gran concurso de razas que comparten nuestros descubrimientos y problemas. Si fracasas, tu planeta, la Tierra, será borrado del universo..., aniquilado.

-¿Y tú llamas a eso civilización?... - empezó a decir Stevens con acaloramiento.

-Todas las semanas juzgamos aquí a cincuenta planetas - le interrumpió Mordregón -. Es el único sistema posible... suprime interminables trámites burocráticos.

-Sí, y además ten en cuenta que no podemos disponer de las flotas suficientes que harían falta para vigilar a estas comunidades inestables - intervino uno de los Ultraseñores que se hallaban en la sala -. Los gastos serían demasiado cuantiosos...

-¿Os acordáis de aquel terrible reptil devorador del tiempo que procedía de un punto cualquiera de la Nube de Magallanes? - dijo Ped2, riendo al recordarlo -. Tenía un plan diabólico para conseguir que su raza sobreviviese mil años.

-Yo me hubiera muerto de aburrimiento al cabo de una hora de observarlos - dijo Mordregón, encogiéndose de hombros.

-¡Orden en la sala! - gritó Arntibis Isis. Cuando se produjo silencio, dijo a Stevens -: He aquí cuáles son las reglas del juicio. Primera: el veredicto es inapelable; cuando se levante la sesión, serás transportado de

nuevo a la Tierra sin pérdida de momento y el veredicto será pronunciado así que desembarques en ella.

»Segundo, te doy mi seguridad de que nuestra decisión será absolutamente justa y ecuánime, aunque debemos reconocer que la definición de justicia difiere de un lugar a otro. Tal vez nos consideres despiadados, pero la Galaxia es un lugar muy pequeño y no hay sitio en ella para los inútiles. Además, tenemos el problema del gobierno de la Undécima Galaxia, que está en nuestras manos desde hace poco. Sin embargo...

»Tercero, muchos de los aquí presentes poseen poderes que tú considerarías como supranormales, tales como telepatía, clarividencia, precognición, telequinesis, y otros. Estas facultades no se ejercerán en ningún momento durante el juicio, para que tú puedas ser juzgado en igualdad de condiciones, hasta allí donde esto sea posible. Te damos nuestra seguridad de que no leeremos en tu mente.

»Sólo queda otra regla, la última: te someterás ahora a tu propio juicio.

Durante algunos segundos glaciales, Stevens contempló con incredulidad la elevada columna que era Arntibis Isis: aquel ser no le decía nada. Paseó su mirada por la sala... miró a Mordregón, a los restantes miembros del tribunal, a la falange de figuras silenciosas que componían la asamblea. Nadie se movía... Al contemplar aquella increíble asamblea, Stevens comprendió con tristeza cuan lejos se hallaba de su hogar.

-¿...mi propio juicio? - repitió como un eco.

Los Ultraseñores no replicaron. Él había contado con toda la ayuda, si ayuda podía llamarse; pero ahora se encontraba librado a sus propias fuerzas: la suerte de la Tierra estaba en la balanza. El pánico amenazó con dominarlo, pero consiguió reprimirse. Aquel era un lujo que él no ponía permitirse. Sólo triunfaría mediante el cálculo. Su fría mano tocó el bulto de su garganta; había tenido la suerte de que sus jueces le habían ofrecido la solución sin saberlo. Estaba preparado, después de todo.

-Mi propio juicio - repitió con mayor firmeza.

Se encontraba en el centro de una pesadilla hecha realidad, se dijo. Los sueños persecutorios, de degradación y aniquilación no eran más terribles que aquel sueño extático en el que tenía que permanecer de pie ante unos ojos inquisitivos explicándoles su propia existencia, hablando y hablando inútilmente, porque si existía la justicia, no estaba en sus palabras; porque si existía un medio de abrir su alma, no era ante aquella asamblea. Pensó que durante toda su vida debía de haber tenido la obsesión de un juicio desprovisto de merced; pensó luego que terminaría por convertirse en un psicópata, que pasaría el resto de su vida ante aquella pared de ojos, tratando de hallar excusas para un crimen que él no había cometido nunca.

Observó las lentas revoluciones del dominó de Mordregón. No. Aquello era real, no el último resultado de una obsesión. Tratarlo como si no

fuese una realidad sería huir a impulsos del miedo; esto no era propio de Stevens: estaba asustado pero se atrevía a afrontarlo.

Entonces les habló en los siguientes términos:

-Presumo por vuestro silencio que deseáis que yo formule tanto las preguntas como las respuestas, de acuerdo con el principio de que así se emplean dos niveles distintos de inteligencias y de que resulta tan vital hacer la pregunta adecuada como contestar con la respuesta correcta.

»Al obligarme a desempeñar dos papeles, es evidente que se duplican mis posibilidades de fracaso y me permito señalar que esto, a mi entender, no es justicia sino una simple burla.

»Siendo así, ¿debería callarme y no deciros nada más? ¿Aceptaríais mi silencio como una prueba de que mi mundo sabe distinguir la justicia de la injusticia, lo cual es a buen seguro uno de los requisitos de toda cultura?

Hizo una pausa, abrigando sólo muy pocas esperanzas. Aquello no podía ser tan sencillo. ¿Y si lo fuese? Si lo fuese, la solución sólo le parecería una hábil argucia; pero para aquellos cerebros más profundos podía parecer otra cosa. Sus pensamientos cabalgaban en tropel mientras se esforzaba por ver el problema con los ojos de sus jueces. Era imposible: debía atenerse a sus propias normas, que por otra parte era lo que ellos querían. Sin embargo guardó silencio, confiando más en éste que en las palabras.

-Se acepta su alegato. Puede el reo continuar - dijo Ped 2 bruscamente, pero haciendo una inclinación amistosa hacia Stevens.

Así que la cosa no iba a ser tan fácil. El terrestre se sacó un pañuelo del bolsillo y se secó la frente, pensando con nerviosismo:

«¿Aceptarán esto como defensa: que estoy lo bastante cerca del animal para sudar, pero al propio tiempo lo bastante lejos de él para que ello me repugne? ¿Deben de sudar, algunos de ellos? Tal vez consideren el sudor como algo bueno. ¿Cómo puedo estar seguro de nada?»

Como todo cuanto había pensado en aquel estado de espíritu, el pensamiento describió un círculo, produciendo una especie de cortocircuito mental.

Él era un terrestre, de 1,90 metros de estatura, apuesto y bien proporcionado, que había conseguido adaptarse perfectamente a las duras condiciones de Ganímedes y que conocía a una encantadora joven llamada Edwina. ¿Y si ellos se contentasen con oírle hablar de Edwina, de su belleza, del aspecto que tenía cuando Stevens partió de la Tierra? Podía hablarles del gozo de vivir y de pensar en Edwina; y de la acuciante certidumbre de que antes de diez años la juventud empezaría a escapársele.

¡Tonterías!, se dijo. Aquel sentimiento no valía; aquellos esperpentos sólo querían hechos fríos y concisos. Pensó por un momento en todos cuantos se habían encontrado antes que él en su lugar, tratando de encontrar las frases adecuadas. ¿Cuántos las habían encontrado?

Librodot

Esforzándose por recuperar su aplomo, Stevens tomó de nuevo la palabra:

-Por lo que he dicho, tal vez pensaréis que yo espero poderos demostrar que poseo y aprecio una virtud tan admirable que a causa de ella vosotros, en vuestra sabiduría, no podréis hacer sino absolverme. Como resulta que la modestia es una de mis virtudes, no puedo enumerar a las restantes, que son: sagacidad, paciencia, valor, lealtad, reverencia, bondad, por ejemplo... y humor, si bien no sé lo que esto significa para vosotros. Pero estas virtudes son, o debieran ser, el acervo común de todas las civilizaciones; es por ellas como definimos la civilización.

»Queréis que yo os presente pruebas de algo menos evidente... de algo que posee el Hombre y que vosotros no tenéis.

Contempló a la nutrida asamblea, que guardaba silencio. ¡Aquel terrible silencio!

-Estoy seguro de que nosotros poseemos algo que cumple estas condiciones. Si me dais tiempo trataré de pensar qué pueda ser. (Pausa.) Supongo que de nada serviría colocarme a vuestra merced. El Hombre es misericordioso... pero esta virtud no es necesariamente aceptable por todos aquellos que no la comparten.

El silencio crecía a su alrededor como el hielo que se forma sobre un lago siberiano. ¿Le miraban con hostilidad o con interés? Su actitud nada le decía; era incapaz de pensar objetivamente. ¿Y si invirtiese los términos y pensase subjetivamente? ¿Y si volviese del revés aquella idea, convirtiéndola en una extraña virtud que fuese del agrado de sus jueces, fingiendo que el pensamiento subjetivo poseía un valor especial?

Más valía que no siguiese por allí; él no había nacido para ser un metafísico. Era ya hora de que jugase la carta que le daría el tiempo. Con un movimiento casi imperceptible, de un músculo del cuello, puso en marcha el aparatito que llevaba oculto en la garganta. Inmediatamente escuchó un zumbido tranquilizador.

-Os ruego que me concedáis un momento para pensar - dijo Stevens al tribunal.

Sin mover los labios, susurró: «¿Me oyes, Tierra, me oyes, Tierra? Soy Dave Stevens, que llama a través de los años luz. ¿Me oyes?»

Tras una momentánea pausa, el bultito que tenía oculto detrás de la oreja palpitó y una voz apagada respondió:

«Atención, Stevens, aquí el Centro. La Tierra al habla. Estamos a la escucha. ¿Cómo estás?»

«Me están juzgando. Las cosas no van muy bien.» Al darse cuenta que movía ligeramente los labios, se los cubrió con la mano, adoptando una postura de profunda meditación. Pensó que su actitud debía de ser muy sospechosa. Prosiguió: «No puedo decir mucho. Temo que descubran la onda y consideren que al comunicar con vosotros infrinjo sus reglas judiciales.»

«No tienes que preocuparte por eso, Stevens. Ya deberías saber que una onda de subradio no puede detectarse. ¿Quieres que te enlacemos con el

gran cerebro, como habíamos dispuesto? Tú le darás todos los datos y él te proporcionará las respuestas adecuadas.»

«La verdad es que no sé qué preguntar, Tierra; estos fantoches callan como muertos. He llamado para decir que yo me retiro. ¡Son demasiado poderosos! Antes de terminar, les pediré únicamente que nos apliquen el antiguo estatuto de preservación, so pretexto de que todas las razas son únicas y deben ser preservadas a causa de ello, del mismo modo como conservamos en reservas los animales salvajes en peligro de extinguirse... incluso los peligrosos. ¿Os parece bien?»

La respuesta llegó muy débil.

«Es a ti a quien juzgan, amigo; todos confiamos en ti. Buena suerte. Corto.»

Stevens miró de nuevo los rostros inescrutables. Muchos de los seres allí presentes tenían orejas gigantescas; uno de ellos, posiblemente - probablemente - había oído su breve conversación. Él adoptó también un semblante inexpresivo y habló en voz alta:

-No tengo nada más que deciros. A decir verdad, pienso que ojalá no hubiese dicho nada. Este juicio es una farsa. Si juzgaseis a los insectos, ¿qué podrían decir éstos en su defensa? ¡Nada! Entonces vosotros los mataríais... y como resultado de ello os labraríais vuestra propia ruina. Los insectos representan un factor vital, lo mismo que el Hombre. ¿Cómo podemos conocer lo que tenemos en potencia? Si vosotros lo sabéis, es porque habéis cesado en vuestro desarrollo y estáis ya condenados a la extinción. Pido que el Hombre, que no se ha dejado engañar por esta comedia, obtenga permiso para desarrollarse a su propia manera, sin que nadie le moleste.

Y, para terminar, gritó:

-¡Señores, devolvedme a la Tierra!

Llevado por su propia vehemencia, casi esperó oír una tempestad de aplausos. Pero el silencio sólo fue roto por un susurro. Durante un momento le pareció que Mordregón le dirigía una mirada alentadora. Luego las figuras se desvanecieron y el quedó solo, gesticulando, en una inmensa sala vacía.

Un robot fue a buscarle para conducirlo de nuevo a la nave automática.

En lo que pareció ser un mes, Stevens llegó de regreso a Luna Primera, donde fue recibido por Lord Sylvester, cuando desembarcaba de la nave galáctica.

Ambos se dieron amistosas palmadas en la espalda.

-¡Ha dado resultado! ¡Estoy convencido de que ha dado resultado! -- dijo Stevens al otro hombre, que era de más edad.

-¿Trataste de argumentar con ellos? -le preguntó Sylvester con interés.

-Sí... al menos hice lo que pude. Pero por ahí no iba a ninguna parte, así que desistí. Me acordé de lo que usted había dicho; es decir, que si eran los amos de la Galaxia debían de ser hombres prácticos para ocupar

Librodot

ese puesto, y que si nosotros agitábamos ante sus abigarradas narices un práctico juguetito que ellos no tuviesen, harían cola para obtenerlo.

-¡Y no tenían un comunicador instantáneo! - exclamó Sylvester, rompiendo en carcajadas.

-Naturalmente que no lo tenían, pues tal cosa es imposible, como demostraron nuestros científicos hace mucho tiempo. Pero lo divertido fue, Sylvester, que se les escapó decirme que no lo tenían. Y esto incluso me evitó tener que emplear aquel argumento, pues no se hallaban presentes individuos que leyesen en las mentes ajenas.

-¿De modo que aquella pequeña grabación que te metimos detrás de tu fea orejeta consiguió camelarlos?

-Producía un efecto tan completamente auténtico, que yo casi creí que era verdad - dijo Stevens con entusiasmo -. Estoy convencido de que esa triquiñuela nos dio la victoria.

Y entonces, perversamente, la sensación de triunfo que le había rebosado durante el viaje de regreso, le abandonó,. Aquella treta ya no le parecía astuta; el hecho de haber engañado a los Ultraseñores le dejó de pronto dominado únicamente por la decepción y el disgusto. Sorprendido pero indiferente al propio tiempo ante su reacción, se dijo que se conocía mucho menos de lo que suponía.

Miró a la gibosa Tierra, que estaba a muy baja altura sobre las montañas de la Luna; vista desde allí, tenía el color del verdete.

Entretanto, Sylvester no hacía más que charlar por los codos.

-¡Caramba! ¡Te faltan al menos nueve de los diez años que yo he envejecido durante tu ausencia! ¿Cuando pronunciarán el veredicto. Dave?... ¿El terrible Sí o No?

-Puede ser en cualquier momento a partir de ahora... pero estoy convencido de que los Ultraseñores se tragaron el anzuelo. Alguna de las orejas de elefante que se hallaban presentes debió de haber captado la voz.

Sylvester aporreó de nuevo la espalda de Stevens. Luego se calmó y dijo:

-Ahora tendremos que pensar en un medio de darles largas cuando vengan a pedirnos subradios portátiles. De todos modos, esto aún puede esperar; en realidad, ni siquiera les hemos dicho que las tenemos. Entre tanto, más valdrá que contengamos a los sabuesos de la prensa, que pugnan por entrevistarte... Los galácticos ya no pueden demostrar ser más idiotas. Luego el Presidente quiere verte... pero antes te esperan unas copas, y Edwina, que quiere brindar por tu éxito. -¡Vamos allá! - dijo Stevens. -De pronto te has puesto muy serio - comentó Sylvester -. Debes de estar cansado, ¿verdad? -Es que ha sido un gran esfuerzo... Mientras hablaban la puerta de la nave que le había transportado se cerró de golpe tras él y el aparato se elevó del suelo silenciosamente, impulsado por su motor cósmico. Stevens le hizo un solemne gesto de adiós y se alejó de allí rápidamente, empezando a

recorrer a grandes zancadas en compañía de Sylvester, las cúpulas de Luna Primera. Nuevamente le iba dominando el desaliento.

Nuestro Consejo de los Ultraseñores debe de tener la certidumbre de pronunciar un veredicto ecuánime y exacto cuando los examinados son sujetos como el extranjero Stevens; por consiguiente, debe tener telépatas presentes durante los juicios, ocultos entre el público. Lo único que se pide al reo es sinceridad y honradez... o sea integridad. Esta es la piedra de toque más sencilla; sin embargo, para muchos tan simple prueba es demasiado difícil. Los hombres de la Tierra se torturan persiguiendo a fantasmas, conjurando quimeras. Stevens era un hombre íntegro, pero no confiaba en su integridad. Y los que son convictos de fraude y engaño deben perecer; no tenemos lugar para ellos.

La nave robot se apartó de la Luna y se dirigió a toda velocidad hacia la Tierra, mientras los motores de su cabeza explosiva pulsaban con expectación, contando los segundos que faltaban para la aniquilación del planeta.

Y aquí, naturalmente, la historia debiera terminar... al menos en lo tocante a la Tierra. Nuestro planeta hubiera sido desintegrado, como es costumbre en tales casos tan escandalosos, pero Mordregón, a quien hizo gracia la treta de Stevens, decidió, que, después de todo, los cerebros maquiavélicos de los terrestres podrían servir para luchar con las mentes tortuosas de los seres que habitaban en la Undécima Galaxia, que entonces se encontraban en guerra con ellos. Cubrió esta decisión con el nombre de «expediente impuesto por las circunstancias bélicas.»

Sin alharacas, pues, desvió el raudo proyectil de su objetivo, ordenándole que regresara a su base. Envió aquel mensaje por sub-radio, naturalmente; a veces, convenía burlar a extranjeros peligrosos como aquellos.

Librodot

TIEMPO

Librodot

NO PARA UNA ÉPOCA

El no era para una época, sino para todos los tiempos.

BEN JONSON

Un muelle del somier gimió y crujió, las nieblas del sueño se aclararon y Rodney Furnell se despertó. Del cuarto de baño contiguo venía un ruido de una navaja al pasar sobre la piel; su hijo se estaba afeitando. La cama contigua estaba vacía: Valeria, su segunda esposa, ya se había levantado. Sintiéndose un poco culpable, Rodney también se levantó, ejecutando tímidamente algunos ejercicios para desentumecer su espinazo. ¡Ah, juventud! Cuando declinaba había que empezar a cuidarse. Flexionándose, se tocó las puntas de los pies.

En este momento era cuando se oían las primeras carcajadas entre el público.

Cuando Rodney se hubo puesto su traje de los domingos, el reloj de cuco de Valeria dio las nueve, lo cual fue seguido por las notas más sardónicas de su reloj de bronce dorado. Valie y Jim (deliberadamente, Rodney había evitado imponer un nombre demasiado literario a su único vástago), ya estaban comiendo palomitas cuando él entró en su alegre y menuda cocina.

Más risas cuando apareció aquel anticuado modernismo del siglo XX.

-¡Buenos días! ¡Qué hermosa mañana! - dijo él con voz de trueno, depositando un ósculo en la frente de Valeria. A decir verdad, el sol otoñal pugnaba valientemente por rasgar la húmeda niebla: era natural que un hombre de cuarenta y dos años se revistiese instintivamente de entusiasmo frente a una esposa quince años más joven que él.

Tenían mucho éxito entre el público aquellas refecciones, y se escuchaban murmullos de deleite cuando iban apareciendo sucesivamente aquellos curiosos accesorios... El tostador del pan, la tetera, las manecillas para el azúcar.

Valeria tenía un aspecto fresco e inmaculado. Jim lucía una camisa de cuello abierto y colmaba de atenciones a su madrastra. Para tener diecinueve años era demasiado apuesto y excesivamente atento... Ambos leían amigablemente el periódico del domingo, charlando de teatro y libros. A veces Rodney podía intervenir para hacer un comentario acerca de algún libro. Como sabía que a Valeria no le gustaba verle con gafas, contuvo su deseo de leer mientras desayunaba.

¡Qué carcajadas resonaron entre el público cuando se las puso luego, al encontrarse en su estudio! ¡Qué odio sentía él por aquel público!

Librodot

¡Cuan fervientemente deseaba haber podido levantar aunque sólo hubiese sido una ceja para mofarse de ellos!

El día fue exactamente transcurriendo como lo había hecho más de un millar de veces, sin poderse desviar en lo más mínimo de su curso preestablecido. Así proseguiría interminablemente, tan desprovisto de significado como un cliché o una canción repetida sin cesar. Así seguiría, para solaz de aquellos imbéciles que lo contemplaban por los cuatro lados, riendo ante las cosas más nimias.

Al principio, Rodney sintió miedo ante aquel poder que parecía arrebatarlo de la tumba y que tenía ribetes de arte diabólico. Luego, cuando se fue acostumbrando, se sintió halagado al pensar que aquellos seres tan sabios habían querido ver de nuevo uno de sus días, exhumar su modesta vida... Pero aquéllo sólo fue un bálsamo por un tiempo, como no tardó en percatarse Rodney. En realidad, no era más que una atracción de éxito en una remota feria, causa de risa para las masas estúpidas y no de edificación para los filósofos.

Salió al jardincito rodeando con el brazo la cintura de Valeria. El aire de Oxford era suave y soñoliento, los vecinos habían cerrado la radio.

-¿Tienes que ir necesariamente a ver a esa momia de viejo profesor Regius, querido? - le preguntó ella.

-Ya sabes que tengo que ir. - Dominando su irritación, añadió -: Después de comer iremos a dar un paseo en coche... sólo tú y yo.

Invariablemente, el auditorio siempre se reía al llegar a esto. Al parecer, «un paseo en coche después de comer» poseía un significado equívoco en aquella época. Cada vez que Rodney hacía aquella observación, esperaba con temor la reacción de aquellos rostros vistos a medias que se apretujaban por todos lados: sin embargo, no podía alterar lo que fue dicho una vez.

Besó a Valeria con un gesto que él confiaba que fuese elegante, el respetable rió entre dientes, y entró en el garaje. Su mujer volvió a la casa y a Jim. Él nunca sabría lo que ocurrió dentro, por más veces que se repitiese aquel día. No había modo de confirmar sus sospechas de que su hijo estaba enamorado de Valeria y de que ésta se sentía atraída por él. Ella debiera haber tenido el juicio suficiente para preferir un hombre maduro a un mozalbete de diecinueve años: además, sólo hacía un año y medio que la prensa se había referido a él como «una de nuestras jóvenes promesas en el terreno de la crítica histórica».

Rodney podía haber ido a pie hasta el Colegio Septuagint. Pero como su automóvil era nuevo y flamante y un lujo que su sueldo de profesor apenas le podía permitir, prefirió ir en coche. El público, por supuesto, se desternillaba de risa cuando aparecía su pequeño Morris 10. Mientras limpiaba el parabrisas, Rodney se entretuvo odiando al auditorio y a todos los habitantes de aquel mundo futuro.

Esto era lo más extraño. En la conciencia del antiguo Rodney había lugar para alojar a su nuevo fantasma. Él dependía del antiguo Rodney -el que vivió realmente aquel hermoso día otoñal - para la visión, el

Librodot

movimiento, todos los accesorios de la vida, pero él podía ocupar de manera independiente una diminuta celda en su conciencia. Se sentía como un observador impotente, transportado una y otra vez en una carlinga del pasado.

En esto residía la ironía de la situación. Se hubiera ahorrado todas aquellas humillaciones si hubiese permanecido ajeno a todo cuanto sucedía. Pero él se daba cuenta de todo, a pesar de hallarse enterrado en un cuerpo que no lo sabía.

A pesar de que Rodney no era un hombre de ciencia sino un historiador, se daba cuenta, en líneas generales, de lo que había sucedido. En algún punto del futuro, el hombre descubrió el secreto de hacer revivir el pasado con toda fidelidad. En los estantes de la antigüedad se alineaban los años pretéritos, como películas en una filmoteca. Y como las películas, no podían alterarse, pero podían pasarse una y otra vez mediante un proyector adecuado. El día de otoño de Rodney había sido pasado centenares de veces.

Había reflexionado tan a menudo sobre su situación de impotencia, que el horror de la misma ya le impresionaba menos. Aquel día transcurrió apaciblemente, de una manera trivial, para caer en el olvido; hasta que de pronto, muchos años después, fue resucitado, para ocupar de nuevo un puesto entre las cosas que eran. Sus acciones, hasta sus menores pensamientos, habían revivido, y el yo más recóndito de Rodney tenía que asistir a su desarrollo como un espectador impotente y desesperado. ¡Cómo iba a sospecharlo él, entonces! ¡Cuan inadecuados le parecían ahora todos sus gestos, al tener que repetirlos dos, diez, cien, un millar de veces!

¿Había sido siempre tan presumido y afectado como lo fue aquel día? ¿Y qué ocurrió después? Como entonces, por supuesto, se hallaba ignorante de su vida futura, tampoco lo sabía a la sazón. No sabía si fue feliz con Valeria durante mucho tiempo, si su obra recién publicada sobre Derecho feudal recibió el aplauso de la crítica... Estas preguntas eran otras tantas incógnitas.

En el asiento posterior del automóvil había un par de guantes de Valeria; Rodney los metió en una gaveta del coche con una animación que nada hacía sospechar la impotencia interior que le dominaba. Ella, pobrecita, se hallaba en la misma aflicción. En esto se hallaban unidos, aunque incapaces de manifestar su unión por el menor guiño de complicidad.

El Morris avanzó lentamente por Ranbury Road. Como siempre, coexistían cuatro subdivisiones de la realidad. Había el mundo exterior de Oxford; las observaciones abstractas originales de Rodney, que él hacía mientras se desplazaba por aquel mundo; los pensamientos fantasmales del «yo presente», que eran amargos y desesperados; y, por último, las caras entrevistas del futuro, que avanzaban o retrocedían al azar. Estos cuatro planos se mezclaban de una manera indiscernible, confundiéndose en los momentos en que Rodney lindaba con la demencia. (¿Cómo sería enloquecer, atrapado en la mente de un hombre cuerdo? A veces se sentía tentado por el lujo de dar rienda suelta a su locura.)

Librodot

A veces le llegaban retazos de conversaciones de los mirones. Al menos, esto era lo único que variaba de un día a otro:

-¡Si supiese la facha que tiene! - exclamaba uno.

Otro decía:

-¿Te has fijado en el peinado de ella?

Y otro:

-¡Esto deja tamañitos los suburbios!

O bien:

-Mamá, ¿qué es esa cosa marrón tan extraña que come este hombre?

O bien (¡Cuántas veces había oído esta observación!):

-Yo sólo querría que él supiese que le estamos mirando.

Las campanas de la iglesia tañían solemnemente cuando él paró el coche frente al Colegio y quitó el contacto. No tardaría en hallarse en aquel mohoso despacho, tomando una copita con aquel decrépito carcamal de profesor Regius. Por enésima vez sonreiría más de lo debido, cuando la ambición se sobrepusiese a la amistad. Su mente saltaba hacia adelante como luego hacia atrás, de nuevo hacia adelante para volver atrás, frenética, como una ardilla enjaulada. ¡Oh, si pudiese hacer algo! Y así pasaría el día. Por último llegaría la noche, provocando las últimas rachas de hilaridad a la vista del camisón de Valeria y de su pijama y finalmente el olvido.

El olvido... dura una eternidad, pero era instantáneo. Después, pasarían de nuevo la película y todo se repetiría minuciosamente.

Se sintió contento al ver al profesor Regius. El vejete también manifestó alegría al verle. Sí, hacía un día muy hermoso. No, él no había salido del Colegio desde... veamos... debió de ser el antepenúltimo verano. Luego Rodney pronunciaba aquella frase que provocaba las carcajadas más estentóreas:

-Sí, todos debemos aspirar a cualquier clase de inmortalidad.

¡Tener que decirla de nuevo, tener que decirla con la misma volubilidad con que le dijo la primera vez, para que luego aquel deseo le hubiese sido concedido con tal escarnio! ¡Ojalá se hubiese muerto antes... ojalá aquella odiosa película se rompiese!

Y entonces la película se rompió.

El Universo tembló hasta quedarse parado y luego se desvaneció en una tenue niebla violácea. La temperatura y el sonido bajaron a cero. Rodney Furnell se quedó inmóvil, con los brazos extendidos a la mitad de un ademán y una copa de vino en la mano derecha. El parpadeo, el color violáceo, el descenso del todo al cero le atravesaron; pero mientras él también sentía que comenzaba a desvanecerse, una enorme y ardiente esperanza nació en su interior. Ávidamente, su propio fantasma se instaló en el antiguo Rodney. Se sintió lleno de una creciente confianza al ver que luchaba con éxito contra la anulación.

Librodot

La copa de vino desapareció de su mano. El profesor Regius se fue haciendo borroso y se esfumó. Reinaron las tinieblas. Rodney se volvió. Era un movimiento voluntario: *no figuraba en el guión;* estaba vivo, era libre.

La burbuja del tiempo del siglo XX había estallado, dejándole vivo en el futuro. Se encontraba en una zona negra y desolada. Evidentemente, se había producido una pequeña explosión. Sobre su cabeza vio algo que parecía una grúa, pero que era tan grande como una locomotora. De su parte inferior asomaban varias chimeneas; de una de éstas salía humo. Indudablemente aquel armatoste era un proyector temporal o como se llamase y también era evidente se le había quemado una válvula.

Sólo una simple e imprevisible casualidad había libertado al prisionero del Tiempo.

La escena que le rodeaba atrajo de inmediato la atención de Rodney. Con satisfacción vio que el público que lo había estado contemplando se hallaba dominado por el pánico a causa de la repentina avería de aquel engendro. Todos gritaban y se empujaban y, en un extremo, se vapuleaban de lo lindo. Hombres y mujeres iban metidos del cuello a los tobillos en bolsas transparentes y lisas, que se ajustaban a sus cuerpos ¡Y pensar que habían tenido la osadía y la impertinencia de reírse de su pijama!

Cautelosamente, Rodney se alejó. De momento, se sintió dominado por la idea de que estaba libre... Le costaba creer que estuviese libre. Luego fue comprendiendo cuan preciosa era aquella libertad, doblemente preciosa después de aquella terrible forma de cautiverio a que se había visto sometido. Debía defenderla con la huida. Se alejó corriendo de la zona donde se efectuaba la proyección, deteniéndose para leer un gran letrero en el que vio estas palabras:

Cronoarqueología S. A. presenta:
Los espectáculos de siglos pasados.
¡Vengan a ver las extravagancias de nuestros antepasados!
Nuestro lema es: Instruir deleitando

Y debajo, en letra más pequeña: *Consulte nuestro folleto.*

Con mano temblorosa, Rodney tomó un folleto de vivos colores de una pila y se lo metió en un bolsillo. Luego echó a correr.

Su presunción de que aquello era una feria resultó acertada. Valeria y él no habían sido más que una versión algo ennoblecida de un número titulado «Lo que vio el mayordomo». Gigantescos barracones se alzaban por todos lados. Una alegre muchedumbre correteaba por el recinto o se detenía sin hacer el menor caso a Rodney. Vio ondear unos gallardetes, escuchó los compases de una música; en las inmediaciones, un rótulo luminoso proclamaba:

La antigravedad: Un sueño hecho realidad

Más allá, un cartelón anunciaba:

¡Los siniestros venusianos llegaron ya!

Por fortuna, la puerta de salida no estaba lejos.

Temiendo notar de un momento a otro una mano sobre el hombro, Rodney se dirigió hacia ella con toda la rapidez posible. Pasó frente a una alta estructura ante la cual una serie de personas que hacían cola contemplaban con impaciencia este anuncio:

Saboreen las posibilidades eróticas que ofrece la caída libre.

Por fin llegó a la entrada.

Un empleado le gritó «¡Eh!» e intentó detenerle. Rodney echó a correr. Siguió corriendo por una carretera satinada hasta que el agotamiento le dominó. Un objeto metálico cuya forma recordaba vagamente la de un zapato, pero que tenía las dimensiones de un pequeño bungalow, estaba inmóvil junto al bordillo. Por sus ventanas, Rodney vio unas literas. Al parecer, no había nadie dentro. Agradeciendo aquel mudo ofrecimiento de descanso y abrigo, se metió en él.

Cuando se dejó caer jadeando sobre el mullido colchón de espuma de goma, se dio cuenta de lo horrible de su situación. Se hallaba perdido varios siglos más allá de aquel en que había vivido - y muerto -, en un mundo de supertécnica y barbarie. Sí, barbarie; así le parecía a él. No obstante, aquello era mucho mejor que la reiterada pesadilla que había tenido que soportar hasta entonces. Lo que más necesitaba en aquellos momentos era tiempo para reflexionar con calma.

-¿Podemos marcharnos ya, señor?

Rodney se incorporó de un salto, sorprendido al oír una voz tan próxima. No se veía a nadie. El interior de aquella extraña construcción parecía el de un vagón de ferrocarril, pues tenía amplios y mullidos asientos, todos los cuales estaban vacíos.

-¿Podemos marcharnos ya, señor? - repitió la voz.

-¿Quién habla? - preguntó Rodney.

-Auto-moto Siete Seis Uno Mu a su servicio, señor, esperando que usted le diga adonde quiere dirigirse.

-¿Quiere decir esto que nos podemos ir de aquí?

-Desde luego ,señor.

-¡Pues vámonos inmediatamente!

Al instante el armatoste se deslizó con suavidad hacia adelante sin producir el menor ruido ni vibración. La brillante feria quedó atrás y no tardó en ser substituida por otras construcciones muy espaciadas, de las que no salía humo y que parecían estar hechas principalmente de una substancia que parecía tela para cortinas; pasaban por su lado sin que tuviesen visos de terminarse.

-¿Se dirige... nos dirigimos al campo? - preguntó Rodney.

-Este es el campo, señor. ¿Desea usted una ciudad?

-No, no. ¿Qué hay además de la ciudad y el campo?

-Nada, señor... a no ser, naturalmente, los campos marinos.

Desechando esta clase de preguntas, Rodney, que se dirigía instintivamente a un atareado tablero de mandos situado en la parte delantera del vehículo, inquirió:

-Disculpe mi pregunta, pero... ¿Es usted un robot acaso?

-*Sí,* señor; Auto-moto Siete Seis Uno Mu. Nunca había hecho esta ruta, señor.

Rodney lanzó un suspiro de alivio. No hubiera podido enfrentarse con un ser humano, pero de manera irracional, se sentía superior a un ser mecánico. Tenía una voz agradable, no mucho más ronca y aguardentosa que la del profesor de anglosajón de su antiguo Colegio... ¿Cuántos siglos hacía de aquello?

-¿En qué año estamos? - preguntó.

-En circuito cero, época 82, según la nomenclatura moderna. En el año 2500 de la Era Cristiana, según la antigua denominación.

Era la primera confirmación directa de sus sospechas: aquella voz tranquila no mentía.

-Gracias - dijo, sonriendo -. Ahora, si me lo permite, voy a pensar.

El pensamiento, sin embargo, de poco le servía.

Posiblemente, lo más acertado sería ponerse a la merced de alguna autoridad civilizada... si es que existían aún autoridades civilizadas. ¿Y tenía la seguridad de que lo más prudente en el siglo XX sería también lo más prudente en el siglo XXVI?

-Oiga, conductor, ¿existe un Oxford?

-¿Qué es Oxford, señor?

Una nota de ansiedad sonaba en su voz cuando preguntó:

-Esto es Inglaterra, supongo.

-Sí, señor. Acabo de encontrar a Oxford en mi guía, señor. Es una fábrica de motores y astronaves de los Midlands, señor.

-Continúe.

Rebuscando en su bolsillo, encontró y sacó el folleto que había cogido en la celda y examinó su alegre tipografía, tratando de descubrir algo que le ayudase.

«Cronoarqueología S. A. presenta una sorprendente serie de miradas en el pasado. Días enteros de las vidas de: a) Un dinosaurio madre, b) El malvado sobrino de Guillermo el Conquistador, c) Un ciudadano del aterrorizado Londres de los Estuardos durante la epidemia de peste, d) El maestro enamorado del siglo XX.»

«¡No se ha expurgado ni añadido nada! ¡Mejor que las Sensaciones! Todo en magnífico 4D; no hacen falta estéreos.»

Furioso ante la descripción de sí mismo, Rodney arrugó el folleto en su mano, preguntándose amargamente cuántos hombres y mujeres de su propia generación tenían que soportar impotentes aquel ultraje en todas las barracas de feria del mundo. Cuando su ira menguó, la curiosidad

volvió a dominarle; alisando el folleto, leyó una breve descripción del espectáculo que « transporta el entusiasmo a las multitudes al poner todas las épocas a su alcance».

Bajo el encabezamiento «Espectáculo fabuloso», leyó: «Del mismo modo como la antigravedad levanta a un hombre en dirección contraria a su peso, la cronosujeción puede elevar a una máquina fuera de la dirección del tiempo, para enviarla velozmente hacia los siglos más remotos. La máquina puede ser guiada con exactitud desde el presente para que recoja un fragmento del pasado, lanzándolo ante nosotros, sin que sus protagonistas se enteren. Apenas hace falta decir que se trata de un procedimiento complicadísimo y extraordinariamente costoso...»

-¡Conductor! - gritó Rodney -. ¿Sabe usted algo acerca de esto que se llama cronosujeción?

-Solo lo que he podido oír, señor.

-¿Qué quiere usted decir con eso?

-El centro de información que llevo empotrado sólo aloja datos relativos a mi profesión, señor, pero como también poseo circuitos asimiladores, a veces capto datos procedentes de las conversaciones que sostienen mis pasajeros y que...

-Dígame esto, pues: además de las máquinas, ¿pueden viajar por el tiempo los seres humanos?

Las edificaciones seguían centelleando al pasar junto a ellas, silenciosas, hostiles en aquel mundo desconocido. Tamborileando desesperadamente con sus dedos en el asiento, Rodney esperaba una respuesta.

-Sólo las máquinas, señor. Los humanos no pueden retroceder en el tiempo.

Durante largos minutos él permaneció tendido, llorando cómodamente. El auto-moto producía ruiditos reconfortantes, con el fin de distraerlo, pero se encontraba en una situación que estaba más allá de su capacidad.

Por último, Rodney se secó los ojos con la manga, que era la de su traje dominguero, y se sentó en la litera. Ordenó al conductor que se dirigiese a las oficinas centrales de Cronoarqueología S. A. y se hundió en una especie de marasmo. Únicamente en la sede de aquella diabólica empresa encontraría a personas que, si lo deseasen, tal vez podrían devolverlo a su propia época.

A Rodney le daba miedo la idea de enfrentarse con un hombre de aquella época tan poco escrupulosa. Apartando la idea, se concentró en la paz y el orden del mundo del cual le acababan de resucitar. Ver Oxford de nuevo, a Valeria... a su queridísima Valeria...

¿Querrían ayudarle en Cronoarqueología? O... suponiendo que los técnicos de la feria hubieran reparado su diabólico aparato antes de que llegase allí... Se estremeció al imaginarse lo que podía ocurrir.

-Más de prisa, conductor - gritó.

Los edificios, hasta entonces muy separados, se convirtieron en un muro.

-Más deprisa, más deprisa - ordenó.

El muro se hizo borroso.

-Vamos a dos mach y medio, señor - dijo el conductor tranquilamente.

-¡Es poco!

La niebla borrosa se convirtió en un alarido.

-Nos estrellaremos, señor.

Se estrellaron. Le envolvió una negrura piadosa y completa.

Un muelle del somier gimió y crujió, las nieblas del sueño se aclararon y Rodney se despertó. Del cuarto de baño contiguo venía el ruido de una navaja al pasar sobre la piel: Jim continuaba afeitándose.

Librodot

LA CARRERA DE SHUBSHUBS

La torre del reloj del palacio de Harkon dominaba las heladas aguas del mar.

El rey Able Harkon Horacio estaba sentado en una pequeña estancia del palacio, contemplando indiferente la inmensidad líquida. Era incapaz de adivinar cuan memorable iba a ser aquel día; su mayor preocupación como siempre, era su enfermedad.

Aunque todavía no había cumplido los cuarenta, el rey mostraba ya en su semblante las arrugas del sufrimiento y sus ojos ardían con el brillo febril de un cerebro abrumado por el dolor. Ningún médico podía diagnosticar qué mal le aquejaba; centenares lo habían probado o habían fingido probarlo. Nada podía evitar aquellos terribles períodos, que a veces duraban días, durante los cuales quedaba yerto y permanecía tendido y rígido en su lecho, diciendo con voz quejumbrosa que el tiempo se había detenido y que el mundo tocaba a su fin.

El rey Horacio gobernaba un pequeño reino de la Tierra situado a orillas del Mar del Norte, uno de aquellos tranquilos reinos que surgieron tras la instauración de la propulsión espacial cero-cero y el hundimiento del Gobierno Mundial. Sus principales industrias eran la pesca y la manufactura de chaperchers glaseados con arena para controlar las placas temporales de los elevadores de tensión de las astronaves.

Con un movimiento de nerviosismo, el rey se alzó de su trono.

-¡Silencio! - dijo con irritación, pues el trono le había estado leyendo. No podía dominar su desazón, pensando en su inminente visita al planeta-sanatorio Utopía. Al día siguiente iniciaría el viaje a aquel mundo feliz... pues en aquellos tiempos, como hoy, Utopía gozaba de justa fama en toda la Galaxia por su clima maravilloso y estable, aunque hoy ya va demasiada gente a disfrutar de sus delicias.

Con un ademán de impaciencia, salió al paseo ayudándose con su bastón. Abarcando el panorama con una distraída mirada de enfermo, observó que hacia su palacio venía su Vicemariscal del Aire, llevando sujeto por el cuello a un hombre muy bien parecido que vestía un uniforme blanco y calzaba unos guantes marrones demasiado elegantes. El desconocido protestaba ruidosamente por aquel trato, diciendo que se hallaba en un país libre.

-¿Quién es este individuo? - preguntó el rey Horacio, señalando al del uniforme blanco con su bastón -. Nunca le había visto por aquí.

El Vicemariscal, inclinándose profundamente, dijo a Su Majestad que no se dejase engañar por los aires de importancia que se daba aquel tipo: era un delincuente común llamado Swap a quien acababa de atrapar

cometiendo acciones pecaminosas con una muchacha en el jardín del palacio. Sería ejecutado al día siguiente.

-Muy bien - dijo el rey.

El cautivo se desató en improperios, pero el Vicemariscal se lo llevó en seguida.

Sintiendo que su desazón aumentaba, el rey salió por una portezuela lateral para descender por un camino tortuoso y cubierto de guijarros que llevaba a las orillas de aquel mar gris. El viento era aún muy frío a pesar de que el mes de mayo estaba avanzado y el monarca se embozó cuidadosamente en su capa. Estaba harto de todo... de su propia enfermedad y de ver la salud ajena. Aquel individuo, Swat... no, Swap...

Oyó una voz a su lado que, en un tono que no admitía dudas, decía:

-Yo sé cómo curarte.

El rey Horacio vio que quien le dirigía la palabra era un sujeto rechoncho de un metro y medio de estatura, que llevaba extrañas vestiduras y se tapaba el rostro. Inmediatamente el rey montó en cólera, pero no había guardias a la vista y el hombrecillo únicamente respondió a sus preguntas diciendo que él era un oráculo que había viajado muchos años-luz para vender al rey nada menos que lo que le devolvería la salud.

-Eres de modales muy groseros, para ser un mercader observó el rey con disgusto.

Después de estas palabras, el oráculo lanzó un escupitajo.

-¿Cuál es el mal que me aqueja, pues? Dame el diagnóstico - preguntó el rey, temblando de irritación y esperanza al propio tiempo. Por toda respuesta, el oráculo sacó de entre sus ropas un círculo de metal del grosor de una oblea y el diámetro de un plato, que, según aseguró, contenía la clave para remediar los sufrimientos del rey Horacio. Ávidamente, el soberano tendió una mano para cogerlo.

-Primero págame - le espetó el oráculo -. Si no me pagases, no tendrías confianza en mi tratamiento.

-En ese caso, tendrás que acompañarme a palacio; no llevo dinero encima.

-¿Crees que soy tonto? ¿Para que me encerrases en uno de tus malsanos calabozos? Dame tu bastón... me bastará como pago.

Ahora bien: sepa el lector que el bastón del rey tenía un gran valor. Además del paraguas acostumbrado, el estoque y la pistola paralizadora, contenía redomas de polvos curativos, con cianuro y elastoplasto para casos de urgencia, una pequeña cantidad de oro, una reproducción tridimensional en miniatura de Betsy Gorble, estrella de la televisión, y un borrador mental que automáticamente anulaba las proyecciones neurónicas del usuario si había individuos dotados de percepción extrasensorial en las proximidades. Por consiguiente, aquel bastón valía su peso en oro y mucho más; a pesar de ello, el rey Horacio lo cambió tras una momentánea vacilación por la placa metálica. El oráculo se dirigió al instante hacia una duna arenosa y se perdió de vista tras ella.

Librodot

Como paralizado, el rey se quedó mirando su adquisición. Una ráfaga de viento se la arrebató de la palma de la mano y la arrojó en dirección al mar. Lanzando un grito de angustia, el rey persiguió al disco metálico, corriendo por la arena húmeda. Dos gaviotas que se mecían en las aguas alzaron el vuelo profiriendo graznidos y empezaron a describir círculos sobre él. La espuma lamía ya la placa y la resaca la arrastraba. El monarca se abalanzó sobre ella, pero se le escapó. Por último, tendiendo desmesuradamente la mano, consiguió alcanzarla.

Retrocedió mientras las olas rociaban de espuma su manto... ¡Y de pronto sintió que se hundía!

Las arenas movedizas pronto le llegaron hasta el muslo. Bajo él se extendía una ciénaga insondable. Instintivamente se arrojó de bruces sobre la arena, braceando frenéticamente para alcanzar terreno sólido. Las olas caían con sordo fragor,las gaviotas chillaban y el corazón le latía desordenadamente. Centímetro a centímetro, consiguió arrancarse a la succión de la fría y viscosa arena. Permaneció tendido en la playa durante una hora, sollozando y descansando, antes de sentirse con fuerzas para arrastrarse hasta palacio.

Cuando sus servidores y médicos lo hubieron bañado, llenado de reconvenciones y de calmantes, el rey Horacio tuvo un raro rasgo de generosidad. Ya que su vida se había salvado, él salvaría la de un semejante suyo.

-Que el individuo llamado Swap sea indultado y que lo traigan a mi presencia - ordenó mientras pensaba: «¡Qué pobre es mi vida comparada con la suya!»

Estaba recostado sobre mullidos cojines cuando un sirviente se presentó a él con la placa de metal en las manos, que el rey Horacio se había guardado en el pecho, bajo su túnica, olvidándose de ella durante su lucha con las arenas movedizas. Despidiendo al servidor, sostuvo la placa en sus manos temblorosas y luego intentó abrirla. Tras una momentánea resistencia, notó el silbido del aire al penetrar en un lugar donde se había hecho el vacío y la tapa se levantó. En la placa del fondo había una tira blanca que ostentaba una frase de oscuro significado:

En Globadán gané a los shubshubs

Las facciones del rey Horacio se contrajeron en una mueca de desencanto. Trató de arrancar el mensaje con la uña, pero formaba parte de la placa. Las lágrimas se agolparon a sus ojos: ¿cómo era posible que semejante estupidez le aportase la curación? Pero mientras seguía mirándola, la frase se fue borrando hasta desaparecer sin dejar rastro. Él contempló todavía un momento la placa y luego la arrojó a lo lejos por la ventana del palacio.

A la mañana siguiente, el pobre rey Horacio se encontraba muy alicaído. Le obsesionaba la idea de partir inmediatamente hacia Utopía, a pesar de que se sentía muy enfermo. Ninguno de sus cortesanos pudo disuadirle. Cuando llegó Swap, le ordenaron que acompañase al rey en su viaje, so pena de sufrir la sentencia de la que se había librado por la merced real. La comitiva se dirigió al minúsculo astropuerto y el monarca hizo como que no se enteraba de los alegres vítores con que le despedían

sus súbditos. Una vez en el astropuerto, ordenó a sus cortesanos, con un ademán displicente, que se alejasen, y subió renqueando al ascensor de la astronave *Potent.* En un santiamén desapareció de la vista de todos. Le acompañaban, sin ningún entusiasmo, Swap, dos enfermeras entradas en años y un faquín; a ellos se reducía todo su séquito.

Suele decirse que las astronaves son un invento del diablo. Pero en los tiempos del rey Horacio, el diablo no poseía sin duda los conocimientos de ingeniería que hoy posee. La nave que transportaba al rey - señalaremos de paso que no era de su propiedad, pues su reino era demasiado pequeño para poder sufragar naves que fuesen más allá de la Luna - pertenecía a las Líneas Solares (Utopía-Vega y todas las estaciones intermedias hasta Andrómeda) y era un armatoste. Para ser más exactos, diremos que iba abarrotada, su cocina era pésima y apenas podía acelerar. Ello quiere decir que aquel incómodo viaje añadía a todas sus molestias la de la duración, pues hacían falta casi cuatro semanas para cubrir aquellos siete años-luz.

De todos modos, Utopía bien valía algunas incomodidades.

Durante la primera parte del viaje, el rey mantuvo un silencio meditabundo. Sus pensamientos giraban en torno a la cuestión del oráculo, pues si bien el mensaje que éste le entregó no era más que un acertijo, en el mejor de los casos aquel hombrecillo constituía un enigma. ¿Habría sido sincero o no era más que un timador? Las posibilidades parecían estar igualadas. Por una parte, la notoria indiferencia que demostró hacia la persona del rey hablaba en favor de cierta autoridad, cuya falta era evidente en todos los curanderos que hasta entonces se habían presentado en la corte, aduladores y rastreros. Por otra parte, si hubiera tenido algo de auténtico valor que ofrecer, parecía probable que hubiese exigido algo más importante como recompensa, en lugar de un simple bastón... que le pagasen el viaje de regreso, por ejemplo.

Pero aquel hombrecillo se había esfumado, dejándole únicamente una frase de significado incierto.

El rey Horacio seguía todavía con sus dudas y cavilaciones cuando la nave se posó suavemente en Utopía.

La mayoría de planetas, a semejanza de la Tierra, poseen gran diversidad climática, si bien algunos de ellos, como Venus, ofrecen un clima invariablemente malo al visitante. En Utopía, en cambio, el tiempo es perpetuamente benigno. Esto se debe en parte al espesor excepcional de su atmósfera, en parte a su inclinación axial y en parte también a la existencia de un sistema solar múltiple, del cual Utopía es el único planeta habitable.

-¡Delicioso! - exclamó el monarca, aspirando profundamente.

-¡Absolutamente! - exclamó a su vez Swap. Su aspecto murrioso del principio se había desvanecido hacía tiempo, desde que comprendió la suerte que había tenido. A partir de entonces, se mostró tan agradable como se lo permitía su natural voluble. La travesía le obligó a intimar con el rey; ambos eran poco más o menos de la misma edad y, exceptuando los arrebatos de mal humor que el monarca solía experimentar a causa de sus achaques, no era una persona insoportable ni mucho menos. Además,

Librodot

había concedido a Swap el Perdón Real, llevado de su munificencia. Por último, iban en viaje de vacaciones y para redondearlo lodo, el rey le había confiado sus más íntimos pensamientos, hablándole del oráculo y de la frase sibilina que contenía: «En Globadán gané a los shubshubs».

-Por lo menos sabemos lo que son los shubshubs - comentó Swap, como si dijese: «¡Y eso de qué nos sirve!»

-¿Lo sabes tú acaso? - preguntó el rey con vehemencia -. ¡Yo no! Creía que era una especie de trabalenguas. ¿Qué son los shubshubs? ¿Dulces?

-Claro, tú has llevado una vida muy recluida - dijo Swap, explicándose con dificultad. Luego le dijo que los shubshubs eran unos animales muy raros y de gran valor, una especie de avestruces de seis patas, que en la carrera eran más veloces que los leopardos. No sabía de dónde procedían ni nunca había visto a uno de ellos.

Tal vez aquel enigmático mensaje tuviese algún sentido oculto, después de todo. La esperanza volvió a henchir el corazón del rey; si el oráculo hubiese sido un vulgar timador, sin duda hubiera intentado mostrarse más amable.

-Trataremos de averiguar más cosas acerca de esto en Utopía - dijo el rey.

Pero nada averiguaron en Utopía. A decir verdad, los ricos inválidos y enfermos que allí acudían se distinguían por su esnobismo y los que vieron aterrizar al rey en una nave de pasajeros corriente y no en su astronave particular, hicieron ver que ni siquiera se enteraban de su existencia. Entonces, el rey, Swap y las dos enfermeras maduras se dedicaron a recorrer el país en caracar, alejándose de los centros de población.

Habían pasado ya en el planeta un par de semanas de tiempo espléndido, cuando se encontraron con la sacerdotisa Colinette Shawl. El rey Horacio ya estaba cansado de Swap y de su limitado espíritu. Si de momento se divirtió y encandiló con los relatos que su compañero le hacía de los lances amorosos de que había sido protagonista en el jardín del palacio, pronto se cansó de oír contar siempre las mismas aventuras. Por consiguiente, acogió entusiasmado la presencia de la sacerdotisa.

-Te presento a mi séquito - le dijo, presentándole a Swap a regañadientes.

-Encantada - dijo la sacerdotisa, mientras Swap la miraba pensativo con semblante imperioso..., pues allí las sacerdotisas se elegían teniendo en cuenta sus dotes de seducción sobre los fieles. En realidad, su misión en Utopía consistía en hacer nuevos prosélitos para su secta. Empezó inmediatamente con el rey y Swap. Al oscurecer, plantó su tienda al lado de la del monarca.

Poco después de medianoche salieron los soles tercero y cuarto. El cuarto no era más que una mota de luz que estaba a cientos de millones de kilómetros, mientras que el tercero era un apagado y borroso gigante que se arrastraba sobre el horizonte como una mata de pelo rojizo. Entre los dos juntos apenas hacían un poco más de luz que la Luna, pero el efecto que producían era romántico.

Librodot

¿Recuerda el lector el antiguo refrán? «La clorofila siempre es más verde en hierba ajena». Swap también lo recordaba mientras, tendido en su lecho, pensaba en sus desdichas; el sueño no quería acudir a él.

Por último se levantó y se acercó a la tienda de la sacerdotisa Colinette. Llamó suavemente con los nudillos en el mástil de madera de la puerta.

- ¡Me he convertido! - susurró.

La sacerdotisa, que no era la primera vez que oía aquello, salió con circunspección y se embarcó en una plática religiosa.

-Y además - añadió - es demasiado tarde para iniciar las ceremonias. Mañana emprendo el viaje de regreso a Globadán.

-¡A Globadán! - exclamó Swap -. ¿Quiere eso decir que tú has venido de Globadán? ¡Así, este sitio existe! Eh, señor... ¡Despierta!

Y fue a sacar al rey de la cama, con gran descontento por parte de éste. Swap obraba con su acostumbrada irreflexión. Sin embargo, la esperanza de que el mensaje del oráculo pudiese contener realmente cierto significado, acalló la ira real y, con voz melosa, el soberano refirió a la sacerdotisa toda la historia, con la esperanza de que ella pudiese arrojar alguna luz sobre el enigma.

«En Globadán gané a los shubshubs» - repitió -. A menos que eso lo haya escrito otro shubshub, no tiene pies ni cabeza. Nadie, os digo que absolutamente nadie, puede ganar a un shubshub.

-De acuerdo, no tiene pies ni cabeza. ¡Volvámonos a la cama! - rezongó Swap, cansado de pronto de todo aquello -. Esto me pasa por andar con reyes neuróticos... - se dijo para su capote.

-Ve tú a acostarte - le dijo el rey -. Yo quiero hacer unas preguntas a la sacerdotisa...

(-Esperaré a que te acuestes tú - dijo Swap, añadiendo por lo bajo -: No me chupo el dedo.)

-...así, estas carreras de shubshubs son una institución en Globadán, ¿no es eso?

La sacerdotisa respondió que las celebraban todos los años.

-¿Sólo pueden tomar parte en ellas los shubshubs?

La criminología constituye un estudio de mucho interés en toda la Galaxia. En Globadán, según dijo la sacerdotisa, era tradicional soltar a algunos delincuentes comunes el día de las carreras, para permitirles que participasen en ellas. Si conseguían ganar, se les otorgaba la libertad. Algunos corrían hasta echar los bofes y esto constituía un aliciente más de la carrera.

-¿No ha conseguido ganar nunca un ser humano? - preguntó el rey, sin ocultar su interés.

-Como ya he dicho, esto es imposible - respondió la sacerdotisa, añadiendo -: Por lo menos, durante mi vida nadie consiguió ganar. De todos modos, tened en cuenta que Globadán se encuentra en el borde exterior de

Librodot

la Galaxia y yo estoy ausente de allí para realizar mi labor de misionera desde que era prácticamente una niña. Ya os podéis suponer lo emocionada que estoy de pensar que mañana regreso allí.

-Así, *¿nadie* puede ganar a un shubshub? - insistió el rey.

-No, *nadie* puede ganar a un shubshub -asintió la sacerdotisa.

-No, nadie puede ganar a un *shubshub* - les explicó Swap.

Nadie podía ganar a un shubshub. Después de esto, los tres volvieron a sus respectivos lechos. El rey Horacio pasó una noche agitada, Swap durmió a pierna suelta y la sacerdotisa Shawl se fue al clarear el día.

La dolencia que nunca se alejaba demasiado de la vera del monarca, regresó aquel mismo día para dejarlo postrado en el lecho del dolor. Sudoroso y agarrotado, pero con la mente lúcida, el rey corría con movimientos infinitamente retardados a través de una llanura interminable cubierta de una niebla algodonosa: en los delirios del rey Horacio, el tiempo siempre estaba descoyuntado. Las enfermeras maduritas no tuvieron punto de reposo en todo el día.

Cuando sus sentidos volvieron a la normalidad, insistió en que se trasladasen sin demora al astro-puerto, para tomar la primera nave con rumbo a la Tierra. Así lo hicieron y por lo tanto el monarca abandonó Utopía en peor estado que había llegado a ella.

Swap, a quien le disgustaba la enfermedad en todas sus formas, se refugió en su litera, rehuyendo a su soberano. Pero al segundo día de viaje el rey irrumpió en su camarote.

-He encontrado otro eslabón de nuestro problema - exclamó de buenas a primeras.

-¿De *nuestro* problema? - inquirió Swap.

-Escúchame... parece mentira que no se me haya ocurrido antes. Es algo que dijo la sacerdotisa... lo he estado comentando con el capitán y él ha confirmado mis presunciones...

Se detuvo para tomar aliento, dejándose caer sobre la litera de Swap y pasándose una mano por la frente. Luego, sentado allí, le explicó detenidamente su descubrimiento: la sacerdotisa había dicho que Globadán estaba en el borde de la Galaxia. Según él sabía y el capitán le confirmó, las líneas del espacio y del tiempo se separan y se afinan en el borde de las grandes ruedas estelares; en cambio, hacia el eje de las mismas se condensan enormemente. Este fenómeno ya era conocido antes de que comenzase la época de los viajes por el espacio y fue bautizado con el nombre de *efecto Doppler* - si recuerdo correctamente -, si bien la explicación que se atribuía al mismo era completamente equivocada. Según tengo entendido, se hablaba de una fantástica expansión del universo o algo parecido.

De todos modos, al viajar hacia el borde externo de la Galaxia todo el metabolismo de los seres vivos, físico y psicológico, se hace más lento... del mismo modo como al viajar hacia el centro se acelera. Este efecto, al ejercerse de manera uniforme sobre todos los tejidos vivos, no es discernible

Librodot

por los sentidos humanos. Sólo los instrumentos pueden detectar la retardación o la aceleración.

-Bien, ¿y qué? - preguntó Swap, fastidiado por aquella conferencia.

El rey suspiró y se puso a explicarle, con tono condescendiente:

-¿Pero no lo comprendes, pedazo de zoquete? Si yo pudiese llegar a Globadán con mi presente metabolismo, viviría mucho más de prisa que los habitantes de Globadán... ¡Eso me permitiría correr con tal celeridad, que incluso podría ganar la carrera de shubshubs!

-Sí, claro... Y si tuvieses un traje convenientemente refrigerado, incluso podrías ir a sasar hidrógeno del sol.

El rey Horacio salió muy disgustado del camarote de Swap... para tropezar de bruces con los huesudos brazos de las dos enfermeras, que se lo llevaron a su camarote para meterlo de nuevo en la cama. Él las maldecía en silencio, mientras se juraba que resolvería el enigma del oráculo tarde o temprano, pues cuanto más desconcertante le parecía aquella frase sibilina, más convencido se hallaba de que en ella se encerraba su curación.

Después de dejarle entre las sábanas de su lecho, las dos enfermeras se fueron a jugar a las cartas con dos fogoneros maduros de la nave.

-«En Globadán gané a los shubshubs» - murmuraba entretanto el rey Horacio -. «En Globadán gané a los... zzzz.» - Se adormiló y sus primeros ronquidos le despertaron -. «... gané a los...» ¡Alto ahí! No hay duda de que yo debo ganar la carrera de shubshubs, pero... ¿Cómo se las arregló el oráculo para ganarla? ¿Aquel hombre pequeñito y rechoncho, que apenas hubiera podido ganar una carrera de tortugas?

La excitación que le produjo este aspecto insospechado del enigma, le obligó a levantarse de nuevo. Poniéndose un batín sobre su ajustado pijama empezó a pasear sin rumbo fijo por el estrecho y curvado corredor de primera clase. Por mucho que hayan cambiado las astronaves desde entonces hasta el presente, las costumbres y manías del pasaje no han cambiado. Así es que el rey Horacio fue objeto de las miradas glaciales que le dirigían las elegantes damas y de los bufidos de desprecio de los atildados caballeros, que contemplaban escandalizados su batín.

-¡Me importáis un bledo! - les dijo por lo bajo; pero, al advertir entre aquella elegante multitud al príncipe heredero de uno de los reinos vecinos al suyo, decidió retirarse a un lugar más discreto, y descendió por la escalera que llevaba a la cubierta de turismo.

Así que la pisó se apercibió de una figura baja y rechoncha cubierta de extrañas vestiduras y que en aquel momento penetraba en el camarote número 12. ¿Y si fuese... sería posible que?...

-Perdón, señor, tengo que fregar el puente.

Se apartó maquinalmente para dejar paso al robot que le había hablado, y se apostó en un lugar desde donde pudiese vigilar la puerta del camarote número 12. ¡Estaba seguro de que acababa de ver al oráculo! Aquella figura era inconfundible. El pasaje era muy numeroso y entre él abundaban los niños, pero nadie prestó atención al rey.

Librodot

Tras una hora de espera, cuando el monarca ya empezaba a sentir mareos y debilidad, la rechoncha figura salió del camarote número 12 y se alejó por el corredor. Si, parecía el oráculo, aunque el rey no conocía su cara. Con el corazón palpitándole locamente, se abalanzó sobre la puerta del número 12 y la empujó. ¡La puerta no estaba cerrada! Con gran atrevimiento, penetró en el camarote.

El interior estaba tan destartalado que se detuvo, atónito. Por supuesto, muchas razas extraterrestres tenían ideas muy singulares acerca de la comodidad, pero aquello pasaba de la raya. Incluso el colchón de espuma faltaba de la litera. Todos los cuadros y adornos habían sido arrancados de las paredes, la alfombra de magnapile había sido quitada del suelo. Pero, sin embargo, todo estaba limpio, ordenado, y quitado cuidadosamente de enmedio, bien doblado y empaquetado, tarea nada fácil en un camarote de la clase de turismo.

El rey Horacio se encogió de hombros. A él lo único que le interesaba era encontrar su bastón. Si lo encontraba, ello demostraría que el hombrecillo rechoncho era efectivamente el oráculo. Se puso a registrar el camarote febrilmente, a pesar de que la emoción casi paralizaba sus movimientos. No tardó en formar una pila en el centro del camarote con una multitud de objetos heterogéneos. Pero el bastón no estaba muy escondido. Cuando abrió el guardarropa lo vio allí, sobre un estante inferior. Extasiado, lo tomó entre sus manos.

En aquel mismo instante notó la presión de una pistola desintegradora en sus riñones.

-Qué... qué quiere - articuló.

-¡Vuélvete despacito! - dijo una voz que resonó como un choque de automóviles.

El rey se volvió lentamente, levantando las manos temblorosas sobre su cabeza. Se encontró ante un guardia de la nave, cuya catadura le hizo sentir deseos de dar media vuelta de nuevo.

-Te vi atisbando en el corredor - rezongó la voz de la ley -. Ahora bajarás conmigo a la sentina.

-Por favor… soy el rey Able Harkon Horacio.

-¿Ah, sí? Pues yo soy la Reina de las Hadas. Venga, andando, que a lo mejor se me dispara la pistola.

Y para subrayar sus palabras, hundió la pistola en la espalda del rey, obligándole a salir con paso vivo del camarote.

-Si desean pruebas sobre mi identidad, pregunten a mis dos enfermeras...

-De momento, yo seré tu única enfermera, granuja. ¡Andando!

La sentina de una astronave era un lugar caluroso, opresivo y donde reinaba un estrépito infernal. Y lo que resultaba más opresivo era que estuviese situada, en el *Potent,* cerca de las instalaciones sanitarias y los servicios de alcantarillado. El enfurecido rey Horacio tuvo que soportar que le arrojasen de cabeza a una estrechísima celda. Pero cuando la alta

puerta enrejada se cerró, en su mente se ajustó también un hecho insignificante, y de pronto se sintió dominado por la calma más absoluta.

¡Poseía el secreto del oráculo!

Aquella frase misteriosa: «En Globadán gané a los shubshubs», ya había dejado de ser misteriosa; pero ahora que él se hallaba en libertad de seguir su consejo... ¡había perdido su libertad!

Durante varias horas trató de descansar sobre el estrecho banco de su celda, soportando a duras penas el calor y esforzándose por no oír el ruido. De pronto apareció un guardia que le condujo a una cámara de paredes de acero pintado de gris, para ser interrogado por un sargento que se ocupaba del asunto y reunía las pruebas acusatorias. Anotó sin comentarios el nombre del rey junto con los de Swap y las dos enfermeras, que el rey le dio como testigos que declararían a su favor.

-Muy bien - dijo el sargento -. O tal vez debería decir muy mal. ¿Ya sabes que eres objeto de una grave acusación?

-¿Quién me la hace?

-El ocupante del camarote número 12, por supuesto, Klaeber Ojo de Ap.

-Le juro, oficial, que yo no me proponía robar el bastón... sólo deseaba comprobar si estaba allí.

-¡Bonita historia! ¡Muy bonita! Apunte esta declaración, cabo Binnith.

De nuevo en su celda, el rey fue asaltado por sombríos pensamientos. Le dolía extraordinariamente el ultraje que había sido inferido a su dignidad y el efecto que aquello podía tener sobre su salud... No es que dudase ni por un solo momento de la solución del desagradable asunto. Así que Swap se enterase de la situación en que se encontraba, le pondría en libertad. Y en aquel momento llegó el abogado de la nave.

El abogado Lymune era un *quart;* de forma vagamente humanoide, tenía una cabeza giratoria que parecía la torreta de un navío, provista de cinco clases distintas de ojos y dos bocas. Esto último representaba una gran ventaja en su profesión, pues le permitía dirigir la palabra al juez en el curso de un juicio, mientras al propio tiempo cambiaba impresiones con su cliente. Dijo lisa y llanamente al rey Horacio que las cosas no iban a ser tan fáciles como él suponía. Swap y las dos enfermeras de media edad habían negado que él perteneciese a la Casa Real de Harkon.

-¿Qué solapada traición es esta? - articuló el rey -. Es igual... tengo todas las credenciales que acreditan mi rango guardadas en una caja fuerte del camarote.

-Tomé la precaución de registrar su camarote - dijo Lymune, hablando por ambas bocas a la vez para dar mayor énfasis a sus palabras -. Y no he encontrado allí credenciales de ninguna clase... suponiendo que tales credenciales existan.

-¡Pero él... el capitán! - exclamó el rey Horacio angustiado -. Yo hablé con él. ¡A él no pueden haberle engañado! Me identificará.

Librodot

-Es posible que le identifique, como el hombre que se presentó a él como el rey Horacio. No creo que puede decir más...

-¿Pero usted que se propone, defenderme u ofenderme? ¡Haré que le ejecuten junto con todos ellos!

-Delirio de grandezas... - comentó el abogado -. Hum... podríamos ver si nos salvábamos arguyendo desequilibrio mental.

Cuando el rey volvió a quedar solo, después de esta entrevista tan poco satisfactoria, se hundió en la más lúgubre de las meditaciones. La sensación familiar del tiempo retardado le dominó. Asiendo su camisa con manos frenéticas, empezó a gemir. Harto reconocía que, al no estar ninguno de los mortales libre del pecado original, llega un momento, incluso en las vidas más recoletas, que las circunstancias se encrespan como un mar embravecido para anegarnos.

Hasta entonces se había considerado como una figura austera y solitaria, separada del resto del género humano por su sangre real, y barrido por los vientos de la mortalidad, que arrojaban las dolencias sobre él. Entonces comprendió cuan falaz había sido aquella imagen; su realeza estaba en entredicho y él, a punto de ser juzgado por ladrón.

¿Qué podía haber inducido a Swap a volverse contra quien le había perdonado? El rey Horacio no podía adivinarlo. Al no hallar ningún motivo particular, no podía hacer más que atribuir aquel acto ruin a la maldad humana.

Su melancolía se vio interrumpida por un visitante que los guardias arrojaron sin contemplaciones a su celda. Ofuscado en la semioscuridad reinante, levantó la mirada para ver una figura baja y rechoncha de pie ante él.

-¡El oráculo! - articuló, incorporándose lentamente.

-Sí, yo soy... Klaeber Ojo de Ap. ¿Es curioso, verdad, que volvamos a encontrarnos así?

-Escucha... no registraba tu camarote con malas intenciones. Sólo buscaba el bastón, que me diría que tú eres verdaderamente el oráculo. ¡Tienes que sacarme de aquí!

-De esto he venido a hablar, amigo mío - dijo el hombrecillo, poniéndose en cuclillas -. Te tengo metido en un buen atolladero, ¿eh, amigo mío? Por lo tanto, valdrá más que me escuches con atención.

El rey asintió con gesto fatigado, pues si bien sabía más de lo que el oráculo suponía, deseaba oír lo que su interlocutor tuviese que decirle. Ojo de Ap empezó a hablar con tono comedido y cortés de la coincidencia que representaba que ambos se encontrasen a bordo de la *Potent.* Después de entregar su oráculo al rey, le dijo, nada supo de la visita que éste se disponía a realizar a Utopía, suponiendo por el contrario que se dirigiría sin pérdida de tiempo a Globadán. Entre tanto, él (o sea Ojo de Ap) fue a resolver otro asunto y cuando el rey fue detenido en su camarote, él se hallaba en el viaje de regreso a la Tierra, confiando en encontrar al reino sin rey.

-¿Por qué? - preguntó el rey Horacio.

Ojo de Ap extendió ambas manos.

-Por que yo tengo mis ideas acerca de quien debe reinar...

-¡Ah, vaya! Ahora lo comprendo todo... Qué estúpido he sido al confiar... ¡Entonces, tú no eres más que un vulgar usurpador!

Ocultó el rostro entre las manos, con abatimiento.

Su interlocutor le tocó en el hombro.

-Yo no soy vulgar, amigo mío, ni *el* usurpador. Ni tú has sido un estúpido al confiar. Yo soy... digamos la mano de la justicia. A mi manera, amigo mío, me dedico a deshacer antiguos entuertos.

-Olvidemos los antiguos: ahora, sácame de este apuro.

-Eso no está en mi mano hacerlo. Tú debieras haber ido a Globadán. Entonces esto no hubiera ocurrido. Pero cuando se presentó esta ocasión... verás, amigo mío, tuve que aprovecharla. Resulta más *conveniente* que tú estés aquí.

Muy débil, pero con dignidad, el rey se levantó, dominando con su alta estatura al hombrecillo, en la penumbra de la celda.

-Entonces, te obligaré a que me ayudes. ¡Has de saber que he descubierto lo que eres!... ¡Eres un pseudohombre!

Durante unos segundos Ojo de Ap continuó agazapado. De pronto, con un bufido, se levantó para preguntar con suavidad:

-¿Y qué, amigo mío?

-Si yo llamase a ese guardia del corredor para decirle que aquí conmigo está un pseudo hombre, te cogerían para echarte inmediatamente por la compuerta de la nave.

-Y todo, únicamente, porque el hombre creó a mi especie dotándola de mayores poderes que los que él mismo posee... y luego se asustó, lamentando haber triunfado en aquel experimento. El éxito fue excesivo, ¿eh?

-Fuimos indulgentes y no os exterminamos. En lugar de eso, os confinamos a Alfa del Centauro II, pero tú ya sabes que abandonar vuestro confinamiento equivale a cortejar una sentencia - dijo el rey con voz firme.

-No me hables de aquel mundo espantoso...

-De modo que no lo niegas, Ojo de Ap. ¿Llamo al guardia?

El hombrecillo sostuvo la mirada del rey sin pestañear, dejando que la escasa luz cayese sobre sus facciones vulgares y abiertas, que muy poco tenían de inhumano. A los pocos instantes sonrió.

-Valdrá más que lleguemos a un acuerdo, amigo mío. Volveré a visitarte mañana por la mañana.

-Oh, no, nada de eso. Lo resolveremos ahora mismo. Llama al guardia y dile quien soy, o le llamaré yo para decirle quien eres.

Librodot

-No - dijo el hombrecillo, moviendo su cabeza cuadrada -. El asunto es más complicado de lo que imaginas, amigo mío. Pero volveré mañana por la mañana.

-¿Y cómo lo sabré?

Al hacer esta pregunta, la mirada del rey se cruzó con la de aquel ser y sintió la fuerza de aquellos grandes ojos implacables e inhumanos, pero que poseían algo que nunca se halla del todo en unos ojos humanos. Diríase que era una mirada justiciera.

-Te espero mañana por la mañana - dijo roncamente, respondiéndose a sí mismo.

Ojo de Ap asintió con indiferencia y silbó para llamar al guardia.

-A propósito - preguntó, mientras aquel funcionario se acercaba caminando pesadamente -. ¿Cómo adivinaste... mi verdadera identidad?

-En parte me lo indicó la manera cómo encontré tu camarote: la indiferencia ante las comodidades, un aseo fenomenal.

-Debo tener más cuidado - se reprochó Ojo de Ap.

-Y entonces lo comprendí todo... un pseudohombre posee la consciencia electrónica de un instrumento, y funcionará al mismo ritmo en toda la Galaxia. Por ejemplo, uno de estos seres que viven en Alfa del Centauro II podría ganar una carrera de shubshubs...

La astronave *Potent* cruzaba rauda la eterna noche interestelar. En el interior del diminuto espacio que abarcaba su casco, un centenar de seres humanos mantenían la ficción de días y noches. Así, cuando sus cronómetros marcaron el comienzo de un nuevo día, Ojo de Ap regresó junto al prisionero encerrado en la sentina.

Pero ya se le había anticipado el abogado Lymune, el cual anunció alegremente a su defendido que el juicio se celebraría dentro de tres horas. El rey rechazó con gesto cansado la insinuación de que se hiciese pasar por demente, y ordenó al abogado que se alejase de su presencia, pues él mismo se encargaría de su propia defensa; confiaba en que el tribunal comprendería que decía la verdad.

Cuando él llegó, Ojo de Ap estaba animado; se mostró conciso y práctico.

-Todo está resuelto, amigo mío - le dijo -. Tengo todos tus documentos oficiales y credenciales. Desde luego, los tenía yo. Me apoderé de ellos así que supe que te habían detenido.

»Ahora escúchame: si tú firmas este documento, amigo mío, *te llevaré en psi a Globadán.* No es lo que yo me proponía hacer, pero ya no puede evitarse.

El rey Horacio asintió con gravedad. El hombrecillo prosiguió:

-¿Sabes lo que significa eso de que te llevaré en psi?

El rey Horacio asintió de nuevo. Los pseudohombres habían sido creados sin la capa aluvial del cerebro... lo que en otros tiempos se llamaba «el subconsciente». En cambio, estaban dotados de un segundo

Librodot

cerebro superior, capaz de absorber todo el contenido de un cerebro humano normal.

-Ya sé que poseéis extraños poderes - dijo con sumisión.

-No mayores y más extraños que algunos de los vuestros, amigo mío.

-¿Qué puede hacer el hombre que vosotros no podáis hacer?

Ojo de Ap se inclinó hacia él y pronunció una palabra a su oído. El rey Horacio esbozó una débil sonrisa, indicando al oráculo que consultase a Swap sobre aquel particular.

-Es para Swap para quien quiero que firme esto - dijo bruscamente el pseudohombre, poniéndose en pie de un salto, palmoteando con animación y sacando luego el documento que llevaba bajo el brazo. Preguntándose qué iba a leer, el rey Horacio acercó prudentemente el papel a la tenue claridad y lo examinó.

El documento declaraba en términos ampulosos que el firmante, el rey Able Harkon Horacio, deseaba abdicar *y* entregar el cetro a su sucesor que designaba el documento, renunciando a toda pretensión al trono de su país para sí o sus herederos o cesionarios. Por último instaba a su corte y ministros, haciendo uso por última vez de sus prerrogativas reales, para que la corona fuese cedida a su compañero, que ostentaba el distinguido nombre de Swap...

-¡De modo que estaba Swap detrás de todo eso! - estalló el rey.

-Te equivocas... Suponía que tenías mayor penetración. Swap actúa bajo mis órdenes. Ahora firma; no perdamos tiempo.

-No puedo...

Pero una mano firme le sujetó por el codo mientras la voz sibilante de Ojo de Ap le apremiaba:

-Firma, estúpido... ¿No ves que estás enfermo? Firma y habremos terminado.

¿Hipnotismo?

-No puedo... - empezó a decir el rey de nuevo, pero terminó por sacar una pluma y firmó, haciendo maquinalmente su rúbrica. Al instante siguiente, se encontró tendido en el estrecho banco, con Ojo de Ap inclinado ansiosamente sobre él.

-Vamos, mi viejo amigo, pronto te curarás. Ya no tendrás que preocuparte más por nada. Ahora mírame fijamente, ven hacia mí... de prisa...

Los ojos, sólo los ojos, se hicieron de pronto más luminosos... Luego se posaron en las mejillas de Ojo de Ap, oscilando fugazmente sobre ellas. En aquellas cavidades había más ojos, pero aquellas lentes, extrañas, que giraban y parpadeaban, poseían un poder demasiado terrible para revelarlo ante los mortales. Bajo su efecto, el rey Horacio sintió cómo se desvanecía en una minúscula charca de luz.

Y luego se confundió con Ojo de Ap.

Librodot

Experimentó un momentáneo dolor al encajar en el nuevo cerebro. Su consciencia había pasado de un cuerpo al otro con tanta facilidad como un líquido trasvasado de un recipiente a otro.

Ojo de Ap se incorporó lentamente. El cuerpo del monarca yacía en el banco, respirando apaciblemente, tranquilo y abandonado.

-Estarás sumido en una especie de trance hasta que yo te devuelva a tu cuerpo. Tu organismo funcionará mejor sin tu mente, causa de todos tus males.

-Estoy asustado.

-¿Por qué? ¿Por qué utilizas la misma boca que yo para comer y hablar? En tu vida has estado mejor, mi viejo amigo. Como sabes, este cuerpo es inmortal. Y ahora... a llevar nuestro documento a Swap. ¡Que tu sueño sea tranquilo, buen príncipe!

No había ninguna interconexión entre sus especies u Ojo de Ap no permitía que la hubiese. Horacio - ya no se atrevía a pensar en sí mismo como en un soberano - era transportado de un lugar a otro al antojo del subhombre. La alucinante idea de que ya no tenía ser le obsesionaba; sin embargo era agradable sentirse parte integrante de un organismo perfecto, aunque comprendió más claramente que nunca, mientras acompañaba a Ojo de Ap, convertido en parásito suyo, que su incurable enfermedad residía en su mente.

Contempló por los ojos del otro cómo la astronave se posaba en la Tierra. Su antiguo cuerpo (el juicio fue suspendido en vista de su «enfermedad» y de la promesa de Swap de asumir la custodia de aquel cadáver viviente) fue enviado a su palacio, donde Ojo de Ap recaudó dinero de las arcas reales y Swap inició un prolongado debate con la corte. Las dos enfermeras maduritas se escaparon para casarse con los dos fogoneros.

El viaje a Globadán se comenzó al poco tiempo.

Fue largo, pero no tuvo nada de monótono. A medida que recorrían los años-luz hacia el borde exterior de la Galaxia se fue haciendo perceptible el efecto Doppler... visto a través de los extraños órganos ópticos de Ojo de Ap. Todos cuantos les rodeaban, tanto pasajeros como tripulantes, empezaron a moverse con mayor lentitud. El proceso fue gradual, muy gradual... se inició con cosas apenas perceptibles, un pie que se arrastraba, una joven que parpadeaba con menos vivacidad...

Pero Ojo de Ap fue ajustando cuidadosamente sus movimientos al cambio, refrenándolos deliberadamente, mientras su cerebro funcionaba con la rapidez de siempre.

Y así llegaron a Globadán.

Él estaba con otro preso en la línea de partida. Aquello fue muy fácil: los globadanianos eran gentes primitivas con leyes muy rigurosas. Así, le bastó con romper una ventana a medianoche cuyos vidrios rotos brillaron a la luz de la luna, para que le recibiesen y le metiesen entusiasmados en la cárcel.

Librodot

En aquellos momentos esperaba bajo el gran estrado y en sus oídos - los de Ojo de Ap - resonaba el bullicio del festival. El sol amarillento bañaba con sus rayos los gallardetes, los rutilantes instrumentos y los tocados de plumas. Todos los asistentes al festival se habían adornado con plumas. Ello confería a la multitud el aspecto de una bandada de pájaros. Y a su lado, tascando el freno, se alineaban los shubshubs.

El shubshub es un animal oriundo de varios planetas. Es una de las criaturas más bellas de la Galaxia, de elevada estatura, ligero, de temperamento dulce. Los ejemplares que participaban en aquella carrera sobrepasaban todos los diecisiete palmos. Sus seis patas tenían el temple del acero. Sus músculos se contraían ansiosamente y sus blancos picos brillaban al sol.

El clarín que daba la salida resonó y la nota metálica les hizo pasar instantáneamente a una acción llena de gracia. El recorrido de cinco kilómetros se extendía ante ellos y los shubshubs partieron como flechas de guerra.

Pero su espléndida carrera se desarrollaba en el lentísimo borde exterior de la Galaxia; por sus miembros corría el estigma del espacio-tiempo. Para los sentidos intactos de Ojo de Ap, se limitaban a arrastrarse como caracoles.

Echó a correr. Todo desfiló junto a él en una borrosa mancha ocre.

Entre tanto, aquellas grandes bestias avanzaban en movimiento retardado, el sol amarillo brillaba y el tiempo se detenía como para esperarle...

...como había esperado antes, hacía más de treinta años.

El reloj de la torre de palacio se había parado. Lo pararon deliberadamente, con el fin de retrasar al rey y a la reina y mantenerlos en la playa veraniega unos diez minutos más. El joven guardia que con riesgo de su vida lo paró, echó a correr hacia el aposento del palacio destinado a los niños.

Allí estaba la madre de Horacio, la mujer del jardinero real. Era una mujer joven, bella y nerviosa, que estrechaba a su hijito contra el pecho. Aquel niño era él mismo... ¡Horacio! Ella levantó la mirada cuando entró el guardia y le agradeció su ayuda con una breve sonrisa.

-De prisa - dijo él -. ¡Vamonos!

Ella corrió hacia la cuna con la corona blasonada en ella y apartó la cortinilla. El infante real dormía en ella. Era un niño de la misma edad que el suyo y ambos se parecían enormemente.

-¡Date prisa! - la apremió el guardia.

Ella levantó con delicadeza al principito y puso a su hijo en su lugar. Luego se inclinó sobre él con gesto amoroso y sus ojos se llenaron de lágrimas cuando el niño la miró, muy seriecito.

-No tengas miedo, cielito mío - le susurró -. Tu madre es una mala mujer. Va a escaparse con otro hombre... pero al menos conseguirá que seas algo en el mundo. ¡Olvídala! Ahora duérmete, amor mío, y cuando te despiertes serás un príncipe.

-¡Date prisa! - repitió el guardia -. ¡El tiempo va contra nosotros, Ana!

Ella tomó en sus brazos al infante real y dijo:

-Llévalo al campo, a casa de tu tía, según convinimos. Dile que le llame... ¡Swap! (1).

---

(1) Cambalache, trueque, cambio, en inglés familiar. *(N. del T.)*

-Recuerda que esta noche tú y yo nos encontraremos en el puerto, amor mío.

-¡Le veo a usted muy ansioso, señor! - dijo ella, coqueteando.

-¿No faltarás, verdad, Ana?

-Ten el motor en marcha para cuando yo llegue.

-¡Recuerdo total! - gritó la voz de Ojo de Ap en sus oídos.

De la inmensidad del espacio, de la inmensidad aun mayor de la memoria, Horacio regresó. El sol amarillento, la lenta hilera de animales que avanzaban detrás suyo con movimientos retardados, la llanura parda, los vistosos espectadores... volvieron a ocupar su lugar. Estaban llegando a la meta.

-Él tuvo el motor en marcha pero ella no llegó. ¡Pobre muchacho! - dijo Ojo de Ap -. En realidad, ella se había enamorado de un hombrecillo feo que le prometió las estrellas.

-¿No... no serías tú, acaso?

-Sí, era yo... ¡Ay de mí! Vinimos a pasar la luna de miel aquí. Cuando yo, en un momento de locura, le confesé que era un pseudohombre... ella ingirió una pócima envenenada... Yo estaba demasiado enamorado... ella era demasiado orgullosa... pero de esto ya hace mucho tiempo, si no para mí, para la vida humana. Mas ahora confío en haber reparado finalmente las consecuencias de mi locura lo mejor posible. Este mundo no es perfecto, mi viejo amigo. ¿Cómo te encuentras?

Él no pudo responder. Sabía que por último era libre, y aquella certidumbre le dejaba sin habla. Sólo les quedaban unos cuantos metros... habían ganado fácilmente.

-¿Cómo te encuentras? - le preguntó otra vez Ojo de Ap -. ¿Ansioso por recuperar tu antiguo cuerpo?

Horacio tragó saliva antes de responder (mejor dicho, hizo tragar saliva a Ojo de Ap).

-Sí - consiguió articular -. Sí, mi viejo amigo.

Mientras hablaba advirtió a la sacerdotisa Colinette Shawl palmoteando entre la multitud.

En medio de una triunfal ovación, cruzaron la meta como una centella.

DISCO CRIMINAL

Tengo que escribir todo esto con rapidez, mientras aun tenga tiempo. Veamos cómo empezó... Sí, el disco gramofónico y el smuf. Hace sólo dos días... que el lector no se moleste en buscar esa palabreja en el diccionario; la repetiré: smuf. Sí, sólo hace dos días... me llamo Curly Kelledew, se me olvidaba decirlo... Pero más valdrá que trate de poner orden en mis pensamientos.

¿Tiene el lector la suerte de conocer Cambridge? Uno de mis lugares favoritos de Cambridge es el Pasaje Curry. Posee tres prenderías muy parecidas y satisfactorias (sobre las tres puertas la palabra «prendería» se pronuncia ANTIGÜEDADES). La tarde del día de autos, realicé un hallazgo por pura casualidad. Acababa de comprar un junco chino de casi un metro de alto, con una proa elevada y una auténtica vela latina, con objeto de regalárselo a un sobrinito mío, y una lechera de porcelana del siglo XVIII que destinaba a mi solaz particular y ya me disponía a irme, cuando vi el montón de discos detrás de una cómoda. Dejando el junco y la figurilla de porcelana empecé a examinar los discos. Estaban muy mezclados; los había de 78 revoluciones y algunos de baja velocidad, vendidos probablemente por estudiantes del Colegio de la Trinidad a final de curso. Había algunos discos de jazz - varios de Louis Armstrong para quien le gustase - ballet, Stravinsky, uno resquebrajado con la *Canción hindú y* - ¡mi pulso se aceleró! - la *Segunda Sinfonía* de Borodin, aquel disco Coates que actualmente no figura en el catálogo. Allí estaba en un álbum, limpio y nuevo. Examiné el primer disco y lo encontré intacto, como si nunca lo hubiesen tocado. En la tienda no había tocadiscos y por lo tanto no podía probarlo, pero el precio que me pidieron era muy barato y como yo quería tener aquella sinfonía, pagué sin rechistar y me llevé el álbum con el junco y la figurilla de porcelana.

¡Así llegó a mi poder! Por la tarde del día siguiente, que era domingo, Harry Crossway vino a verme como siempre. Harry encaja con mi definición de un amigo: un hombre con el que uno trabaja toda la semana y se alegra de ver el domingo. Después de tomar una copa y de que él hubo admirado el pequeño busto de porcelana que con su turgencia parecía querer romper el corpiño de la lechera, saqué la sinfonía de Borodin.

Tocamos el primer movimiento antes de que sacase el segundo disco de su funda. Inmediatamente noté algo raro, a pesar de que el disco ostentaba las correspondientes etiquetas rojas en el centro. Pero al tocarlas, se desprendieron con facilidad.

Entonces quedó en mis manos un engendro de color achocolatado y de un grosor doble al de un disco corriente. Sólo uno de sus lados estaba grabado y los surcos que presentaba tenían un aspecto extraordinario. Por supuesto, debiera haber advertido aquella anomalía en la tienda, pero en

Librodot

mi excitación yo me limité a mirar las etiquetas sin hacer más averiguaciones. ¡Era evidente que me habían tomado el pelo!

Manifesté mi irritación en términos inequívocos y pasé cinco minutos dando vueltas como un poseído por la habitación. Cuando estuve un poco más calmado, Harry me preguntó, sin ocultar su interés:

-¿Te importaría que probásemos este disco en la platina, Curly?

Harry y yo trabajamos al servicio de la mayor casa de radio de Cambridge, en la sección experimental. Discos, cintas magnetofónicas, onda corta, televisión - normal y en colores - la casa nos paga para que nos ocupemos de ello, y nos paga muy bien. La próxima vez que el lector oiga hablar de un inoculador de arrugas de las nuevas cámaras de televisión, que piense en Harry y Curly, los orgullosos padres. Todo esto lo menciono únicamente para explicar por qué una pared de mi sala está cubierta de amplificadores y multitud de otros chismes y la mesa de mi despacho está llena de aparatos eléctricos. Todo mi equipo es de fabricación casera y mucho mejor que lo que se encuentra en el comercio. Aun así, no conseguimos sacar nada en claro del misterioso disco. La platina no podía mantenerlo fijo; resbalaba bajo el ligero pick-up. Además, el orificio central del disco no era redondo sino en forma de estrella de dieciséis puntas; por si aun no fuese bastante, los surcos estaban separados entre sí por otro surco liso de la misma anchura en el cual la aguja patinaba. Desistimos tras unos cuantos intentos, y para consolarnos pusimos los *Cuadros de una Exposición.*

Pero cuando Harry se hubo ido, tomé de nuevo el grueso disco y me puse a examinarlo. En el lado liso había un pequeño rectángulo que parecía una tapita. Efectivamente, haciendo presión con la uña la hice deslizar. Bajo ella apareció la siguiente etiqueta:

VIDEOARCHIVO POLICIAL B/1191214/AAA

INTERPLANETARIO

Cat: Ganímedes-Eros-Tierra-Venus.

Cr.: Sabotaje. Desliz temporal. Asesinato.

Tipo: experimento venusiano humanoide: smuf.

Nombre: tipo anterior emplea sólo nombre genérico, smuf.

Archivado: VHI/14/305

Ref. 2/XII/12/309

Lo leí y releí varias veces, sin dar crédito a lo que leía. Luego fui a mirarme a un espejo y vi que mis facciones mostraban una confusa expresión de imbecilidad total.

-¿Qué es un smuf? - pregunté a la imagen de aquel bobalicón.

La imagen me contestó:

-Un experimento venusiano humanoide.

¿Y si el disco fuese una broma? ¿Y qué era un videoarchivo? ¿Y qué hacía un videoarchivo en mi habitación? Puse el disco nuevamente en la platina del tocadiscos y volví a intentarlo. Pero luego me encontré con la dificultad que representaba aquel surco liso; como era más ancho, el zafiro solía quedarse en él. Por último conseguí que la aguja no abandonase el otro surco.

Oí un agudo y rapidísimo parloteo, junto con un sonido estridente. Paré inmediatamente el tocadiscos, comprendiendo que era natural que no funcionase debidamente. Entonces se me ocurrió que 78 revoluciones tal vez era demasiado aprisa. Puse el aparato a 33 revoluciones y un tercio. El parloteo se convirtió entonces en una voz aguda y rápida, pero aquel horrible ruido estridente seguía oyéndose. Paré de nuevo el tocadiscos. Era posible que el zafiro saltase de un surco a otro; había que poner una aguja más fina en un pick-up más ligero. Después de rebuscar excitadamente en tres cajones abarrotados de cachivaches, encontré lo que buscaba y lo monté en el tocadiscos. Sin aliento, reduciendo aun más la velocidad, lo probé de nuevo.

¡Esta vez lo conseguí! Para ser exactos, conseguí una serie de cosas simultáneamente. No tardé en comprender que aquel disco no era más que la banda sonora de una especie de película. Y me di cuenta de que el informe policial no era ninguna broma; iluminaba confusamente pero de una manera tentadora un complicadísimo mundo futuro. Arrojaba una luz inquisitiva sobre aquel smuf, que hizo que se me pusieran los pelos de punta...

Al día siguiente introduje de matute el disco en el taller, teniendo buen cuidado de evitar a Harry Crossway y tiré varias placas del mismo bajo el aparato de rayos X que utilizamos para comprobar válvulas, etc.

Los rayos X revelaron un interior que al principio me pareció tan complicado como un reloj lo parecería a un hombre primitivo que apenas acabase de descubrir el uso de la rueda. Pero cuanto más miraba, más convencido me hallaba de que aquel disco era una especie de aparato receptor de televisión. Por ejemplo, vi en él los sistemas de desviación horizontales y verticales de tipo normal que se utilizan en los circuitos actuales, si bien infinitamente mejor empaquetados y planeados.

La fina espiral que nosotros habíamos llamado el «surco liso» resultó ser un gran número de placas rectangulares distintas pero unidas entre sí. Estaban hechas de un vidrio que parecía infinitamente fuerte y fino. Entonces se me ocurrió una idea y durante un día me encerré, rehuyendo la compañía de los demás mortales. Oh, me olvidaba de mencionar una cosa. Cometí la locura - ¡la curiosidad es a veces muy mala consejera! - de insertar un anuncio en el periódico local, redactado en los siguientes términos:

«Deseo relacionarme con smufs. Nada de blufs.» Luego daba mis señas. Bromista hasta el fin. Así soy yo.

Después de inserir aquel anuncio todavía no me hallaba convencido del todo. Pero al acabar aquel día y aquella noche de cálculos, sudores y esfuerzos, terminé por creerlo todo a pies juntillas. Se me puso la carne de gallina, perdí el color y me entraron sudores fríos. Con mano

Librodot

temblorosa telefoneé a Harry. Él todavía estaba en el taller, pero cuando oyó mi voz trémula dijo que vendría sin perder un minuto. Mientras le esperaba, bebí una copa y readquirí cierto aplomo.

Al poco tiempo oí que Harry entraba en casa.

Subió las escaleras, entró y dijo, tendiéndome una nota:

-Tenías esto en el buzón. -Luego exclamó-: ¿Qué tienes ahí?

Y se dirigió a ver los aparatos colocados encima de mi mesa.

-¿Para esto me has llamado?

-Sí - respondí.

-¡Vaya! Parecías tan asustado por teléfono, que me he traído el revólver por si acaso.

-Tal vez lo necesitemos - le respondí aturdido, sin poder apartar los ojos de la nota que él me había entregado. Era una contestación a mi anuncio. Decía simplemente:

«Estaré en su casa a las nueve. No intente tenderme una trampa. Smuf.»

-¡Oh, Señor! - susurré. Eran las ocho y diez. En la calle ya se habían encendido los faroles. Todo estaba muy quieto y tranquilo y no pasaba un alma.

-¿Qué es todo este misterio? - preguntó Harry con impaciencia. Hasta cierto punto es un tipo raro. Lento y metódico en su trabajo, en ocasiones se muestra imprudente y temerario.

Me pareció mejor contárselo todo, por si él se veía también envuelto en el asunto. Me acerqué al aparato. Tenía un gran tubo de rayos catódicos descansando frente al tocadiscos y conectado a un orticón de imágenes especialmente recompuesto adaptado a un mecanismo extremadamente tosco. Este último aparato no era más que un motor de resorte de larga duración que movía lentamente el orticón hacia el centro del disco, manteniendo su cuello en contacto permanente con la ranura lisa.

-Voy a tocar este disco para ti, Harry... con este aparato.

-¿Has conseguido tocarlo? - me preguntó.

-Sí. Es una teleficha del archivo policiaco de una época futura.

Me interrumpí esperando su comentario, pero él no hizo ninguno.

-No *sé* a qué época futura pertenece. Tal vez es de dentro de doscientos años... menos, no. En fin, podrás juzgar por ti mismo. Verás una gran capacidad técnica corriendo parejas con la muerte de la conciencia... lo que los pesimistas actuales ya predicen. El disco, sin embargo, sólo permite hacer algunas conjeturas, no por ello menos espeluznantes; y aunque he conseguido que funcione, el resultado no es perfecto ni mucho menos.

-¡Lo que me sorprende es que lo hayas hecho funcionar! - dijo él.

Librodot

-No sé. Imagínate que Edison hubiese podido obtener uno de los microsurcos actuales. No hubiera tardado en descifrarlo.

-¡Vaya, te crees un Edison!

Yo prescindí de una falsa modestia y repuse:

-Eso es. Muchas gracias. En realidad es muy sencillo. Al menos, mi papel ha sido muy sencillo.

Hasta cierto punto, esto es muy comprensible y la técnica actual, si bien no puede imitarlo, puede comprenderlo perfectamente.

-¿Hasta qué punto? - dijo él, sin dominar su escepticismo.

-Harry, tenemos aquí un disco televisor del futuro. Desde luego, es más útil para archivar documentos no muy extensos que una película. Lo que tiene de insólito es una señal congelada. Al parecer esta señal *se* dispara desde el transmisor a un circuito de válvulas de almacenaje; o tal vez es el transmisor quien posee esta facultad, en cuyo caso la imitación resultaría más difícil... pero espero descubrirlo todo, aunque tenga que invertir en ello toda mi vida. Si me dejan terminar de vivirla tranquilo...

-Sigue hablándome del disco.

-Ah, sí. Tuve que quitar el eje de la platina del tocadiscos y poner en su lugar una rueda dentada aislada, en la que encaja perfectamente el disco. Como puedes ver, hay dos escobillas puestas en contacto permanente con la parte superior de la rueda; están conectadas con un transformador con el fin de que el disco reciba una corriente permanente de 40 voltios al girar. ¿Lo pongo en marcha?

Como él no sabía lo que iba a pasar y yo había conseguido despertar su interés científico, me dijo, mostrándose todavía incrédulo:

-¿Qué clase de circuito hay dentro del disco?

Para describírselo mejor, torné un pedazo de papel y le hice un esquema.

-Algunas de las conexiones no las entiendo, francamente - le confesé -. La señal congelada pasa a un amplificador de video y luego se divide en circuitos restituidores... ¡Ya me dirás si no son la cosa más perfecta que has visto en tu vida! También se divide entre el separador ordinario de sincronización y los circuitos horizontales y verticales de desviación (los cuales, por cierto, son autocontrolados según un principio basado en la propulsión fluida).

»Aquí, los dos circuitos se juntan en algo que hace las veces, según puedo ver, de la parte posterior de un orticón para imágenes. Hay también un fotocátodo para captar la imagen lumínica y un sistema electrónico de lentes de tipo muy corriente que enfoca los electrones sobre el objetivo, el cual no es más que este vidrio o «película» superfino que constituye la ranura lisa. A partir de aquí, lo demás es mío. Como puedes ver, he desmontado uno de nuestros orticones y lo he montado de manera que, cuando la platina gire, la pantalla de trama fina toque constantemente la ranura lisa.

Librodot

-En otras palabras: tienes la mitad del orticón para imágenes en el disco y la otra mitad fuera, ¿no es eso?

-Exactamente. Por desgracia, la pantalla que debía ir en la ranura debía de ser de malla mucho más fina, con el resultado de que la señal queda rota. No obstante, verás lo suficiente para que se te pongan los pelos de punta. A partir de aquí, es coser y cantar. Estos son los hilos que conducen al tubo de rayos catódicos...

-¿Y que me dices del circuito sonoro? - me preguntó.

-Como el normal... el nuestro, claro. Hay unos surcos que corren entre los de la televisión. Están aislados, naturalmente. Un pick-up leve como una pluma. Veintiocho revoluciones por minuto. He tenido que aumentar un poco la fuerza del amplificador. ¿Lo pongo en marcha?

Me sudaban las palmas de las manos.

Harry miró atónito por la ventana, murmurando para su capote:

-¡Un disco de televisión! - Y añadió -: ¡Qué cosa tan curiosa!

-Procede de una civilización que también es muy curiosa - observé.

-Ponlo en marcha - me pidió él.

La pantalla se iluminó y apareció en ella una vista de la comisaría de policía que poseía las pruebas reunidas contra el smuf. La comisaría era un feo artefacto metálico en forma de platillo que rodeaba el asteroide Eros, el cual había sido desviado a una nueva órbita que por un lado alcanzaba hasta las cercanías de Júpiter y por el otro rozaba con Mercurio. Su aspecto era tétrico e inacabado. Tal vez yo no hubiese colocado el disco demasiado bien, a pesar de todos mis esfuerzos, pues tuvimos una serie de fotofijas temblorosas, algunas de ellas discontinuas y la mayoría con muchos parásitos, lo que nos daba la impresión de que nuestros descendientes eran unos tipos chapuceros, pues en este caso la imaginación sobrepasaba a nuestro buen sentido crítico.

Luego vino una vista vacilante del interior de la comisaría de Eros. Las paredes eran mugrientas y desconchadas y luego vimos una gran hilera de instrumentos que formaba un bloque grande como una manzana de casas, ante el cual permanecía cabizbajo un agente que tenía la nariz rota.

-¡Hay que exterminar a los delincuentes! - dijo, cuando la voz del locutor le presentó como el Dick Hagger del Espacio Interplanetario. Estaba encargado de aquel caso de smuf desde...

Luego aparecieron unos repelentes cobertizos que sólo en esta segunda proyección comprendí que eran alojamientos. Esta vez también capté un nombre. Bristol, pero pronunciado Brissol. O tal vez fuese Brussels, no sé. Sea como fuere, era algo repugnante. Una serie de cobertizos gigantescos provistos de feas tuberías, que se extendían sobre un kilómetro en una zona desértica... más allá se veían otros cobertizos semejantes que se perdían en el horizonte. Aquel desierto era un campo de aterrizaje sobre el que se posaban los cohetes, después de su largo vuelo supersónico por la atmósfera, procedentes del espacio. Vimos llegar uno... que cayó de cabeza sobre aquellos tugurios. Se produjo una explosión

seguida de incendio. «Obra de los smufs», dijo la voz indiferente del locutor.

Volvimos a ver aquellos horribles cobertizos. Luego se proyectó una vista de un interior y después más cobertizos; temblaban... se desvanecieron y en su lugar apareció un bosque. «Más acciones de los smufs. Deslizamiento temporal...»

-¡Bravo! Les felicito - susurré. Aquellos árboles eran la primera cosa hermosa que habíamos visto.

Después apareció Venus. Un asentamiento humano, medio subterráneo, en una cordillera. Nubes, desolación. Era terriblemente difícil seguir el comentario, pues el locutor hablaba en una especie de taquigrafía fonética. Evidentemente, aquello era un salto atrás. Varios hombres se arrastraban por el fango de un barranco, levantando construcciones, perforando, barrenando, embarazados por sus engorrosas escafandras espaciales. «Atmósfera irrespirable. Anhídrido carbónico y bacilos "n"», gruñó el comentarista.

En el interior de aquel puesto avanzado vimos a los colonos viviendo como animales y a los científicos viviendo como vagabundos. Tenían iluminación atómica, pero dormían en jergones de paja. Vimos realizar una vivisección horripilante... y las víctimas eran seres humanos. Una nevada de estática hizo que la imagen se volviese borrosa. Luego nos asomamos a la linde del puesto avanzado, para contemplar el tétrico paisaje de Venus. Una cadena de seres humanos pasó por la pantalla en fila india. Iban pobremente vestidos y no llevaban escafandras; un primer plano nos hizo ver la razón de ello y un escalofrío corrió por nuestro espinazo. Aquellos desgraciados podían respirar el mefítico aire venusiano. Habían sufrido una operación; tenían las fosas nasales taponadas con tejido celular vivo y una complicada nariz que tenía muchos rebordes había sido injertada directamente a su tráquea.

-Así se crearon los primeros smots - dijo el comentarista -. No regresaron jamás. Se multiplicaron en lugares recónditos del planeta. Algunos de ellos se cruzaron con auténticos venusianos y así nacieron los primeros smufs. El smot y el smuf son la mayor amenaza...

Se nos demostró de manera harto elocuente por qué eran la mayor amenaza. En su inicio eran una raza nueva, sin historia ni tradición, que odiaba el planeta que se había convertido en su hogar. Pero a este odio se añadían las armas suministradas por la ciencia, a las que se apresuraron a añadir unos cuantos toques propios. En cinco generaciones consiguieron realizar viajes interplanetarios y en siete consiguieron vencer la barrera del tiempo y del espacio consiguiendo realizar viajes por el espacio hacia el pasado y el futuro. Nuestro comentarista, que a veces parecía ladrar más que hablar, nos proporcionó una explicación de todo esto formada principalmente por fórmulas, pero lo evidente era que la Humanidad no había conseguido imitar el descubrimiento realizado por aquella raza semihumana.

Por fortuna, el smot y el smuf sólo podían viajar por el tiempo hallándose en el espacio interplanetario, con el resultado de que sus grandes y desvencijadas astronaves se movían un siglo hacia atrás para

soltar una nave exploradora que descendía para tomar tierra, causando la mayor destrucción posible para regresar luego a bordo de su nave nodriza; pero el efecto de torsión necesario sólo se podía conseguir en el vacío sideral y mediante los enormes motores nucleares que utilizaban las gigantescas astronaves. A consecuencia de ello las fuerzas policíacas de la Tierra, distribuidas en tétricas fortalezas sobre todo el bárbaro anillo de los planetas interiores, disponían de blancos muy fáciles... siempre que las astronaves que les servirían de blanco apareciesen en el presente.

En semejante estado de cosas, en que el ayer podía desaparecer de un momento a otro o el futuro estar ya hecho trizas, la Humanidad y sus empresas recibieron un golpe mortal. La moral, la lógica, todos los consuelos que proporciona una continuidad histórica, quedaron barridos de la noche a la mañana. Se declaró en todo el universo la ley marcial, que se implantó a rajatabla. Las fuerzas aéreas, terrestres y espaciales se convirtieron en fuerzas de policía que se hallaban en todas partes.

Harry y yo contemplábamos impotentes aquella situación caótica de la humanidad futura, en la que el mañana temblaba desvalido tratando de adaptarse a la brutal revisión del ayer. Mediante una serie de puñaladas por la espalda de esta clase, fue destruida Bristol o Bruselas, y otras grandes ciudades siguieron la misma suerte. Las fuerzas de los smufs parecían llevar la destrucción a todas partes; la única esperanza para el hombre residía en el hecho de que, al parecer, los semihumanos se habían tropezado con otra raza del futuro que poseía armas que los smufs no podían resistir.

Vimos una nave smuf capturada por la policía terrestre y cómo su tripulación, del primero al último hombre, era degollada sin contemplaciones. Es decir, sí, hubo una excepción: un smuf que al parecer era un personaje importante y que fue conducido al puesto de policía de Eros. La ficha criminal era precisamente la suya; sus facciones pálidas y desprovistas de nariz aparecieron en la pantalla. Hubo un intervalo - una explosión -, el puesto de policía se desmoronó... aparecieron smufs procedentes de una gigantesca nave visible a través de un boquete abierto en los muros... el boquete desapareció, la comisaría se recompuso... los smufs se desvanecieron... volvieron a aparecer... fueron muertos a tiros... se desvanecieron. El deslizamiento temporal era un verdadero terremoto para el metabolismo humano. La escena se hizo borrosa y vacilante. Todo temblaba, filmado locamente desde un ángulo elevado con una máquina automática; el paciente arte del enfoque y la composición que floreció en Hollywood se había perdido en aquel caótico futuro totalitario. De pronto, la pantalla quedó vacía.

-¿Se han cruzado las líneas del tiempo? - me preguntó Harry, con el rostro cubierto de arrugas.

-Sí - respondí -. Continúa dentro de un minuto.

Efectivamente, la proyección continuó. Pero era muy distinta. Vimos la misma lobreguez y la misma comisaría de Eros, pero lo demás había cambiado. Otros hombres se encargaban de dar caza a los smufs. Esta vez, el sabueso interplanetario tenía una nariz perfecta, pero un rostro

Librodot

pecoso y una cabeza calva. Los emblemas de su uniforme también habían cambiado.

«El smuf fue rescatado. Huyó al pasado... sus máquinas le llevaron esta vez más atrás que nunca», gruñó el comentarista.

Luego dijo:

«Disco grabado nuevamente el 2-XII-12-309..., al menos lo esperamos así.»

Allí terminaba el disco. Duró solamente unos veinte minutos, pero yo creo que durante aquel breve espacio de tiempo mi amigo y yo perdimos irreparablemente una parte muy importante de nuestra alma... la misma que perdieron hacía mucho tiempo aquellos desdichados descendientes nuestros, que habían echado al olvido el más noble patrimonio del hombre entre aquella sucesión caótica de hechos calidoscópicos.

Y en los últimos segundos de visión observé un detalle en el que antes no había reparado: un hombre caminaba por aquella nueva y tétrica sala de instrumentos, lo bastante cerca al aparato tomavistas para que nosotros viésemos claramente su cara.

¡Era mi amigo Harry Crossway!

Aquel hecho terrible cambiaba la significación de todo el asunto. Significaba, entre otras cosas, que yo no encontré el disco por simple casualidad, sino que se trataba de algo muy cuidadosamente planeado por unos seres que conocían perfectamente nuestro futuro; significaba, además, que los smufs cada vez retrocedían a mayores distancias en el tiempo en busca... ¿En busca de qué, Dios mío? Pues en busca de técnicos como Harry y como yo, sin duda.

Aquéllo infundía a lo sucedido un terrible sentido de predestinación: y contra la predestinación no se puede luchar. Al menos, Harry sería raptado en aquel mundo que parecía concebido por la mente de un Frankenstein; la videoficha lo demostraba.

¿Y en cuanto a mí? Yo sólo podía conjeturarlo, pero con ello tenía bastante para echarme a temblar.

Miro el reloj. Son las nueve menos cinco. He telefoneado a la policía que, como es natural, se muestra escéptica. Lo he hecho más a impulsos de la ira que de la esperanza. Hay un agente apostado en la planta baja, otro en el cuarto de baño... ninguno de ellos va armado. Harry, que está medio muerto de miedo, permanece agazapado tras la cortina que oculta mi cama. No hace más que acariciar su revólver. Entre tanto, yo escribo estas notas... ¿Servirán para algo? Sólo Dios lo sabe.

En el exterior, mi viejo y querido Cambridge está silencioso. No, un automóvil dobla la esquina. Se para frente a mi casa. Un hombre sale de él, un hombre que lleva la cara tapada con una bufanda... ¡No, no, no es un hombre! Su nariz...

Creo que podemos darnos por perdidos.

Librodot

LOS QUE FRACASARON

-¡Aquí hay demasiada gente! - gritó él -. ¡Hay demasiada gente! ¡Demasiada *gente!*

Dio media vuelta, con la boca abierta y sus facciones contraídas como un limón exprimido, casi derribando a un viandante. Éste se inclinó, sonrió como para disculparlo y siguió su camino, mientras sus ojos decían claramente: «Dejadlo... es uno de esos desgraciados que han llegado en la nave.»

-¡Hay demasiada gente! - repitió Surrey Edmark, dirigiéndose al que se alejaba. Ya era de noche. Permanecía con la cabeza descubierta bajo la brillante iluminación que reinaba en la carretera del Huerto Nuevo, aturdido por la abigarrada vida cosmopolita de Singapur, que le rodeaba por doquier. Tenía miles de personas a su alcance; podía tocarlas. Extendiendo una mano podía palpar alpaca, seda, nylon, raso, liso, estampado o floreado; millares de personas, que se volverían si él gritaba. Si lo hacía, ¿cuántas de aquellas orejas sucias, limpias, sonrosadas, morenas, deseables o repugnantes captarían sus decibelios?

No, se dijo, nada de chillar, por favor. Esta gente que discurre como fantasmas a mi alrededor son reales; no les gustaría. Y tu médico, que no creía conveniente que abandonases aún la sala de observación, también es real; no le gustaría enterarse de que he estado chillando en medio de una calle concurrida. En cuanto a mí mismo... ¿hasta qué punto soy real? ¿Hasta qué punto es real todo, cuando se posee la prueba de que todo está acabado? Acabado sin remisión: listo y acabado para ser totalmente descartado y olvidado.

Tenía que evitar aquellos sombríos pensamientos. Necesitaba ir a un lugar tranquilo, a un sitio donde pudiese sentarse y respirar profundamente. Tenía que engañarlos a todos; debía ocultar los sentimientos de muerte que llevaba en su interior; procurar que no se apercibiesen de ellos; después, podía regresar al hospital. Pero también debía ocultar aquellos sentimientos a sí mismo, y para esto había que ser más astuto. Como las partículas Alfa, una sensación de futilidad le atravesó y se sintió mortalmente enfermo.

Surrey advirtió un calleja lateral un poco más adelante. Ansiosamente se metió por ella, apartándose de la muchedumbre. Se hallaba en una callejuela estrecha y tenebrosa. Se cruzó con tres mujeres de vestidos muy cortos que fumaban juntas; más allá, un individuo vomitaba junto a un seto de alheña. Después vio *un* café en cuya muestra se leía: «El Iceberg». En una terraza pobremente iluminada había algunas mesas y sillas vacías. Surrey subió los dos escalones que llevaban a la terraza y se dejó caer sobre una silla con ademán fatigado. Aquello era un verdadero lujo.

Librodot

La luz era macilenta y Surrey estaba solo. En el interior del café había algunas personas comiendo y una muchacha cantaba, acompañándose con un instrumento de cuerda que parecía un laúd. Él no entendió sus palabras, pero la canción era sencilla y nostálgica, pues su voz era más expresiva que la música. Surrey cerró los ojos, dejando que la peonza girase en su interior... la peonza de sus emociones. La joven dejó de cantar súbitamente, como si estuviese cansada, y salió a la terraza para contemplar la noche. Surrey abrió los ojos y la miró.

-Ven a hablar conmigo - le dijo.

Ella dirigió una mirada altanera a las sombras en que él se ocultaba y luego le volvió la espalda. Por lo visto, no era la primera vez que escuchaba semejante invitación. Surrey cerró los puños, amargado; nadie quería ir a consolarle, a pesar de que tanto lo necesitaba, aislado en el espacio y en el tiempo... oh, nada podría sanarle, a pesar de que él sabía que existían bálsamos... La soledad se insurgió en su interior, obligándole a hablar.

-Soy de la nave - dijo, incapaz de contener una nota de súplica.

Al oír esto, la joven se acercó, para sentarse frente a él. Era china y llevaba el tradicional atavío de las mujeres de su raza... un vestido con la falda hendida y sobre el cual se perseguían grandes margaritas, siguiendo las suaves líneas de su cuerpo.

-Perdóname, no lo sabía - le dijo con voz cariñosa -. Pero por tus ojos ya veo... que eres de la nave. - Se estremeció levemente y luego le preguntó -: ¿Me permites que te invite a una copa?

Surrey hizo un movimiento negativo.

-Sólo quiero que me hagas compañía...

Se sentía mejor. Contra toda razón, una voz decía en su interior: «Bien, has pasado por una terrible experiencia, pero ahora has vuelto y nada se opone a que vuelvas a ser el de antes y hacer la vida ordinaria.» Oía con frecuencia aquella voz, pero la respuesta era invariablemente la misma: No. El recuerdo de lo sufrido todavía seguía extendiéndose en su interior, como un cáncer.

-Oí llegar vuestra nave - dijo la joven china -. Vivo muy cerca de aquí... en la carretera de Bukit Timah... no sé si la conoces, y estaba en la ventana hablando con una amiga.

Él evocó la sorprendente luz del sol, el eterno aroma de grasa para cocinar, los vehículos que pasaban resonantes y aquella joven y su amiga charlando en un pequeño ático... para oír el estallido orquestal producido por la nave a su llegada, que hizo que las dos muchachas se olvidasen de lo que decían. Pero todo ello le parecía remoto, algo sucedido hacía siglos.

-¿Qué ruido tan curioso, eh - dijo -, el que produce una nave temporal al atravesar la barrera del tiempo?

-Asusta a las gallinas - dijo ella.

Silencio. Surrey quería decir algo más, algo que mantuviese a la joven sentada a su lado, pero nada se le ocurría, nada que pudiera expresarse en palabras. Se olvidó del factor representado por la

Librodot

curiosidad humana de la muchacha, que la obligaba a seguir a su lado. De nuevo ella le preguntó si quería tomar algo y luego le dijo:

-¿Te importaría contarme algo sobre vuestro viaje?

-Yo le llamaría a esto una pregunta atrevida.

-Se está... muy mal en el futuro, ¿no es verdad? Me refiero a lo que dicen los periódicos...

La joven vaciló, nerviosa.

-¿Y qué dicen? - preguntó él.

-Oh, verás, dicen que allí todo está muy mal. Pero en realidad no explican nada; parece como si no lo entendiesen.

-Esta es la clave de la cuestión -afirmó él-. Parece como si no lo entendiesen. Aunque yo estuviese toda la noche hablando contigo, no por eso lo entenderías mejor. Yo tampoco lo entendería más de lo que lo entiendo...

¡Qué hermosa estaba la chinita, allí sentada con su laúd en el regazo! Y él había viajado muy lejos... dejando muy atrás su laúd y la belleza de la joven... mucho más allá de la nacionalidad y de la música; había llegado hasta el tétrico polvo del planeta... hasta el final... donde nada quedaba ya excepto la degradación. Y el enigma.

-Trataré de explicártelo - le dijo -. ¿Qué era eso que cantabas ahora? ¿Una canción china?

-No, malaya. Es una canción antiquísima... Se llama «Terang Boelan». Habla de la luz de la luna... ya me comprendes. Es muy sentimental.

-No sabía en qué idioma era, pero hasta cierto punto me pareció entenderlo.

-Dijiste que ibas a hablarme del futuro - le recordó ella cariñosamente.

-Sí. Te hablaré de él. Ya sabes que realizamos una tremenda labor de ayuda y también sabes el nombre que tiene: la Cruz Roja Intertemporal. Es un trabajo magnífico y el título es exacto, pero cuando uno ha estado de veras en el futuro, parece estúpido y pomposo. No sé, tal vez no lo sea. Ya no estoy seguro de nada.

Miró hacia la oscuridad; estaba a punto de llover. Cuando habló de nuevo, su voz era más firme.

Tienes que saber (principió a decir a la joven china) que, en realidad, la Cruz Roja Intertemporal ha sido organizada por los Paulls. Ellos se dan este nombre... los Paulls; pero nosotros debiéramos llamarlos la *élite* del siglo 3.167. Fíjate bien que he dicho *siglo,* no *año.* Es un espacio de tiempo fabulosamente largo en el futuro... Nosotros, con nuestros XXIV siglos transcurridos desde el nacimiento de Cristo, apenas podemos comprenderlo. Nuestra nave se detuvo allí, en su época. Lo encontramos todo muy sobrio y austero: los Paulls son un pueblo de ascetas. Su morada está en altivas montañas que se alzan a orillas de los grandes océanos. Han trasladado montañas enteras hasta las costas para su propia edificación.

Librodot

Los Paulls no son como nosotros, pero podemos llamarlos hermanos comparados con los hombres que estamos ayudando, a los que llamamos los Fracasados.

El viaje por el tiempo ya se había inventado desde mucho antes de la época de los Paulls, pero fueron ellos quienes lo perfeccionaron, ellos quienes descubrieron por casualidad la lamentable situación de los Fracasados, y ellos quienes organizaron la gigantesca empresa de socorro. Pues tienes que saber que el mundo de los Paulls, si bien es rico... es decir, lo será, posee recursos insuficientes para hacer frente por sí solo a esta tarea sin mermar sus fuerzas. A causa de ello organizó la flota de naves temporales o Cruz Roja íntertemporal, para reunir vituallas de diferentes épocas y trasladarlas hasta la época de los Fracasados.

Cinco épocas distintas cooperan en esta empresa, bajo la dirección de los Paulls. Entre estos colaboradores se encuentran los Pueblos Medios, como los llaman los Paulls. Son una raza de filósofos, que hacen vida eminentemente pastoral, pero los hemos encontrado demasiado altaneros; viven unos veinte mil siglos después de los Paulls. Sí, es un espacio de tiempo inmenso... Luego hay... pero no importa. Apenas tienen nada que ver con nosotros, ni nosotros con ellos.

Nosotros... la actualidad, es la única época de las cinco que no posee el viaje por el tiempo. Los Paulls nos eligieron porque somos una época de paz y prosperidad. ¿Y quieres saber cómo nos llaman? Los Niños. ¡Sí, los Niños! Nosotros, con toda nuestra decadencia y cansancio... Tal vez tengan razón; poseen un método de razonar tipo gestalt que sobrepasa totalmente nuestras más locas pretensiones.

Recuerdo que cuando ya estábamos de viaje hacia el futuro, pregunté a uno de los Paulls por qué no habían visitado nuestra época. ¿Sabes lo que él me contestó? «¡La hemos visitado! Surgimos en el siglo XIX y volvimos a asomarnos en el XXVI. ¡Es una aproximación mínima! Y por eso sabemos tantas cosas de vosotros.»

Poseen una experiencia fabulosa. Son capaces de pasearse durante un día en un siglo determinado para decir luego lo que pasarán en los seis o siete siglos próximos. Supongo que todo se debe a una diferencia de perspectiva; es así de sencillo.

Tú debes de recordar mejor que yo la primera vez que los Paulls aparecieron en nuestra época, pues tú estás en el sitio donde eso sucedió. Yo entonces estaba en mi país, desempeñando una tranquila ocupación; si no hubiese sido tan tranquila, yo tal vez no me hubiera ofrecido voluntario para la Cruz Roja Intertemporal. ¡Qué polvareda se levantó! La excitación y el entusiasmo iban acompañados de una buena dosis de pánico. Sí, en aquella ocasión demostramos que merecíamos el nombre de Niños. También lo demostramos por el modo adulón y servil con que recibimos a los Paulls mientras éstos visitaban las principales capitales del mundo. Durante los tres meses que tuvieron que esperar mientras nosotros organizábamos los envíos de vituallas y hombres, debieron de hallarse dominados por una verdadera impaciencia por marcharse; sin embargo, nada demostraron, dedicándose a pronunciar sus sencillas disertaciones

Librodot

sobre la triste situación en que se encontraban los Fracasados y a sonreír ante las cámaras tridimensionales.

Entre tanto, el dinero para la causa afluía a raudales, los alimentos en conserva y los medicamentos se amontonaban en las bodegas de la enorme nave. Éramos como niños arrojando créditos a unos mendigos callejeros: abarrotamos la nave con montones de cosas inservibles. ¿Quieres decirme qué haría un Fracasado con una lavadora o una máquina ciclovisora? Por último nos fuimos, mientras todas las bandas de música del mundo atronaban el aire y la nave partía con un fragor tan espantoso que ahogó todo aquel estrépito y alborotó tus gallinas... e iniciamos nuestro viaje a la época de los hombres que fracasaron.

-Ahora te acepto esa bebida que me ofreciste antes - dijo Surrey a la chinita, interrumpiendo momentáneamente la narración.

-En seguida.

Ella extendió el brazo e hizo chasquear los dedos... Su mano quedó iluminada por la luz que venía del restaurante. Su rostro, en la penumbra, seguía vuelto hacia él, mirándole a los ojos.

-Pero los Paulls ya te dijeron que la empresa era muy ardua, ¿verdad?

-Sí. Antes de abandonar el presente, ellos nos sometieron a un riguroso adiestramiento mental. Muchos de los candidatos fueron rechazados entonces. Pero yo conseguí pasar y me eligieron timonel. El de mayor categoría entre los pertenecientes a esta clase.

Surrey guardó silencio un momento, sorprendido ante aquella nota de orgullo en su voz. ¡Que todavía le quedase orgullo, después de lo que había pasado! Sin embargo, aquello no era propiamente orgullo; no era más que la voz que seguía por un camino trillado, el alma desnuda agazapada en el antiguo cascarón de su personalidad.

Le sirvieron la bebida que había pedido. La joven también bebió un refresco en un vaso largo y empañado; dejó el laúd a un lado para beber.

Surrey tomó un sorbo de su copa y prosiguió su relato.

¡Viajábamos hacia el futuro! Aquello era el sueño de mis años escolares hecho realidad. Sin embargo, nuestra excitación no tardó en verse embotada por la monotonía. El viaje por el tiempo no es instantáneo, como muchos se imaginan. Necesitamos dos meses (tiempo de la nave) para llegar a la época de los Paulls. Allí todos ellos, con excepción de uno, nos dejaron para que prosiguiésemos solos nuestro viaje hacia el futuro.

Nos dijeron que ellos tenían que vigilar otras épocas y atender a numerosos problemas de su gran organización; sin embargo, a veces me pregunto si no utilizaban aquellos problemas como una excusa, para no tener que vigilar la época de los que fracasaron. Tal vez nos consideraron menos sensibles que ellos y por tanto más aptos para desempeñar aquella misión.

Entonces continuamos solos nuestro viaje. El cargo de timonel era casi honorífico, y mi única misión consistía en accionar un conmutador que

Librodot

paraba los motores, cuando el viaje terminaba automáticamente. Nos pasábamos el día sentados sin hacer nada, charlando, leyendo o visualizando en las excelentes bibliotecas que los Paulls habían instalado. El tiempo pasaba con bastante rapidez para nosotros, los escasos elegidos, pero de todos modos nos alegramos cuando finalmente llegamos.

¡Digo que nos alegramos!

La época de los Fracasados está a gran distancia en el futuro: a muchos cientos de millones de años de nosotros... o tal vez sean miles de millones; los Paulls nunca quisieron decirnos la cifra exacta. ¿Pero qué importa eso? Era a una fabulosa distancia en el futuro... Una época lejanísima... Como nadie podrá hacerse jamás idea.

Pisamos por primera vez la Tierra de aquella época. Yo suponía, de manera infantil, ver al sol pegado en el horizonte, o de color morado, o el cielo lleno de lunas, o algo igualmente sensacional; pero no había ni una sombra sobre el hermoso paisaje. La Tierra no había envejecido ni un solo día. Era el hombre quien había envejecido.

Los Fracasados diferían de nosotros anatómica y espiritualmente; fue lo primero que de momento nos sorprendió. Parecían un hatajo de abatidos fenómenos sentados entre montones de víveres, y nos produjeron risa. Los humoristas - que no faltaban entre nosotros - les aplicaron el remoquete de «los zombies»... Pero a los pocos días ya no quedaban humoristas entre nosotros.

Los Fracasados no tenían manos en el sentido estricto de la palabra. De sus muñecas brotaban cinco largos dedos prensiles y el dedo medio se arrastraba por el suelo cuando ellos andaban, pues tenían el espinazo muy encorvado y la cabeza enormemente adelantada. Para contrarrestar los efectos de esta posición, sus cráneos se habían alargado adquiriendo una forma de nave..., escafocéfalos les llaman los sabios. No tenían cejas, pestañas, pelo ni vello, aunque los poros de su piel se destacaban como pequeñas excrecencias, dándoles un aspecto muy singular desde cierta distancia, como si estuviesen cubiertos de plumón.

Cuando nos miraban, sus ojos eran inexpresivos totalmente: mostraban una indiferencia absoluta, como si estuviesen ahítos de experiencia y como si hubiesen readquirido una inocencia que resultaba horrible. Cuando nos dirigían la palabra, lo hacían con voz hueca y en frases tan breves y preñadas de dolor, como el dolor de muelas de un niño. No conseguimos entender su idioma sin ayuda de los traductores electrónicos que nos facilitaron los Paulls.

Su aspecto era lamentable, pero al principio no nos inquietamos demasiado; no nos dábamos cuenta cabal de la verdadera naturaleza del problema. Además estábamos muy atareados desenterrando a una gran cantidad de hombres Fracasados.

En la Tierra se habían establecido cuatro grandes centros de ayuda. Dos de las restantes cuatro razas que participaban en la empresa se ocupaban de la erección e instalación de pabellones y equipos sanitarios, otra del cuidado, alimentación y tutela de aquellos infelices y la cuarta de la comunicación, la rehabilitación y el enlace entre los distintos centros. Y nosotros, los «Niños", teníamos por misión exhumar y conducirlos a los

Librodot

centros de rehabilitación. ¡Una tarea sencilla para el grupo más sencillo! Entre todos los grupos teníamos que poner de nuevo en pie a la raza del hombre, para que continuase hacia adelante.

En total, supongo que no habrá más de unos seis millones de Fracasados repartidos por toda la Tierra. Nosotros teníamos que buscarlos y desenterrarlos. Disponíamos de unos tractores con múltiples palas en la parte delantera que excavaban lentamente y con el mayor cuidado.

Los Fracasados poseían unas zonas que nosotros llamábamos «cementerios»; nosotros les dábamos este nombre, si bien su propósito no correspondía al mismo. Aquello parecía una absurda pesadilla. Trabajando día y noche, avanzábamos despacio, trazando surcos en la tierra como si fuese un campo de barbecho. De pronto, entre el mantillo, aparecía una cara, un brazo terminado por largos dedos, unas piernas, que surgían de nuevo a la luz. Entonces parábamos la máquina y nos acercábamos al cuerpo, armados de palas, y terminábamos de desenterrarlo. Así recuperábamos a otro hombre... o a otra mujer..., era difícil distinguirlos, pues sus características sexuales no eran tan pronunciadas como ahora.

Todos ellos se encontraban en estado comatoso. Luego abrían los ojos, nos miraban como muñecas que jugasen al escondite, para cerrarlos de nuevo. Les poníamos una inyección, los colocábamos en camillas y los enviábamos a la base. Era un trabajo horripilante; una especie de exhumación de muertos-vivos.

Tras prodigar los cuidados necesarios a aquellos desgraciados, conseguíamos que volviesen a la vida. En menos de un mes ya se levantaban y podían andar. Entonces empezaban a rodar por los terrenos del hospital con los hombros caídos, el cuerpo inclinado hacia delante y sus cabezotas en forma de esquife moviéndose arriba y abajo a cada paso. Entonces yo intentaba hablar con ellos y entenderlos.

Los aparatos de traducción eran de fabricación Paull, lo cual quiere decir que eran insuperables. Pero se hallaban dominados por las limitaciones de nuestro propio idioma. Si los Fracasados decían «sol» en su lengua, el aparato traducía fielmente «sol», y tanto nuestros interlocutores como nosotros sabíamos que ambos nos referíamos a la misma cosa. Pero con excepción de los hechos y objetos concretos de la experiencia diaria, la cosa ya no era tan fácil. Escaseaban los sinónimos y en cambio había más anfibologías: era el antiquísimo problema lingüístico, pero muy aumentado en nuestro caso por el tiempo casi inconmensurable que nos separaba.

Recuerdo que me ocupé de atender a una vieja durante nuestra primera tanda en el centro. He dicho vieja, mas por lo que sé tenía dieciséis abriles; lo que pasa es que todos ellos tenían un aspecto vetusto.

-Supongo que no le importa que la hayamos desenterrado... bueno, rescatado - le pregunté cortésmente.

-En absoluto. Ha sido un placer - tradujo el aparatito. Frases corteses estereotipadas, que no significan en realidad nada en ningún idioma. Aquel aparato, el mejor de su clase que ha existido o existirá, aún las hacía parecer más insulsas y ñoñas.

Librodot

-¿Le importaría que hablásemos de una cuestión?

-¿Qué pregunta? - dijo el aparatito. Comprendí que me había colado. Yo no quería decir cuestión-pregunta, sino cuestión-asunto. Estas anfibologías surgían constantemente durante nuestras conversaciones; el traductor automático dominaba más el idioma que yo. Entonces la mire de hito en hito. -¿Quiere que hablemos de su problema? - le pregunté, sin darme por vencido.

-Yo no tengo problemas. Mi problema ya está resuelto.

-Me interesaría que usted me hablase de él. -¿Qué quiere usted saber sobre ello? Yo se lo diré todo.

Esto, al menos, era prometedor. La mujer se mostraba bien dispuesta hacia mí, si bien no pudiese decirse que desease cooperar; aquella gente había olvidado desde hacía mucho tiempo el principio de la cooperación.

-¿Sabe usted que yo he venido de un pasado muy remoto para prestarles ayuda?

El aparato tradujo mis palabras quitándoles todo su tono dramático.

-Sí. Son ustedes muy nobles para interrumpir sus vidas y venir a ayudarnos - respondió ella.

-Nada de eso; queremos poner de nuevo en el buen camino a la especie humana. Pensamos que no debe morir todavía. Nos alegramos de ayudarles y lamentamos que hayan emprendido un camino errado.

-Cuando comenzamos, seguíamos el camino que otros ya habían trazado... Ustedes entre ellos.

Sus palabras no encerraban un reto sino que se limitaban a exponer un hecho.

-Pero fuisteis vosotros quienes os desviasteis. Lo hicisteis voluntariamente. Mis palabras no son una condena; es evidente que no hubierais tomado ese camino de haber sabido que debía terminar en un fracaso.

Ella respondió a mis palabras. Comprendí que estaba ligeramente enojada; probablemente consumía toda la emoción de que era capaz. Su voz hueca resonaba con monotonía y el traductor me la servía convertida en un inglés impecable. Lo único que le ocurría era que no tenía pies ni cabeza.

Más o menos, el aparato tradujo lo siguiente:

-Ah, pero lo que vosotros no comprendéis, porque vuestra facultad de comprender está completamente atrofiada y es embrionaria, es el arte de fracasar. Un fracaso no es un fracaso más que en el caso de una derrota, y nuestra derrota (si vosotros comprendéis que es verdaderamente una derrota) no es más que un fracaso. Un fracaso final. Pero en su calidad de tal, sólo es una cuestión de resultados, porque a su debido tiempo esta comprensión tiende a originar únicamente la comprensión del resultado del fracaso; mientras que la resolución de nuestro fracaso, en cuanto se opone al fracaso...

Librodot

-¡Basta! - grité -. Ya tengo bastante. Dejemos la poesía moderna o el tratado filosófico para más tarde. Esto no significa absolutamente nada para mí, siento decírselo. Aceptaremos que existió cualquier clase de fracaso... el que sea. ¿Podréis convertir en un éxito esta nueva inyección de vitalidad que os damos, este nuevo comienzo?

-No es un nuevo comienzo - dijo ella, de manera harto razonable -. Cuando se ha conseguido el resultado, un comienzo ya no es un resultado. Está solamente en el resultado del fracaso y todo ello se encuentra también en el caso que sea el comienzo o el fracaso... lo cual depende, para nosotros, del comienzo y para vosotros del fracaso. Y usted podrá ver seguramente que incluso aquí el fracaso depende de manera anormal del comienzo del resultado, lo cual nos concierne aún más que el fracaso, sencillamente porque es el resultado. Lo que usted no ve es el fracaso del resultado del fracaso del resultado para comenzar un resultado...

-¡Basta! - grité de nuevo, pensando en «el constantinopolizador que constantinopolice... etc.»

Fui a ver al Paull que dirigía la operación. Era lo que mi madre hubiera llamado «un hombre muy apuesto». Le dije que aquello ya empezaba a obsesionarme.

-A todos nos pasa lo mismo - me contestó él.

-¡Si pudiese comprender aunque sólo fuese una fracción del problema! Mire usted, mi comandante, la verdad es que venimos hasta aquí con el propósito de ayudarles... y la verdad es que todavía no sabemos para qué les ayudamos.

-Pero sabemos *porque* les ayudamos, Edmark. Sobre ellos pesa el fardo de perpetuar la raza, de engendrar una nueva generación más estable. Trate de no olvidar esto.

Tal vez su sonrisa me pareciese demasiado benévola... Entonces me acordé de que para ellos nosotros no éramos más que «los Niños».

-Escúcheme - le dije, volviendo a la carga -. Si ese hatajo de desgraciados son incapaces de decirnos lo que les ha ocurrido, ustedes pueden hacerlo. O me lo dice, o hago las maletas y me voy a casa, en compañía de todos los demás. Le aseguro que todos tenemos los nervios de punta. ¿Quiere usted decirme ahora qué les pasa o qué les pasó a esos cadáveres ambulantes que desenterramos?

El comandante lanzó una carcajada.

-Le aseguro a usted que no lo sabemos - me dijo -. La verdad es ésta. Puede creerlo.

El Paull se erguía ante mí, fino, austero, «un hombre muy apuesto». Se acercó a la ventana para mirar por ella, con las manos a la espalda, y yo comprendí por su mirada que contemplaba a los Fracasados que se encontraban allí abajo, a la luz pálida de la tarde.

Volviéndose, me dijo:

-Este sanatorio fue construido para los hombres Fracasados. Pero en lugar de esto, lo estamos llenando de personal nuestro, que no ha sido capaz de hacer frente al problema.

Librodot

-Lo comprendo perfectamente - dije -. Yo no tardaré tampoco en ingresar en el hospital si no consigo llegar a la raíz del misterio.

Él extendió una mano.

-Esto es lo que dicen todos. Pero el misterio no tiene raíz... o al menos una raíz que nosotros podamos comprender. También es posible que nosotros mismos formemos parte de ella. Si al menos pudiésemos *clasificar* su fracaso, atribuyéndolo a causas religiosas, espirituales, económicas...

Él me miró en silencio. Yo dije entonces, bruscamente:

-Ustedes disponen de las naves temporales. ¿Por qué no viajan hacia el pasado para averiguar la causa del problema?

Esta solución era tan sencilla que no comprendí cómo no se les había ocurrido; pero, al parecer, así era.

-Ya lo hemos hecho - repuso secamente el comandante -. Los problemas mentales (suponiendo que se trate de un problema mental) no se ven. Lo único que vimos fueron los seis millones de fracasados enterrándose en esas fosas que ellos mismos se habían excavado. Este proceso abarcó más de un siglo; algunos de ellos llevaban trescientos años enterrados cuando fuimos a rescatarlos. No, eso de nada sirve. En nuestra opinión, el problema es lingüístico.

-Los aparatos de traducción no sirven - dije, desolado -. Esta tarea es demasiado delicada para una máquina. ¿No podría disponer de un ser humano?

Por último accedió a hacer de intérprete personalmente. Quería y no quería, a la vez. ¿Y cómo podía traducir una máquina semejante afirmación? Sin embargo, tú y yo la comprendemos perfectamente.

Una mujer perteneciente a aquella raza de Fracasados paseaba por el patio. Tal vez era aquella con quien yo había hablado. Pero yo no la reconocí ni ella pareció reconocerme. Nos acercamos a ella y probamos suerte.

-Pregúntele por qué se encierran, para empezar - dije.

El Paull tradujo la pregunta y ella contestó lacónicamente con voz agorera.

-Dice que se consideró necesario, pues ayudaba a la unión antes de que comenzase el intento -me dijo él.

-Pregúntele de qué unión se trata.

Ambos hablaron en tono fúnebre.

-La unión de la unión que ellos intentaban... No sé qué hay que entender por eso.

-¿Ambas «uniones» le parecieron lo mismo?

-Una estaba declinada, como si se hallase en el caso posesivo - dijo el Paull -. Aparte de esto, me parecieron iguales.

-Pregúntele, por favor, si es que intentan convertirse en algo que no sea humano... por ejemplo, en espíritus, hadas o fantasmas.

-Sólo poseen una palabra para designar el espíritu. O más bien, digamos que tienen cuatro clases de espíritu: espíritu de alma; espíritu de lugar; espíritu de algo no material, como «espíritu de aventura", y otras clases de espíritus que yo no sé definir... nos falta la analogía exacta.

-¡Diablo! Bien, probemos con espíritu de alma.

De nuevo ambos sostuvieron aquel melancólico cambio de palabras. Luego el comandante, sin poder ocultar cierta sorpresa, me dijo:

-Ha dicho que sí, en efecto... se esforzaban por alcanzar la espiritualidad.

-¡Por fin vamos a alguna parte! - exclamé con presunción, convencido de que sólo hacía falta insistencia y un cerebro del siglo XXV.

La vieja volvió a hablar.

-¿Qué dice ahora? - pregunté con ansiedad.

-Dice que continúan buscando la espiritualidad.

Ambos lanzamos un grito al unísono. Nos habíamos metido por un callejón sin salida.

-Esta pista no sirve - dijo el Paull con suavidad -. Mejor dejarlo.

-¡Una última pregunta! Diga a este esperpento que somos incapaces de comprender la naturaleza exacta de lo que le ha sucedido a su raza. ¿Fue una catástrofe? ¿Cuál fue su naturaleza, en caso de que lo fuese? ¿Le parece bien?

-Lo intentaremos. No crea que esto no se ha intentado ya... lo hago únicamente para complacerle.

Hizo la pregunta a la mujer y ésta respondió con laconismo.

-Dice que fue un «antwerto», o sea una catástrofe que puso fin a todas las catástrofes.

-Al menos ya sabemos a qué atenernos sobre esto.

-Oh, sí; ya sabemos que fracasaron, sea lo que fuere lo que pretendiesen alcanzar -dijo el Paull, sombrío.

-¿Y cuál fue la naturaleza de la catástrofe?

-Ella sólo me da una inocente palabrita: «struback». Por desgracia, no sabemos qué significa.

-Ya. Pregúntele si tiene algo que ver con la evolución.

-¡Mi querido amigo, estamos perdiendo lastimosamente el tiempo! No me hace falta hablar con esa mujer para saber todo cuanto se puede saber sobre esta gente.

-Pregúntele si «struback» tiene algo que ver con una posible evolución que seguían o se proponían seguir - insistí.

Él se lo preguntó. Nuestro terceto, formado por seres tan dispares, siguió allí aún bastante tiempo, mientras la vieja contestaba con voz quejumbrosa. Por último guardó silencio.

-Dice que sí, que «struback» tiene algo que ver con la evolución - me dijo el comandante.

-¿Y esto es todo?

-¡Por Dios, hombre! Ni mucho menos, pero yo sólo le he dado el resumen de lo que ha dicho. «El tiempo se imprime en el hombre como evolución». Esto es lo que ha dicho exactamente, entre otras cosas.

-Ahora pregúntele, por favor, si la naturaleza de esa catástrofe fue religiosa... al menos en parte.

Cuando ella hubo contestado, el comandante soltó una risita y dijo:

-Quiere saber qué significa la palabra «religioso». Y yo lo siento mucho, pero no pienso seguir aquí mientras usted se lo explique.

-Pero el hecho de que ella no sepa qué significa no quiere decir que el fracaso o la catástrofe no fuesen de carácter religioso.

-Aquí nada significa nada - dijo el comandante, enojado. Al darse cuenta de que estaba hablando con uno de los niños, prosiguió con más amabilidad -. Vamos a suponer que en lugar de viajar hacia adelante por el tiempo, hubiésemos viajado hacia atrás, hasta encontrarnos con una tribu de cazadores prehistóricos. Bien. Aprendemos su lenguaje y pretendemos utilizar la palabra «suerte». En sus mentes supersticiosas este concepto no existe... y, por consiguiente, tampoco. existe la palabra. Tenemos que apelar entonces a un sucedáneo que ellos comprendan, como «accidente», o «suceso afortunado» o «suceso desgraciado», según sea el caso. Entonces nos comprenderán, pero en su espíritu aquello significará algo totalmente distinto de lo que nos proponíamos decirles. No habremos conseguido franquear la barrera idiomática. Únicamente nos habremos, enredado aún más con ella. Otro tanto puede decirse de lo que nos ocupa con esta gente. Y ahora, le ruego que me perdone.

Struback. Una sílaba larga y hueca seguida por una sílaba breve y explosiva. Noche tras noche yo di vueltas a aquella palabra en mi fatigado cerebro. Se convirtió para mí en el símbolo de los que fracasaron. Pero no pasó de ahí.

Casi todos mis compañeros sucumbieron. Algunos se alejaron sumidos en una especie de trance, otros fueron hospitalizados en las salas. Los tractores quedaron sin nadie que los atendiese. Naturalmente, llegaron refuerzos del presente. ¡El presente! Para mí ya había dejado de serlo. La época de los que fracasaron se convirtió en mi presente, en mi pasado y en mi futuro.

Volví a trabajar con ayuda del traductor automático, pues me negaba a reconocer mi derrota. Tenía la idea de que los Fracasados habían intentado, tal vez involuntariamente, convertirse en algo superior al hombre, en una especie de superseres, y esto espoleaba mi curiosidad.

-Dígame - pregunté a un anciano, habiéndole por medio de un traductor -. ¿Se alegró usted cuando tuvo esta idea, o cuando se le ocurrió?

He aquí su respuesta:

Librodot

-Donde hay fracaso sólo hay degradación. Usted no puede entender la degradación, porque no es uno de nosotros. Sólo hay degradación y miseria y usted no comprenderá...

-¡Espere! ¡Estoy tratando de comprender! ¿No quiere usted ayudarme? Dígame qué causó la degradación, por qué fracasaron, cómo y de qué manera fracasaron.

-La degradación fue un fracaso - replicó -. El fracaso fue el struback y el struback fue la miseria.

-¿Significa eso que únicamente había miseria incluso al comienzo del experimento?

-No había comienzo, sólo un final, y ése fue el resultado.

Yo me llevé las manos a la cabeza.

-¿No fue un comienzo el hecho de que se enterrasen?

-No.

-¿Qué fue, pues?

-Sólo fue parte del intento.

-¿De qué intento?

-¡Qué estúpido es usted! ¿No lo ve? El intento que hacíamos para resolver el problemático problema como resultado de nuestra resolución unida de resolver el problema.

-¿Qué problema?

-Pues el problema - contestó él cansadamente -. El problema de la resolución de este caso en el comienzo del fracaso. No importa la manera como se realice la resolución con tal de que todos los casos sean los mismos, pero entre una diversidad de casos el comienzo determina la resolución y el final, determina arbitrariamente el comienzo del caso. Pero el factor arbitrario es inherente por sí mismo al comienzo del caso, y al propio caso. Por consiguiente, nuestro caso está en el mismo caso que el fracaso se debió al comienzo, el cual no era más que nuestra resolución.

Aquello no tenía remedio.

-¿De veras intenta usted explicármelo? - le pregunté, desfallecido.

-No, joven lerdo - me respondió -. Le hablo del fracaso. Usted es el struback.

Y se marchó.

Surrey miró desesperanzado a la joven chinita. Esta tamborileó con sus dedos sobre la mesa.

Entonces le preguntó:

-¿Qué quiso decir con eso de que usted era el struback?

-Qué sé yo... Cualquier cosa - repuso él, con voz ronca -. De nada hubiera servido pedirle que me lo explicase... Me hubiera salido con una de sus enrevesadas disquisiciones. Yo he llegado a la conclusión de que se

trata de algo demasiado complicado para que lo entendamos, o bien de algo tan enormemente sencillo que no somos capaces de verlo.

-Pero, sin duda... - principió a decir la joven, para interrumpirse, vacilante.

-Los Fracasados sólo podían pensar por medio de abstracciones - dijo él -. Tal vez esa fuese una de las causas de su fracaso..., no sé. Como tú sabes, el idioma es la flor quintaesenciada de cualquier cultura; no se puede comprender el idioma si antes no se comprende la cultura... ¿Y cómo se puede comprender una cultura si no se comprende su idioma?

Surrey miró con aire desvalido al pequeño laúd de la muchacha, con su lengua muda. De pronto el cálido silencio de la noche fue rasgado por un gran acorde orquestal que resonó a cosa de un kilómetro.

-Otra carga de ruinas humanas que regresan al hogar - le dijo, ceñudo -. Más valdrá que vayas a ver a tus gallinas.

Librodot